

Sentidos y prácticas sobre el lugar, la persona y la comunidad en un huerto urbano de Madrid

Nuria del Viso Pabón

TRABAJO FINAL DEL MÁSTER DE INVESTIGACIÓN
ANTROPOLÓGICA Y SUS APLICACIONES, UNED

Tutora: Sara Sama Acedo

Septiembre de 2016

Índice

1.	INTRODUCCIÓN	3
2.	METODOLOGÍA	5
3.	UNA APROXIMACIÓN CRONO-SITUADA AL HUERTO	8
3.1.	Ciudad, espacio público y huertos urbanos	9
3.2.	Características físicas y socioeconómicas del barrio	13
3.3.	Datos del huerto, su historia y sus gentes	13
3.4.	Sentidos, discursos y prácticas en torno al espacio del huerto: espacio vivido, espacio percibido y espacio concebido	16
3.5.	Los tiempos del huerto	25
4.	PERSONA Y COMUNIDAD	30
4.1.	Dimensión relacional (entre afectos y conflictos)	30
4.2.	Prácticas en clave comunitaria	41
4.3.	Creatividad y transmisión de saberes	48
4.4.	Sentidos y discursos sobre la comunidad. Pertenencia e identificación	53
5.	LA CONTINUIDAD DE LA COMUNIDAD REINVENTADA: LO COMÚN, LO PRÓXIMO Y LO TRANSLOCAL	58
6.	COMENTARIOS FINALES	62
7.	REFERENCIAS	65
8.	ANEXO FOTOGRÁFICO	68

1. INTRODUCCIÓN

Este trabajo se centra en los huertos urbanos comunitarios con el objetivo de examinar en qué consiste su dimensión *comunitaria*, analizando de qué maneras se expresa, y cómo interacciona con la dimensión personal. Para ello, primero, observo la producción de *lugar* como un modo de construir comunidad al tiempo que de producir ciudad. En segundo lugar, analizo la construcción de comunidad como resultado de las relaciones y de sus modos organizativos, y examino las articulaciones (y tensiones) que se establecen entre persona y comunidad. Se trata de dos nociones que tradicionalmente se han concebido en los desarrollos teóricos occidentales en oposición dialéctica y que en la práctica de los huertos urbanos comunitarios se plantea también en dialéctica y en ocasiones en forma de fricciones entre las demandas desiderativas y las prácticas cotidianas. Aunque la cuestión de la producción del lugar y la de producción de comunidad se presentan en apartados diferenciados, sin embargo, a lo largo del texto se entrelazan en diferentes puntos.

Mi motivación por estas cuestiones parte de un interés hacia las iniciativas de organización social ciudadana que se despliegan en el espacio urbano con especial intensidad en los últimos años. Entre ellas, llamaron mi atención los huertos urbanos comunitarios, de los que tenía referencias a través de mi relación profesional con uno de los miembros de la Red de Huertos Urbanos Comunitarios de Madrid. Y en concreto, llamó mi atención el calificativo de “comunitarios”, lo que me llevó a plantearme varias cuestiones. ¿Qué sentidos adquiriría para sus participantes el adjetivo “comunitario”? ¿Qué prácticas emplean para producir comunidad en un entorno urbano contemporáneo? ¿Cómo interactúa esta dinámica con lo personal? Si bien partía de una idea bastante clásica de comunidad, en el sentido de composición fija y presencial de sus miembros, relativamente cerrada al exterior y con estrechos vínculos a un lugar determinado, y a lo largo de la investigación fui descubriendo nuevos matices y formas de construirse. La temática de huertos urbanos se reveló enormemente polifacética, cruzándose con cuestiones (agro)ecológicas y de modelo económico y energético; del espacio público y la construcción de ciudad; sobre democracia deliberativa, participación ciudadana y autoorganización, entre otras, que interseccionan con las reflexiones sobre la comunidad, sobre la persona y sobre el binomio persona-comunidad.

Para abordar estas cuestiones desde un punto de vista socioespacial, el presente trabajo se organiza a través de dos ejes principales, el espaciotemporal, cronotópico, del huerto; y el social, de relaciones, prácticas, dinámicas y procesos entre participantes, especialmente los más involucrados en el huerto. Precisar que la producción del lugar como tal y de la comunidad suelen ir asociadas en procesos de práctica política o de reivindicaciones identitarias donde el lugar ocupa un rasgo importante en muchas de ellas, aunque la conformación de la comunidad no se restringe única ni automáticamente al lugar. No obstante, he prestado atención a este aspecto por la relevancia que el lugar adquiere en un huerto urbano, literalmente enraizado en la tierra, y en la producción de comunidad, al menos inicialmente.

En primer lugar, en el apartado 3. Una aproximación crono-situada al huerto, realizo una contextualización del caso de estudio, situándolo en Madrid. Esta ciudad ha atravesado una intensa metropolización, con un espacio metropolitano policéntrico y una profunda

transformación del casco antiguo desde mediados de los años noventa (Monge, 2016). En paralelo, la metrópolis, como nodo de la economía global, se ha insertado progresivamente en las cadenas globales de producción de riqueza para las élites locales y foráneas incorporando una economía de servicios. Las políticas públicas reorientaron sus prioridades hacia estos objetivos mercantilistas en lugar de hacia las necesidades y demandas de la mayoría ciudadana, lo que condujo a una ciudad más segmentada geográficamente y socialmente. Todo ello propició la emergencia de un movimiento crítico ciudadano no solo madrileño, sino también al nivel estatal y mundial –aunque en Madrid se expresó con especial fuerza en el 15M– que demanda cambios políticos de amplio calado.

Una característica singular de muchos de estos grupos, que contrasta con la protesta social de épocas anteriores, es que su crítica se expresa en discursos, pero también con sus propias prácticas, con las que buscan construir alternativas. Los huertos urbanos comunitarios se inscriben entre estos colectivos. En ellos confluye la crítica a diversas problemáticas políticas con cuestiones cotidianas. Por un lado, al ubicarse en *espacios intersticiales* (Delgado, 1999; Sama, 2016a, 2016b) de la ciudad, los huertos urbanos comunitarios permiten la recuperación del espacio urbano al tiempo que la producción de ciudad. Por otra, como iniciativas polifacéticas, apelan a una diversidad de motivaciones y grupos sociales. La producción de verduras es soporte para la socialización, la educación ambiental, la experimentación organizativa y social, y como propuesta alternativa en la forma de producir la ciudad.

A continuación (en el apartado 3. Una aproximación crono-situada al huerto), abordaré la dimensión espaciotemporal del huerto y examinaré brevemente el contexto urbano y barrial en el que se producen las prácticas de los participantes aplicando la propuesta sobre la dialéctica del espacio formulada por Lefebvre (2013 [1974]). El espacio *percibido*–el espacio físico, el de la materialidad–, el espacio *vivido* o *espacio de representación* en la terminología de Lefebvre –el espacio social y de representación simbólica–; y el espacio *concebido* o *representación del espacio* –el manejado por urbanistas y planificadores–. El apartado se cierra con el examen del eje temporal desde una perspectiva social a través de los distintos tiempos en las prácticas de los participantes.

En segundo lugar (en el apartado 4. Persona y comunidad), y dado que los huertos se definen como “comunitarios”, analizaré qué rasgos adquiere la producción de esa “comunidad”, cómo se construye desde los sentidos y prácticas que los agentes otorgan a este concepto, así como las relaciones que lo definen y que desde él se establecen. Estos contenidos se examinan en el apartado 4. Persona y comunidad. El apartado explora también la tensión dialéctica entre persona y comunidad (vinculada al dualismo individuo–sociedad), tal como se presenta en el huerto. Tradicionalmente, este binomio conceptual se ha presentado en una relación dialéctica aunque problemática y en tensión permanente en el pensamiento occidental: bien la comunidad tradicional ahogaba al individuo hasta hacerlo desaparecer, o bien el individuo emergía fortalecido del colectivo y asentado “como valor supremo” (Stolcke, 2001, p. 21), desprendiéndose de sus lazos sociales. Las intersecciones y tensiones que surgen entre ambos elementos las reflejaron destacados antropólogos –Mauss (1938), Dumont (1987), Carrithiers (1985), Sahlins (2011)–, precursores de la sociología –Tönnies (1887), Durkheim (1893) y Weber (1904)– y estudiosos de las ciudades –Simmel (2005 [1903], sociólogos urbanos de la Escuela de Chicago (finales siglo XIX y

comienzos del siglo XX, Jacobs (2011 [1967])-. Más recientemente, otros autores han teorizado desde el ángulo de la llamada postmodernidad sobre la “individualidad altamente reflexiva” –Giddens (1994; 1995), Beck (1997)– y sobre la producción de nuevas subjetividades contemporáneas –Sennett (2000; 2011)– que genera nuevos engarces con lo social, así como la conceptualización de la persona como sujeto relacional (Velasco (2008), Díaz de Rada (2004) en sociedades que se construyen entre el “reanclaje” –Cruces (1997)– y la translocalidad –Massey (2011 [1994])–, lo que conduce a la identificación de nuevos rasgos en la comunidad producida por los hortelanos y hortelanas.

A partir del material teórico y empírico, en el subapartado 4.1. Dimensión relacional del huerto (entre afectos y conflictos), indago en la configuración del campo social (Bourdieu, 2007; 1997) del huerto a través de las relaciones y dinámicas que se establecen, identificando las tensiones en la articulación persona-comunidad, que en numerosas ocasiones son la fuente de los conflictos. A continuación examino las Prácticas en clave comunitaria (4.2.), la Creatividad y transmisión de saberes (4.3.) y los sentidos y discursos sobre la comunidad. Pertenencia e identificación (4.4.).

En el siguiente apartado (5. La continuidad de la comunidad. La comunidad reinventada), analizo las formas de continuidad de la comunidad en el caso de estudio y, en concreto, los elementos tanto clásicos como novedosos que mantienen la comunidad bajo una configuración renovada.

En los comentarios finales señalo las singularidades de los huertos urbanos comunitarios extraídas del estudio de caso y formulo mis conclusiones en cuanto a la producción de comunidad a través de la apropiación del espacio y creación de lugar, y de las prácticas de los participantes. Destaco, igualmente, mis interpretaciones en torno a la relación dialéctica y compleja entre persona y comunidad junto a algunas dimensiones y categorías que han resultado especialmente fértiles para avanzar en este sentido. Finalmente, se avanzan posibles vías planteadas en este trabajo que podrían ser de interés en futuras investigaciones.

Se anexa material fotográfico que muestra las vicisitudes de la historia y gente del huerto en clave cronotópica.

2. METODOLOGÍA

Este trabajo se basa en una investigación etnográfica de un estudio de caso realizada en un huerto urbano comunitario en un barrio de la periferia suroeste de Madrid. Seleccioné el caso de estudio en base a dos factores: primero, la localización del huerto. En los recientes estudios que se han realizado y se siguen realizando sobre huertos urbanos en Madrid predominan los casos de la zona céntrica de la ciudad, mientras que se han estudiado menos los huertos de la periferia. En la periferia se pueden apreciar aspectos singulares de las dinámicas urbanas contemporáneas y, en concreto, del desarrollo de un huerto urbano y sus condicionantes espaciales y climáticos. En segundo lugar, la elección de este caso se debió a las características del propio huerto, que denominé Huerto A, y que conocí durante

el proceso de prospección, cuando un integrante de la Red de Huertos Urbanos Comunitarios de Madrid durante un evento destacó el caso de este huerto por su “vitalidad”, “heterogeneidad social”, sus “prácticas comunitarias” entendidas en sentido amplio y los “novedosos proyectos realizados”.

La propia escritura del trabajo no sigue una estructura académica clásica, no se aborda un marco teórico seguido del material empírico, sino que teoría y praxis se presentan amalgamadas desde el propio proceso de investigación y en el texto final. De este modo el texto permite ir mostrando paso a paso el planteamiento teórico que acompaña y emana al material empírico. No obstante, tanto el apartado 3 (Una aproximación crono-situada al huerto) como el 5. La continuidad de la comunidad. La comunidad reinventada) se abren con una síntesis teórica a modo de encuadre y orientación al lector de los epígrafes que contienen.

Aclarar que me referiré en la mayoría de las ocasiones al concepto de “persona” como noción englobadora entendida como entidad con derechos sociopolíticos y responsabilidades que emanan de ser agente, sujeto y yo (*self*) (Kockelman, 2006), y donde incluyo también la noción de individuo, aunque en ocasiones puede aparecer alguno de los términos mencionados que empleo con el mismo sentido que el de persona.

En esta investigación, en el que parto de una perspectiva constructivista, he empleado las herramientas habituales de la etnografía, del siguiente modo:

He realizado un trabajo de campo intensivo y localizado durante cuatro meses en el Huerto A (desde noviembre de 2015 a febrero de 2016), aunque anteriormente ya inicié parte del trabajo de campo con la asistencia a las II Jornadas de Huertos Urbanos Comunitarios, celebradas en Madrid del 16 al 18 de octubre de 2015, que atrajo representantes de los huertos urbanos comunitarios de todo el Estado. A partir de noviembre, el trabajo de campo se centró en la observación participante los miércoles tarde y los domingos por la mañana, cuando el grupo tienen acordado el trabajo en común, compartiendo tareas y momentos de esparcimiento. Además he realizado observación participante asistiendo al huerto otros días de la semana de menor afluencia; asistiendo a la única asamblea que tuvo lugar durante mi estancia (febrero de 2016) y estando presente en la celebración del cuarto cumpleaños del huerto (mayo de 2016).

Fuera del huerto, he realizado observación participante en los siguientes eventos en los que se congregan agentes vinculados a los huertos urbanos, tanto desde el asociativismo como desde la administración: la asamblea mensual de la Red de Huertos de Madrid (febrero 2016); el evento celebrado por el Ayuntamiento de Madrid conmemorativo del primer año desde la legalización de los primeros huertos urbanos comunitarios (febrero de 2016); y durante la visita al huerto de dos técnicos municipales del Ayuntamiento que estaban realizando una consultoría de necesidades por los huertos adscritos a la Red, y cuyo informe de recomendaciones guiaría las acciones del Ayuntamiento en materia de huertos urbanos comunitarios. Igualmente, se realizó observación participante en el trabajo conjunto de plantación de semilleros que se realiza de forma colaborativa entre varios huertos (febrero de 2016), que llaman “hacendera”. Todo ello dio lugar a un amplio abanico de situaciones de observación dentro y fuera del huerto y con agentes internos y externos al

Huerto A, que enriquecieron el Diario de campo y demás documentos elaborados para este trabajo (Guía de campo, Plan de campo, Diario de campo e Índice general del Diario).

Entrevistas. Se llevaron a cabo 10 entrevistas semiestructuradas, siete con integrantes del grupo del huerto: una con un miembro y representante de la Red de Huertos Urbanos Comunitarios en la Federación de Asociaciones de Vecinos de Madrid; una con el responsable de Educación Ambiental del Ayuntamiento de Madrid y una con un asesor de la Junta de distrito de Latina. También se realizó una entrevista no estructurada con una vecina, con una integrante de una asociación barrial próxima al huerto en sus inicios y otra con un joven *sintecho* que solía dormir en el huerto. Todas las entrevistas fueron grabadas y transcritas para su inclusión en el Diario de campo, donde fueron glosadas como el resto del texto. Buena parte de las entrevistas con los participantes del huerto se realizaron a aquellos que tienen responsabilidades en distintas áreas y/o con una larga trayectoria en el huerto. Si bien su discurso bien articulado proporcionó mucho material empírico sustancioso, en este trabajo han quedado algo eclipsadas las voces tanto de los nuevos huertanos como de aquellos sin responsabilidades específicas.

En cuanto a las fuentes documentales secundarias, he tenido acceso y analizado:

1. *Documentación producida por el huerto y sobre el huerto.* He examinado las actas del grupo desde que comenzaron a elaborarlas (enero 2013) y revisado las normas del grupo, dispersas en un espacio en la nube, que, con humor, llaman “Pá Tó” (para todo), además de informaciones adicionales subidas a ese espacio. Igualmente, he seguido con atención el intercambio de mensajes de su activa lista de correos y, aunque no ha sido posible por razones de tiempo realizar un análisis minucioso y sistemático de los contenidos, sí he recabado los principales temas e hilos de conversación y los protagonistas de los mismos. También he revisado los pliegos para la concesión de los huertos urbanos comunitarios del Ayuntamiento de Madrid y el documento presentado por el representante del consistorio en el I Encuentro de Huertos Urbanos Comunitarios (octubre de 2015). Además, con el fin de contextualizar el barrio en el que se ubica el huerto desde un punto de vista social y económico en relación a la ciudad de Madrid, he contado con la información de diferentes cuadros estadísticos del Ayuntamiento de Madrid sobre renta, tanto a nivel comparativo entre distritos como del distrito. Por último, he seguido atentamente las noticias de prensa aparecidas sobre el tema de los huertos urbanos y su situación en estos meses, así como revisado la sección de hemeroteca sobre huertos comunitarios¹ recopilada en una web por el grupo del huerto comunitario Cantarranas de la Universidad Complutense de Madrid.²
2. *Literatura académica.* Se ha realizado una lectura de literatura académica que abarca autores clásicos y contemporáneos sobre la cuestión de la ciudad, el espacio urbano, la participación y ciudadanía, realizando una lectura más atenta de autores relevantes. Igualmente, han sido revisados los teóricos de referencia sobre la modernidad y la globalización, y la crítica a sus argumentos, así como

¹ Disponible en: <https://www.ucm.es/agroecologia/prensa-1>

² Disponible en: <https://www.ucm.es/agroecologia/trabajos-academicos>

los autores que han reflexionado sobre el concepto de persona, el individualismo y la comunidad, además de pensadores clave sobre la teoría de la práctica. Igualmente, se ha examinado la literatura sobre huertos urbanos comunitarios, que empieza a sumar un buen número de artículos de prensa y académicos, y un solo libro en castellano.

Durante los cuatro meses de trabajo de campo y de relaciones personales con los integrantes del huerto se desarrolló una cercanía con sus integrantes y simpatía hacia el proyecto que requirió un repetido ejercicio reflexivo para evitar posibles deslizamientos que me habrían llevado a convertirme en una huertana más, desvirtuando mi posición de etnógrafa. Por ello, he puesto atención a la producción de un discurso *etic*, que no replicara el discurso *emic* de los participantes sobre cuestiones políticas, sociales y ecológicas del modelo y estilo de vida dominantes y sus reivindicación en cuestiones de sostenibilidad ecológica, participativas en el ámbito ciudadano y de horizontalidad en la organización de los colectivos humanos, con las que ideológicamente me siento próxima. Esto ha implicado un cierto esfuerzo, más tratándose de un discurso tan autorreflexivo como es el que manejan muchos participantes en los huertos.

Esta investigación ha sido realizada tomando en cuenta las pautas éticas aprobadas por antropólogas/os en el Congreso de la Federación de Asociaciones de Antropología del Estado Español (FAAEE) de 2014. En concreto, en este trabajo se actuó siguiendo las directrices de la investigación abierta –en todo momento me identifiqué como antropóloga que realizaba una investigación etnográfica; se solicitó el consentimiento informado de los participantes y se planteó mi propuesta de investigación en asamblea del huerto, resultando aprobada. Antes de realizar esta investigación, evalué de antemano los posibles riesgos e impactos de su estudio, que en este caso fueron muy reducidos, y en todo momento puse los medios para evitar que mi práctica profesional pudiera dañar la seguridad, dignidad o privacidad de las personas que han participado. Asimismo, he seguido las directrices precisas para garantizar la privacidad de las personas que colaboran en la investigación y su anonimato; por ello, todos los nombres son ficticios, salvo aquellos que ocupan cargos públicos y que aparecen en el texto en calidad de su cargo. Con este fin, he optado por identificar al huerto objeto de la investigación como Huerto A. Existe el compromiso por mi parte de no divulgar el material recopilado para otros fines que no sean el estudio científico, y con el grupo del huerto para realizar una devolución, que se materializará en breve facilitando copia electrónica y en papel de este trabajo. Agradezco a todos ellos su apertura y colaboración para la realización de este trabajo y a la tutora de este trabajo, Sara Sama, por su gran ayuda.

3. UNA APROXIMACIÓN CRONO-SITUADA AL HUERTO

En esta parte del trabajo me propongo enmarcar el caso de estudio en el contexto de la ciudad y las cuestiones urbanas desde una perspectiva diacrónica, para examinar a continuación las prácticas y representaciones de producción de lugar del colectivo objeto de

estudio. Para finalizar este apartado, realizaré algunas consideraciones en torno al espacio y el tiempo o, mejor, los tiempos.

3.1. Ciudad, espacio público y huertos urbanos

En las últimas décadas, Madrid, como gran aglomeración urbana –la tercera en Europa después de París y Londres– ha entrado en un proceso de metropolización, caracterizado por el crecimiento de un espacio metropolitano policéntrico y una profunda transformación del casco antiguo (Monge, 2016). Así, desde mediados de los años noventa, la metrópolis, como nodo de la economía global, se ha insertado progresivamente en las cadenas globales de producción de riqueza para las élites locales y foráneas a través de la adopción de una economía netamente de servicios –en concreto, transportes, comunicaciones, construcción, turismo y servicios financieros– y la aplicación de políticas públicas orientadas a la mercantilización del espacio urbano. Los poderes públicos sirven de acicate a grandes operaciones inmobiliarias que a su vez son agentes de crucial importancia en las decisiones sobre planificación y gestión urbanas.

El protagonismo del capital queda impreso en la geografía de la ciudad, que se convierte en sí misma en producto de consumo: escaparate para el turismo, escenario para la celebración de grandes eventos y foco para atraer inversión. Se erigen centros comerciales donde antes existían mercados que acogían un rico tejido social; las plazas se remodelan con fisonomías ideadas para el tránsito, pero no para ser habitadas. En este sentido, amplias zonas del centro de las ciudades se han visto sometidas a procesos de gentrificación que “higienizan” el espacio y expulsan a su población a zonas de menor valor económico (Müllauer-Seichter, 2010). Como resultado de la concentración de los presupuestos a estos fines, se han desatendido las demandas de servicios básicos de los barrios, modificando la forma y práctica de los lazos sociales. Se diría que la ciudad neoliberal busca una ciudad sin ciudadanos. Como indican Sequera y Janoschka (2012, p. 517), “las relaciones de sociabilidad quedan condicionadas por este acceso y uso diferencial” que se da en plazas y calles.

Un pilar fundamental del desarrollo económico del Madrid metropolitano se basó, como se ha indicado, en el sector inmobiliario con fines especulativos, que favoreció una planificación urbana desigual y errática y un excedente de unidades habitacionales que bate récords en Europa. Los autores del Observatorio Metropolitano de Madrid han analizado detalladamente estos procesos (Rodríguez, García y Muñoz 2013, p. 139). La crisis urbana que se venía fraguando desde atrás se puso de manifiesto con el “pinchazo” de la burbuja inmobiliaria y en las medidas posteriores en forma de recortes sociales. En el proceso, se ha producido un marcado adelgazamiento de las clases medias y el empobrecimiento de los sectores vulnerables, y se ha agravado la crisis ecológico-social y política en marcha. A todo ello se sumó la indignación por los casos de corrupción público-privada que se empezaban a conocer, y que agudizaron el fuerte descontento social y el hartazgo de la ciudadanía hacia la “clase política”. Así se fraguaron las condiciones para la eclosión del 15M,³ que inauguró

³ Fenómeno de protesta popular que partiendo de Madrid se extendió a toda España en mayo y junio de 2011, y posteriormente a otras ciudades europeas y estadounidenses (movimiento *Occupy*).

un ciclo de movilizaciones en demanda de una mayor participación ciudadana y de la calidad democrática. A su vez, la demanda de participación en las decisiones en el entorno urbano reclama una noción remozada del concepto de ciudadanía como una categoría práctica y activa, que se plasma en un constante acto *performativo* (Sequera y Janoschka, 2012, p. 521).

El 15M se manifestó, precisamente, en la ocupación del espacio urbano, con la ocupación de las plazas, en respuesta a la necesidad de “hacer algo” al margen de la política institucional. Ese “hacer algo” se plasma no en grandes revoluciones o cambiar el mundo de arriba a abajo, sino que remite a lo inmediato y lo próximo, “lo cotidiano” dice Pedro, co-promotor de Huerto A, la transformación de “un trocito de tu barrio mientras tratas de cambiar el mundo” dice Daniel, sociólogo y activista en la FRAVM y en la Red, además de hortelano en otro huerto del sur de Madrid. Así se expresaba la desafección hacia una forma de gobernar de espaldas a la ciudadanía y el cansancio hacia los partidos políticos parlamentarios; por otra parte, representaba la recuperación de la soberanía popular y del espacio urbano. El traslado del 15M desde las plazas del centro de la ciudad a los barrios alimentó numerosas iniciativas de movilización ciudadana. La historia del huerto objeto de este estudio, Huerto A, está estrechamente ligada a las motivaciones e ideario del 15M.⁴ Paloma, psicóloga y veterana hortelana de Huerto A, matiza, sin embargo, las conexiones e identificaciones del huerto con el 15M: “El 15M disparó muchas paranoias a mucha gente [...] Pero esto [el huerto] tampoco se vinculó con el 15M y creo que fue en un momento en que ni se consideraba esto parte del 15M”.

Estos elementos configuran lo que los grupos más críticos consideran una “crisis multidimensional” –económica, política, social, pero también ecológica y de estilo de vida– que denota una crisis general de modelo. En la actualidad, desde la ciudadanía se buscan y ensayan fórmulas diversas que den respuestas a estos retos, no solo en los discursos, sino también a través de proyectos prácticos. La agricultura urbana ha corrido paralela al desarrollo de la ciudad industrial, resurgiendo periódicamente en etapas de guerra o crisis (Fernández Casadevante y Morán, 2015, pp. 222-223). Los huertos urbanos se configuran como alternativas y polos donde se entrecruzan distintos ejes de reivindicación política, desde las propuestas ecologistas a las de la economía crítica –que cuestiona el crecimiento económico como objetivo central de las sociedades– y, en concreto, el movimiento por el decrecimiento; en respuesta, en estos huertos se experimenta con la agroecología y el reciclaje de materiales. También demandan una participación en las decisiones en el espacio público mediante “la autoorganización” y “la democracia deliberativa”. A estas cuestiones de alcance más general se añade la actuación en el espacio inmediato del barrio, tanto rehabilitando espacios degradados como recomponiendo los lazos sociales y de afectos; la dimensión “comunitaria” adquiere aquí gran relevancia. Más singular resulta que demandas sobre cuestiones cotidianas cobren ahora una dimensión política, como la preocupación por la salud y, en concreto, por la alimentación –que conlleva una crítica al sistema alimentario global de largas distancias y supertecnificado–, la defensa de los derechos de los animales y la adopción de dietas particulares, como el veganismo. Estos

⁴ Véase la página web sobre el movimiento con sus principales frases y lemas en: <http://www.movimiento15m.org/2013/07/las-frases-y-lemas-del-movimiento-15m.html> [Acceso, 19 de junio de 2016].

discursos están muy presentes en las visiones y prácticas de los nuevos movimientos urbanos, al menos, en el grupo motor del huerto.

En este sentido, Ulrich Beck (1997) argumenta que en “los procesos de modernización diversamente configurados, los vínculos estrechos entre situaciones sociales y orientaciones de acción individuales se vuelven cada vez más laxos, y los entornos culturales pierden su fuerza determinante en el obrar de los actores individuales” (1997, p. 167). Así, el individuo, libre de “normas y exigencias de roles claras” se ve imbuido en “espacios libres cada vez mayores para decisiones individuales”, en los que el individuo se ve abocado a elegir, de modo que se conforma, como el resto de actores emancipados, en constructor activo, desde una perspectiva política, de su realidad (1997, p. 168).

Como consecuencia, argumenta Beck, en este contexto, el “*espacio de juego* de lo político” se expande “a otras áreas y arenas” antes no considerados parte del ámbito político. Así, nuevos modos de acción “son declarados por todos los actores posibles como *políticos*” (1997, p. 168), aunque al margen de “los rituales de la política institucionalizada. “Toda clase de objetos, incluyendo la propia vida es comprendida, de modo creciente, como susceptible de ser configurada [...] ya no *más allá* de los intereses públicos, sino que se convierte ella misma en medio y en objetivo de la acción política” (1997, p. 169). Beck denomina a esto *subpolíticas*, que se desarrollan por debajo y transversalmente al sistema político tradicional. La política se desarrolla así en torno a cuestiones de la vida cotidiana y de la existencia individual. Así, las ocasiones de actuar *políticamente* para cada individuo se multiplican (1997, p. 171), y las esferas individuales se convierten en eje de acción política.

La ocupación del espacio urbano ha sido una de las principales estrategias de los huertos urbanos comunitarios. A través de ella, ponen de manifiesto la ausencia de vías oficiales para el diálogo y la negación del derecho de participación ciudadana y del “derecho a la ciudad” (Lefebvre, 1969). Para los sectores más activos de la sociedad civil, la ocupación del espacio puede convertirse en la única opción. Daniel, sociólogo, de 39 años y activista con una larga trayectoria en los movimientos urbanos y uno de los impulsores de la Red de Huertos Urbanos de Madrid, así lo entiende:

Muchas veces la ocupación es el único camino que queda. En muchos casos, venimos de democracias de baja intensidad y de muy baja interacción entre sociedad civil e instituciones y, por lo tanto, en nuestro caso hubiera sido absurdo, y así se demostró, ir a solicitar que te cedieran una parcela cuando [los huertos urbanos] no estaban regulados ni había interés de las instituciones en promover estas iniciativas. Al final, las ocupaciones son un síntoma de que la ciudad no puede ser planificada del todo.

Fernando, funcionario de 60 años y uno de los hortelanos más veteranos de Huerto A e implicado en diversos activismos, añade: “Nosotros abogamos por la ocupación como forma de lograr lo que necesitan los ciudadanos. Las administraciones son muy lentas y una vez que has ocupado como que les da vergüenza echarte... en parcelas marginales como la nuestra, claro. Si fuera una parcela edificable que quisiera un constructor nos echaban rápido”.

La historia del crecimiento de los huertos urbanos comunitarios madrileños actuales comienza con la referencia al Huerto La Semilla, fundado en 1991y que fue desmantelado,

precisamente, en una operación urbana para construir la Caja Mágica.⁵ En 2004 se creó el huerto GRAMA (Grupo de Acción para el Medio Ambiente), promovido por una asociación ecologista y situado en Casa de Campo y en 2006 se creó el huerto La Piluka, en el barrio del Pilar, al norte de Madrid. En 2008 aparece Esta es una plaza, uno de los huertos emblemáticos del centro de la capital, en el barrio de Lavapiés, a partir de una intervención artístico-arquitectónica celebrada a raíz de un curso de la Casa Encendida. En 2010 surgieron varios huertos comunitarios impulsados por asociaciones vecinales, lo que dio lugar a la creación de una estructura de coordinación dentro de la Federación Regional de Asociaciones Vecinales de Madrid (FRAVM); unos meses después aparece la Red de Huertos Urbanos Comunitarios en Madrid (la Red, en adelante).⁶ A partir de 2011 han surgido en los barrios numerosas iniciativas de agricultura urbana, como es el caso de Huerto A.

Ese proceso de eclosión de los huertos urbanos comunitarios ha corrido paralelo a un proceso de regulación negociado entre la FRAVM y el Ayuntamiento, y, posteriormente, por la Red. Con el fin de dar una solución definitiva a esta situación, la sección de huertos urbanos comunitarios en la FRAVM y la Red iniciaron contactos con el Ayuntamiento, entonces gobernado por el Partido Popular, para poner en marcha un programa municipal con un marco regulador para los huertos urbanos comunitarios y acabar con la precariedad y la ilegalidad. El gobierno local se mostró dispuesto a legalizar aquellos huertos que se hallaran en suelo municipal en zona verde y trasladar aquellos que se ubicaran en suelo dotacional. Un total de 17 huertos fueron legalizados, la mayoría en la periferia, en zonas ajardinadas, semiforestales y ajardinadas no utilizadas. La entrega de los primeros 12 huertos legalizados tuvo lugar en septiembre de 2014. La segunda, de cinco huertos, en marzo de 2015. Y la tercera, de 17 huertos tuvo lugar en mayo de 2016. En total, se han regularizado 34 huertos, más el Huerto municipal Retiro, que también forma parte de la Red, y se calcula que a finales de 2016 puede haber regularizados 45 huertos, según datos del Área de Medio Ambiente del Ayuntamiento. La cesión de terreno se realiza por periodos de dos años, renovables por otros dos, e incluye obras de preparación del terreno, instalación del punto de agua y vallado si así lo quiere la asociación receptora de la cesión.

A su vez, el colectivo huertano madrileño avanza en su articulación con encuentros como las asambleas periódicas de la Red de Huertos que reúne a los proyectos miembros de la Red para tratar temas de mutuo interés, como las cuestiones sobre la negociación con el Ayuntamiento para la regularización de los huertos, que se celebran desde el primer encuentro de la Red en mayo de 2012 en Madrid y las Jornadas Estatales de Huertos Urbanos Comunitarios que desde su inauguración en octubre de 2015 reúnen a representantes de diversos huertos urbanos comunitarios del Estado también en la capital.

En un contexto de crisis urbana que viene de atrás, los huertos urbanos comunitarios surgen y se desarrollan como alternativa donde se busca ensayar respuestas políticas y sociales a cuestiones “clásicas” y novedosas, al tiempo que prestan atención a los lazos sociales y de afectos. Las cuestiones cotidianas como la ocupación del espacio público para su uso y disfrute y el cuidado y gestión del espacio y de la persona se politizan desde lo

⁵ Se trata de un estadio multiuso que formaba parte de las infraestructuras para la Candidatura de Madrid a los Juegos Olímpicos 2016, que finalmente fue descartada.

⁶ Véase <https://redhuertosurbanosmadrid.wordpress.com/>

local y cotidiano. Cuentan con la baza de traer a lo próximo problemas planetarios y darle cuerpo en prácticas concretas y gente concreta, a la vez que trascendiendo sus particularidades.

3.2. Características físicas y socioeconómicas del barrio

Huerto A se ubica en la periferia de Madrid, en Lucero, un barrio modesto dentro de un distrito popular de clase trabajadora, Latina, que no está, sin embargo, entre los más pobres de la ciudad. De los 21 distritos de la ciudad de Madrid, Latina ocupa la posición 15 en términos de renta bruta per cápita disponible de los hogares en 2012 (19.456 euros/años frente a una media de la ciudad de 21.938 euros).⁷También se encuentra entre los más poblados, siendo uno de los cinco distritos que superan las 200.000 personas de una población total de 3,1 millones de habitantes de la ciudad, según datos de 2016⁸ (7,3 millones en el área metropolitana). La situación del barrio y el distrito se muestra en la Ilustración 1 del Anexo fotográfico.

El área ocupada por Huerto A se ubica cerca de una de las seis autovías radiales que salen de Madrid que parte literalmente en dos el espacio del barrio: la parte de menor tamaño y más antigua, situada entre la autovía y la Casa de Campo (la mayor zona verde de Madrid), y donde habitan muchas de las personas que participan en el huerto; y al otro lado de la autovía se ubica la parte más grande del barrio, donde físicamente se sitúa Huerto A (Ilustración 2).

Hace 60 años empezó la urbanización de esta zona, como rememora Mari Sol, una de las huertanas de Huerto A. Según narra, su padre obtuvo el número 1 del sorteo del primer bloque que se edificó. Fue una de las zonas de asentamiento de población rural inmigrante, procedente principalmente del sur de España. En la actualidad el barrio está habitado por algunos de los pobladores originales de edad avanzada y una población de mediana edad, autóctona y migrante (principalmente de Rumanía, China y Ecuador, en ese orden),procedente de una segunda oleada habitacional, de recursos medios o bajos. Los envejecidos edificios de esta zona de Lucero contrastan con el área colindante al huerto, de más reciente urbanización, donde los bloques de nueva construcción han atraído a una población de mayores recursos económicos.

3.3. Datos del huerto, su historia y sus gentes

Huerto A fue impulsado por una pareja, Isabel y Pedro. Isabel, ingeniera forestal y máster en agricultura urbana, está muy motivada por los huertos urbanos comunitarios. Ya contaba con experiencia en la gestión de huertos sociales gracias a un proyecto de vinculación intergeneracional a través de huertos en una localidad del sur del área metropolitana de Madrid, y había participado en movimientos sociales, entre ellos la asamblea del 15M del

⁷ Fuente: Contabilidad Municipal de la ciudad de Madrid. Base 2010.

⁸ Área de Economía y Hacienda del Ayuntamiento de Madrid (2016). Padrón Municipal de Habitantes Ciudad de Madrid. 1 de enero de 2016. Madrid: Ayuntamiento de Madrid.

barrio. Pedro, también en la cincuentena, trabaja en el sector de banca y cuenta con una larga experiencia en el movimiento sindical. Mantiene su propio huerto en su localidad de origen.

Isabel fue quien impulsó la idea de un huerto comunitario y quien localizó el solar. Un año después del 15M, Isabel repartió cartas entre las asociaciones vecinales, de inmigrantes, ecologistas, la asamblea del 15M del barrio, colegios de la zona, asociaciones vecinales, etc., convocando a una reunión a la que acudieron unas 30 personas. Acordadas por consenso las condiciones de partida, que propuso la pareja fundadora, se determinó crear un huerto “comunitario” y de “cultivo ecológico”. En mayo de 2012 decidieron ocupar un solar de unos 500 m², un espacio oficialmente asignado a usos deportivos en el Plan General de Ordenación Urbana de 1997, situado entre unas canchas deportivas y un fuerte desnivel del terreno. Por su ubicación, algo escondida, permanecía sin usos definidos, como un retazo inservible de la planificación urbana. Isabel rememora los primeros momentos:

Hubo mucha gente que nos animaba. Hubo quejas también, claro, es normal. Ves aparecer allí a una gente con unos neumáticos y unos sacos y ellos igual pensaron que íbamos a prender fuego o algo, ¿qué van a saber ellos? Fue un fallo nuestro también, aparecimos de forma torpe. Como ya era casi junio y no podíamos cavar, llevamos los neumáticos para plantar unas tomatas con sustrato, para empezar, y decían, “¡mira estos perroflautas! ¿Se van a construir una casa de neumáticos, o qué?”. Todo muy cutre...

Su pareja, Pedro, recuerda:

Yo he tenido huerto de toda la vida, pero no en la ciudad. Isabel me decía, “sí, en la ciudad”, y a mí me sonaba a chino, “Ya, pero, ¿cómo en la ciudad?”. “Sí, sí, y encima del cemento, en azoteas, en terrazas”, decía ella. La idea era esa inicialmente, aprovechar las zonas urbanas. Ahora hay en Madrid cuarenta y tantos huertos, pero entonces había tres o cuatro.

Dora, también fundadora del grupo, señala: “Yo estaba aquí el 17 de mayo de 2012 cuando lo ocupamos. Al principio los adolescentes venían a beber y quemaron tres veces el huerto. Entonces dijimos, “lo vamos a hacer todavía mejor”. Y nos extendimos hacia el fondo de la parcela”.

Este colectivo se caracterizaba, según los diversos testimonios, por la heterogeneidad en términos de edad, formación, profesión y procedencia. La mayoría de las personas que iniciaron el huerto no se conocían entre sí. Daniel, uno de los impulsores de la Red de Huertos y participante de otro huerto al sur de la ciudad, destaca esa diversidad de personas como una de las características positivas de los huertos comunitarios:

Desde el principio han tenido esta pluralidad. Siempre han sido espacios intergeneracionales, con procedencias diferentes, biográficamente distintas, de modo que no son dinámicas de grupos muy homogéneos donde todo lo que vaya a suceder ahí pueda ser predecible, la estética de la gente vaya a ser identificativa... yo creo que desde el principio han sido espacios un poco híbridos, lo que no excluye que todavía tengan un componente más marcadamente juvenil y que en cierta medida puedan responder a algunos estereotipos y patrones... un ecologista... a lo mejor eso predomina, pero yo creo que es un espacio bastante más poroso que otras dinámicas asociativas que son más homogéneas o más cerradas en sí mismas. Eso es una de las virtudes que tienen.

En Huerto A, la proporción de personas extranjeras duplica el porcentaje de otros huertos, y es del 10% (Villace et al, 2014)⁹; tampoco se aprecia esa predominancia juvenil que menciona Daniel: la media de edad rondaba los 45 años en el periodo en que se realizó el trabajo de campo. Pese a la pluralidad, existe una alta coincidencia en cuanto al significado político del huerto, que marca la dirección del proyecto.

El colectivo que cultiva asiduamente el huerto –que, entre otras muchas se autodenominan “huertan@s”– está integrado por unas 30-40 personas, aunque muchas de las integrantes iniciales ya no están. “Algunos han tenido que emigrar por temas de trabajo y otros por lo que sea, sus vidas han ido por otros derroteros”, apunta Pedro. Sin embargo, pese a sus altos y bajos, Huerto A ha tenido y tiene la suficiente capacidad de atracción como para recibir nuevos miembros de forma regular, lo que ha permitido renovar fuerzas y que el proyecto no languidciera. En los meses en que realicé el trabajo de mesa de esta etnografía y mientras seguía los intercambios de la lista del huerto, vi aparecer al menos a ocho personas nuevas. En sus cuatro años de existencia, buena parte de los integrantes de Huerto A se ha renovado, aunque mantiene un núcleo de unas ocho o diez personas del grupo fundador. Como señala Daniel,

En los huertos pasa como en cualquier movimiento social activo, al final hay una parte de núcleo duro que permanece, que le da coherencia al proyecto a lo largo del tiempo, que marca un estilo de hacer las cosas; y luego hay una población flotante –gente que está una temporada, gente que está un poquito, gente que está un poco más, y que, sin embargo, sin esa gente tampoco serían viables los proyectos.

Esta capacidad de atracción se muestra en el hecho que en torno a un 40% de los huertan@s proceden de fuera del barrio y del distrito. Como Germán, de 35 años, que se incorporó a Huerto A en el verano de 2015 atraído por el proyecto de permacultura¹⁰ que impulsa el huerto que conoció «por internet, buscando». Por eso, no le importa atravesar la ciudad desde su barrio en el norte de Madrid. “Antes vivía con un amigo en Las Matas, tenía una casa con terreno. Yo quería hacer cosas de permacultura, pero mi amigo que era el dueño no quería y tuvimos muchos problemas. Al final hicimos algo, pero no como esto. Luego, cuando ya no vivía allí, busqué cosas de permacultura y miré qué había en Madrid, y salió esto...”. A Fernando, que viene de un barrio de Madrid capital, señala que eligió ser miembro de Huerto A “porque es privilegiado en muchos aspectos: la cantidad de terreno de que dispone, casi media hectárea, también la gente, con ganas de hacer, de innovar, se implican”. El alto porcentaje de personas de fuera del barrio constituye un hecho singular entre los huertos “comunitarios”, donde está instalado un discurso de ser iniciativas impulsadas por el vecindario por su vinculación con el lugar como espacio del habitar, hecho que los datos de Huerto A exigen repensar.

La diversidad se refleja también en las variadas motivaciones de quienes se acercan a cultivar un huerto urbano comunitario. Según el estudio de Garrido (2015), el 61% de la muestra en huertos urbanos comunitarios de Madrid afirman que su motivación es recuperar la ciudad, el 40% cultivar la tierra, y el 33% animar el barrio. En el caso de Huerto A, a las

⁹ Disponible en: <http://bit.ly/2ddKP1a>

¹⁰ La permacultura constituye un sistema de principio de diseño agrícola, social, político y económico basado en los patrones y las características del ecosistema natural. Fuente: <https://es.wikipedia.org/wiki/Permacultura> .

preocupaciones políticas o barriales se suma la motivación por el contacto con la naturaleza, la socialización y la implicación en proyectos de innovación ambiental.

Beatriz, profesora jubilada y “huertana” que vive en el área metropolitana, afirma que viene al huerto “a desfogar mi necesidad de contacto con la naturaleza”. Mario, un informático de unos 40 años, explica así su motivación: “porque un día quiero vivir en el campo, y esto me permite tener contacto con la naturaleza; también por tener contacto con los vecinos”. Para Raquel, antropóloga y enfermera, de 54 años, el huerto le permite “hacer ejercicio físico al aire libre”. Miguel, mecánico en paro de 55 años, indica que viene “para no estar en casa. Se me cae la casa encima. No sé estar sin hacer nada, como ahora estoy en paro... mejor vengo aquí y hago cosas”. Mari Sol, de 60 años y en paro, se adelanta a la pregunta y afirma: “Yo soy vegana; no como nada que tenga ojos. Vengo aquí porque tengo mucha conciencia ecologista. En mi casa reciclo todo lo posible”. La ecología y la salud fue también lo que motivó a Miriam, madre de dos hijos pequeños: “Sobre todo fue por los niños, el darles alimentos... no quiero decir naturales, sino no artificiales. Ves que les das la fruta, la verdura que es una porquería y ¡ay! No quería...”.

Victoria, administrativo de 50 años y tesorera de Huerto A, estima que junto al deseo de cultivar un huerto propiamente había otra motivación más política que se vincula al espíritu del 15M:

Había gente que era la producción [lo que les atraía], pero yo creo que era más bien estar a la contra de lo que se estaba haciendo, hacer algo diferente. Para mí misma, es lo que estaba buscando, un proyecto en común con mucha gente diversa, donde se generen otros proyectos, gente que tú eliges, que tiene tu misma o parecidas... cosas que te unen, parecidos intereses, y estar a la contra de lo que es, de lo que parece que es como Dios manda y lo que se hace siempre.

Iván, bibliotecario en paro de 42 años, que participa desde el principio con su mujer, subraya la importancia del componente de activismo político que tienen los huertos, pero también como lugar de socialización.

Vine un poco escéptico de que el proyecto pudiera funcionar. Mi mujer lo creía más. Teníamos interés por lo ecológico por el tema de Fukushima. Decidimos ser algo más que espectadores. Luego aparece la gente, la charla, la cosa informal, y eso es un atractivo adicional. Aquí hay gente con la que conecto bien. Son gente maja, que ayuda, que conversa, la forma de llegar a acuerdos... Luego ya he seguido viniendo por la gente.

En las motivaciones, como se aprecia, se entrecruzan factores personales con las ganas de sumar a una acción colectiva y a un proyecto común. Es en estos cruces donde se expondrán las confluencias y tensiones del elemento personal y el colectivo, que analizaré con detalle en la segunda parte de este trabajo (4. Persona y comunidad).

3.4. Sentidos, discursos y prácticas en torno al espacio del huerto: espacio vivido, espacio percibido y espacio concebido

Las prácticas de los huertos urbanos comunitarios, como Huerto A, literalmente enraizados en la tierra, inciden sobre el entorno inmediato, transformándolo. Por la propia naturaleza de

estos proyectos, las cuestiones vinculadas con el espacio tienen una relevancia de primer orden. La relación con el espacio físico y las representaciones que se hacen de ellos los participantes contribuyen a conformar la noción de lugar como espacio practicado.

De Certeau considera el *lugar* como “el orden según el cual los elementos se distribuyen en relaciones de coexistencia”, lo que excluye que “dos cosas se encuentren en el mismo sitio”. Así, un lugar es “una configuración instantánea de posiciones. Implica una indicación de estabilidad” (De Certeau, 1996, p. 129), y tiene formas perfiladas y a veces tan delimitadas que hasta pueden llegar a ser *fronteras*, como sugiere Velasco (2008, p. 323). Por su parte, De Certeau considera el *espacio* como “la renuncia a un lugar considerable como propio, o a un lugar que se ha esfumado para dar paso a la pura posibilidad de lugar, para devenir, todo él, umbral o frontera” (Citado en Delgado, 1999, p. 39). “A diferencia del lugar –remarca De Certeau– el espacio carece de univocidad y de la estabilidad de un sitio “propio”. En suma, *el espacio es un lugar practicado*” (De Certeau, 1996, p. 129).¹¹

Delgado subraya para el lugar la “identificación de los individuos con un área que interpretan como propia” (Delgado, 1999, p. 30). Mientras que en el, el espacio la ausencia de esta identificación lo sitúa como “la extensión o distancia entre dos puntos, ejercicio de los lugares haciendo sociedad entre ellos, pero que no da como resultado un lugar, sino tan solo, a lo sumo, un tránsito, una ruta” (*Ibidem*). Siendo así, “Lo que se opone al espacio es la marca social del suelo, el dispositivo que expresa la identidad del grupo” (*Ibidem*).

Para Lindón (2007), también coincide en que el lugar hace referencia a espacios delimitados, con bordes precisos, que para los sujetos representan certezas y seguridades otorgadas por lo conocido (Tuan, 1977, citado en Lindón, 2007), aunque esos límites son más demarcaciones que fronteras, ya que no impiden la expansión del contenido simbólico, que las desborda.

Tradicionalmente se ha concebido el lugar como un espacio fijo y encerrado en sí mismo, asociado a quienes lo ocupan, creando entre lugar y ocupantes una “pertenencia imaginada” en una unidad aparentemente indisociable. Como pobladores de un espacio hecho lugar, se desarrollan vínculos hacia el lugar donde se despliegan sus prácticas. Precisamente por las características antes indicadas sobre la procedencia dispersa de quienes participan en el huerto, resulta útil precisar junto a estas nociones de espacio y lugar que la polisemia del término *lugar* no debe esconder que puede referirse tanto a un espacio físico como a un espacio social concreto. En este sentido, como indica Velasco (2008, p. 385), en la antropología se ha asentado sólidamente la ecuación lugar::sociedad::cultura. Sin embargo, este trinomio se muestra inviable a la luz de distintas brechas. “Por un lado el lugar no es un espacio singular delimitado: Por otro la cultura no es un todo orgánicamente tramado. Y tampoco la sociedad tiene la fuerza cohesiva que suponía Durkheim. El lugar puede ser múltiple e incluso sin límites, la cultura puede ser híbrida (Canclini), la sociedad se desmenuza en tantos individuos como se puedan contar” (Velasco, 2008, p. 285). Hay *lugares* de apego y emoción, *lugares* que sirven para la identificación y *lugares* propios y apropiados *de* y *para* determinadas personas y acciones, cuyos límites se marcan simbólicamente e incluso ritualmente (Sama, 2010). Por tanto, no existe una relación fija ni cerrada entre comunidad y lugar, ni la existencia de una comunidad

¹¹ En cursiva en el original.

implica su vinculación a un lugar determinado. El lugar se convierte en tal al ser practicado, vivido y experienciado, tal como se detalla más adelante en relación a Huerto A.

Este texto enfatiza cómo el espacio del huerto, como un concepto más genérico, se convierte en lugar por medio de la capacidad agencial de los sujetos en un ejercicio de apropiación física y simbólica; es precisamente la aplicación de prácticas cotidianas lo que transforma el espacio en lugar. O como expresa Fernando, hortelano y activista, mirando el huerto con orgullo: “Donde antes no crecía nada, ahora ya han salido estas gramíneas amarillas tan bonitas”.

Igualmente útil para el análisis de la semantización del espacio resulta el planteamiento propuesto por Henri Lefebvre (2013 [1974]) sobre las tres dimensiones de la producción del espacio: la práctica espacial, la representación del espacio y los espacios de representación. Partiendo de esta formulación, Edward Soja (2000 [1996], citado en Ricart y Remesar, 2013, p. 23) reformula la tríada como espacialidad vivida, percibida y concebida. El espacio *percibido* es el de la materialidad y la práctica espacial, el espacio *vivido* o *espacio de representación* en la terminología de Lefebvre, alude a los sentidos simbólicos otorgados a los espacios físicos, y el espacio *concebido* o *representación del espacio*, se refiere al que manejan los urbanistas y tecnócratas en la planificación de la ciudad, y que a menudo equivale a espacio inmobiliario. Estas tres nociones equivaldrían, respectivamente, al espacio físico (la naturaleza), espacio social (de las interacciones humanas) y espacio mental (las lógicas y abstracciones formales) (Baringo Ezquerro, 2013, p. 123). La dialéctica del espacio lefebvriano podría representarse como se recoge en este diagrama:

Esquema 1: Dialéctica del espacio de Henri Lefebvre en su “Producción del espacio”



Fuente: D. Baringo Ezquerro, 2013

Las relaciones entre el espacio vivido, percibido y concebido son dialécticas. Mientras que el espacio percibido y el vivido se entretajan estrechamente, el espacio concebido trata de superponerse a los otros dos. Estos tres espacios se pueden observar en Huerto A, como análisis a continuación.

Espacio percibido y espacio vivido

La parcela ocupada por los “huertan@s” es uno de los retazos del territorio urbano sin posible utilidad para el uso asignado, en este caso, el deportivo (Ilustraciones 3 y 4). Se trata de lo que Delgado (1999) y Sama (2016a; 2016b) denominan *espacios intersticiales*, “espacios y tiempos *neutros* ubicados con frecuencia en los centros urbanos, no asociados a actividades precisas, poco o nada definidos, disponibles para que en ellos se produzca lo que es a un mismo tiempo lo más esencial y lo más trivial de la vida ciudadana: una sociabilidad que no es más que una masa de altos, aceleraciones, contactos ocasionales altamente diversificados, conflictos, inconsecuencias” (J. Remy, citado por Delgado 1999, p. 37). La parcela ocupada, como mencioné, se encuentra entre el final de unas canchas deportivas y un fuerte desnivel del terreno, que el grupo de “huertan@s” denomina “el abismo”. En este terreno se asentó hace varias décadas una tejería, hecho descubierto por el grupo de “huertan@s” cuando empezaron a picar la tierra. Después, por otras tantas décadas se mantuvo como descampado y en algún momento fue campo de fútbol donde jugaban equipos de tercera división antes de convertirse en las actuales canchas deportivas. Las imágenes 5, 6 y 7, del anexo correspondientes a 1959, 1968 y 1986, facilitadas por “huertan@s” muestran el avance de la urbanización en el intervalo entre estos puntos cronotópicos espaciotemporales. Además, este carácter de espacio intersticial también procede de su cualidad de estar a caballo entre lo urbano y lo rural. O como lo expresó Mario, un informático metido a huertano, “un poco de campo en la ciudad”.

Huerto A, como otros huertos de este tipo, parten de una acción de desobediencia civil, la ocupación de un terreno municipal en el espacio público urbano no adaptado para la agricultura. El espacio ha atravesado una profunda transformación a lo largo del tiempo y el solar del huerto en concreto ha experimentado grandes cambios en los cuatro años de existencia a través de la rehabilitación realizada por el grupo de “huertan@s”. Esto implicó la retirada de gran cantidad de basura que se acumulaba en el solar y con gran esfuerzo a lo largo de los primeros meses se regeneró tierra baldía en tierra de cultivo (Ilustraciones 8 y 9). El espacio se transformó en su uso y en apariencia. Además, el grupo acotó el terreno primero con una cinta plástica y después con un alambre de un metro de altura y una puerta simbólica sin candado, suficiente para delimitar el espacio y anunciar o enunciar al exterior su iniciativa. “No hay espacialidad que no organice la determinación de fronteras”, dice De Certeau (1996, p. 135), y como en toda frontera, se da la paradoja de que “los puntos de diferenciación entre dos cuerpos son también los puntos de contacto, los que tienen en común (1996, p. 139).

Poco a poco, el *espacio* se fue convirtiendo en espacio vivido, en *lugar*. Las imágenes del aspecto original del terreno y de la 8 a la 10 del Anexo muestran esta transformación. El huerto pasó de tener apenas unas pocas plantas en neumáticos y tejas (imágenes 11 y 12) a la creación de bancales elevados (imagen 13) delimitados por tablones (Imágenes 14 y 15). El cambio de un espacio abandonado, en desuso, a un espacio construido, cuidado y *cultivado* –literal y simbólicamente– contribuyó, según algunos participantes, a mejorar el barrio. “A las personas que viven en los bloques de pisos que están justo enfrente [del huerto] les ha mejorado la visión de su entorno muchísimo. Les ha dado un toque de color y de alegría a una zona gris y abandonada muy potente”, señala Fernando.

Uno de los primeros trabajos realizados por el colectivo fue excavar unos escalones en un extremo del terraplén. Esto tuvo un amplio impacto sobre el barrio porque modificó las trayectorias de circulación del vecindario de Lucero. Si hasta ese momento, los vecinos tenían que rodear el terraplén en el camino obligado para ir al médico, al supermercado, la entrada del subterráneo que cruza la autovía o a la parada de autobuses; ahora podían alcanzar su destino utilizando los escalones y atravesando el terreno de las canchas. Así, esta escalera actuó como *punte*, como contrapunto, a la *frontera* trazada en torno al huerto. La existencia de los escalones también fue decisiva para que el huerto se diera a conocer. Así lo expresa Miguel, uno de los “manitas” y más asiduos participantes del huerto:

Yo me enteré una tarde. Iba paseando, me subí por la escalerita y vi que estaban haciendo el huerto y dije, “¡Anda!, ¿y esta escalera? ¡Que han hecho aquí esta escalera!”, por eso me enteré yo, y vi que estaban allí, ya te digo, haciendo los bancales, clavándolos con un pico. Me acerqué, “oye, ¿cómo estáis con un pico?”, “no, es que no tenemos más”, y les llevé yo un martillo, al día siguiente les llevé un martillo. Digo, “toma, esto os lo regalo yo para que tengáis un martillo para poner por lo menos los clavos”, y así empecé.

Antes de la existencia del huerto, el espacio de las canchas era solo frecuentado los días de entrenamiento o de partido (generalmente, los domingos), siendo el resto del tiempo una zona bastante solitaria. La llegada del huerto, con el trasiego de “huertan@s”, generó un tránsito más intenso de personas, lo que a la vez supuso para el vecindario mayor seguridad para transitar esa zona. Este hecho concuerda con la tesis defendida por Jane Jacobs (2011 [1967]) en su influyente libro *Muerte y vida de las grandes ciudades* sobre el decisivo papel de un tejido barrial vibrante para mejorar la seguridad en las calles.

Otra de las iniciativas de los primeros meses fue construir una bancada como zona de reunión (imagen 16) en un extremo del huerto, no lejos de los escalones, que llamaron “el anfiteatro”. La construcción de ese espacio para realizar las asambleas y sentarse a charlar a la sombra, asignó un lugar material al espacio de representación de su organización asamblearia y horizontal. También sirvió como lugar de reunión nocturno y “botellón” a jóvenes del barrio. Así, aún estableciéndose como espacio de encuentro, adquirió sentidos bien distintos para uno y otro grupo. A tenor del proceso de regularización de huertos, Huerto A recibió en cesión una nueva parcela adyacente que llamaron el “huerto nuevo” (imagen 19). Una transformación lógica ha sido el cambio de punto de encuentro y escenario de reunión del antiguo al nuevo huerto. Al anterior “anfiteatro” le ha sustituido “el porche” (ver imagen 20), una mesa con bancos corridos construida con tabloncillos donados por el Ayuntamiento, junto a la entrada del nuevo huerto, que se ha convertido en centro indiscutible de reunión e intercambio de los hortelanos. Al llegar, todos pasan por ahí, es donde se dejan abrigos, bolsos, bolsas... y encargos para que otro recoja. Al estar junto a la caseta de aperos, es el lugar ideal para prepararse, coger las herramientas y empezar la tarea. Los botellones en cambio no han tenido continuidad en “el porche”, ya que la nueva parcela está vallada y cerrada. El “anfiteatro”, por lo demás, ha seguido abierto a quien lo quiera utilizar.

En este proceso de identificación y de re-conocimiento del espacio en su tránsito a espacio vivido desempeña un papel importante la colocación de letreros. Por ejemplo, el nombre del huerto (imagen 17), la identificación de las hortalizas, y un cartel que reza “Puerta al abismo”, que avisa del terraplén (imagen 18). El asignar nombre a los distintos

componentes supone dotarles de una identificación que antes no tenían, y así pasan de formar parte de una masa indiferenciada de las cosas sin nombre a ser singularizados, adquieren una identidad propia. En el caso de Huerto A, esta dinámica supone la apropiación y producción del espacio, y su tránsito a lugar.

Otro aspecto fundamental en el proceso de transformación del espacio se produce se produce por la consolidación de itinerarios o trayectorias en el espacio. A medida que el terreno entre el final de las canchas y el huerto tomaba forma, emergió una especie de calle por donde los vecinos comenzaron a pasear. Puede considerarse que la creación de esta “calle” –surgida por la fuerza del uso y no por el trazado de los planificadores– completó la mutación de un *espacio* donde se acumulaban desechos a *lugar* de paseo integrado en las trayectorias del vecindario. La emergencia de esta “calle” producida por los propios habitantes ejemplifica de una forma material y palpable la construcción de barrio, tanto en el sentido físico como simbólico. Para Ricart y Remesar (2013, p. 25) “la calle” se constituye “como metáfora fundacional y definitoria del espacio público” y a la que Lefebvre (citado en Ricart y Remesar, 2013, p. 25) atribuye las funciones informativa, simbólica y de esparcimiento.

Fernando, que combina su actividad como funcionario con la horticultura y otros activismos, explica el efecto de la aparición de esta vereda en la vida del barrio:

Yo no soy del barrio, pero observo que desde que empecé a ir por allí [en el año 2012] hasta el día de hoy, el número de matrimonios mayores –sobre todo matrimonios y sobre todo mayores– que pasean por allí arriba se ha incrementado muchísimo. Por allí no iba nadie, ni el aire, en el año 2012 ni en 2013, y ahora en las tardes de primavera-verano van los matrimonios de paseo, solos o con el perro. Entonces, en ese aspecto, veo la reacción del barrio, que han pasado de considerar aquello como un lugar abandonado y lleno de restos de botellas vacías a considerarlo un espacio... no sé, por lo menos medio bonito... yo creo que sí, que lo consideran bonito, y a los hombres y mujeres mayores de 60-70 años de los que te hablo les gusta ver una tomatera con sus frutos porque les recuerda a su origen, al pueblo de donde vienen. Pasea mucha gente por allí, con los perros. Ahora ya hay también mucha gente joven. Me refiero a los de 20 a 40 o los de 15 a 40 que pasean por allí y algunos de ellos se involucran.

El espacio sentido y vivido, se entreteje con el espacio construido y así cobra forma. La emergencia de un nuevo lugar implica que también aparezcan nuevos sentidos, tan variados como son las personas que participan en el huerto. Victoria, administrativa de 50 años y tesorera de Huerto A, estima que “un espacio que cuidas y al que dedicas tiempo y esfuerzo, creas lazos afectivos por él. Es mucho más que una tierra, se convierte en “tu tierra” en un sentido afectivo, más que en términos de propiedad, por supuesto”.

Junto al afecto, en los testimonios de los “huertan@s” aparece también un sentido de evocación, de recuerdo y de emoción muy vinculada con lo sensorial, pasado y presente, que proporcionan las prácticas asociadas al huerto, como ponen de manifiesto las palabras de Fernando:

A mí me gusta trabajar la tierra. Cuando era niño... tengo dos hermanos y yo, tres chicos, íbamos con mi padre a cavar garbanzos de madrugada. Nos levantaba a las cuatro de la mañana y nos llevaba a la finca, y los garbanzos están sembrados en hileras largas. Cada uno de los cuatro cogíamos tres hileras de garbanzos a cavar para quitar las hierbas. A mí me

gusta mucho cavar, insisto, es una tontería, pero me gusta. Siento el crujir de la tierra, me gusta el olor de la tierra al removerla cuando tiene un tempero agradable de humedad y esas cosas, entonces yo me ponía a cavar y a cavar y acababa... les sacaba 10 metros de ventaja, mis hermanos, el más pequeño sobre todo, se quejaban mucho, y el pequeño se quejaba a mi padre, "mira Tito -a mí en mi casa me llaman Tito- ¡que Tito va allá adelante y no nos espera!" "déjalo a él, que va como un tractor", decía mi padre...

Paloma, psicóloga en mitad de la cuarentena y participante en el huerto desde casi el inicio, expresaba sus evocaciones de infancia imprimiéndolas sobre el espacio, a la vez que las entretecía con sus actuales preocupaciones políticas y de activismo en la comunidad.

[El huerto] significó muchas cosas. Significó que yo llevaba queriendo eso desde que era pequeña. Yo nací en Madrid, pero iba por el campo con mi abuela, que era de un pueblo del Alto Tajo, y me sentía feliz, me parecía como... no sé, otro mundo... el conocer los árboles, las plantas, tocar la tierra, el espliego... Y luego para mí también supuso una continuidad a la cosa del 15M, como de encontrar una forma de trabajar en horizontal con los vecinos y aprender a organizarnos, a mejorar el barrio, a trabajar juntos, a convertir eso que era un descampado, que era una mierda, en un sitio bonito.

Junto con el cuidado del espacio conviven otras formas de entenderlo y de hacerlo presente, de darle existencia en el tejido social como elemento importante, entre ellas, aunque resulte paradójico, los actos de vandalismo. Al principio sucedían con cierta frecuencia por parte de jóvenes que utilizaban el huerto como lugar de esparcimiento, y que ocasionaron tres incendios. En aquel momento existía gran cercanía entre el huerto y una asociación barrial latina, y como me contó su coordinadora, se realizaron cursos educativos entre los responsables, y los fuegos cesaron. Han seguido ocurriendo otros incidentes, aunque no son frecuentes. Por ejemplo, una mañana a mi llegada al huerto caminando con Isabel, Pedro, su pareja, nos informó que unos "chavales" habían arrojado piedras al estanque y dañado la cubierta impermeabilizadora. Isabel quitó hierro al asunto: "Bueno, es normal, ven un estanque y tiran piedras... no pasa nada". Nos acercamos a ver los efectos, y lo repite. "No era por romper, era por jugar. Tirar piedras a un estanque es normal".

La propia práctica de rehabilitación continuada del espacio redundaba en su apropiación y conduce a la emergencia del lugar mientras se van consolidando los lazos entre los "huertan@s" y produciendo "comunidad", aunque no es el único elemento que produce al grupo, como se irá viendo.

Espacio concebido

Si el huerto se construye en espacio percibido y espacio vivido, existe en paralelo un espacio concebido desde las instituciones públicas y los planificadores que imponen unas lógicas muy diferentes a las de los "huertan@s" sobre el espacio físico. En los primeros momentos, los huertos, como espacios de ocupación, fueron para el ayuntamiento una fuente de problemas, una desviación de los planes de ordenación y un desafío de desobediencia civil. Más adelante, el Ayuntamiento del PP accedió a iniciar un proceso para regularizar los huertos urbanos comunitarios, lo que sorprendió positivamente a los "huertan@s". La Federación de Asociaciones de Vecinos y la Red decidieron aprovechar esta oportunidad de diálogo con las instituciones. Desde la situación ilegal inicial, la culminación del proceso de regularización ha proporcionado a los huertos una mayor estabilidad.

El atenerse a la ley, proporciona a los huertos un mayor espacio para desarrollarse sin percances o sorpresas, aunque también, necesariamente, los normativiza. Este proceso concuerda con las reflexiones de Bourdieu (1997), quien explica cómo los grupos “recompensan universalmente los comportamientos que ellos consideran como universales realmente o, por lo menos, en intención, por lo tanto conformes a la virtud”. El proceso de regularización de huertos respondería a este caso. “Cabe por lo tanto considerar –señala Bourdieu– como una ley antropológica universal que resulta beneficioso (simbólica y a veces materialmente) someterse a lo universal [...]. Dicho de otro modo, el reconocimiento que se concede universalmente a la regla oficial hace que el respeto, incluso formal o ficticio, de la regla garantice unos beneficios de regularidad (siempre resulta más fácil y más cómodo estar en regla) o de «regularización» (como dice a veces el realismo burocrático que habla por ejemplo de «regularizar una situación»”. (Bourdieu, 1997, pp. 222-223).

No obstante, no todos los socios de la Red veían con buenos ojos la negociación, y algunos apreciaban que el hecho de dialogar con el Ayuntamiento implicaba cercenar algo de la iniciativa original autoorganizada y al margen de las instituciones que los había inspirado. También algunos lo interpretaron como una estrategia del Ayuntamiento para apropiarse de un proyecto con muy buena imagen entre la mayoría de los vecindarios sin que exigiera apenas presupuesto. Así, miraban con recelo las propuestas procedentes del equipo municipal. De hecho, hubo varias propuestas del Ayuntamiento que no gustaron a muchos “huertan@s” de la Red. Por ejemplo, la idea de que los huertos cubrieran sus gastos a través de patrocinio de una conocida empresa de la industria láctea, que fue rechazado de plano. En cambio, una exigencia que acabó saliendo adelante fue la obligatoriedad de un seguro para los huertos al desplegarse su acción sobre el espacio urbano público. Algunos de ellos, aquellos vinculados a asociaciones de vecinos, ya disponían de uno, y las compañías aseguradoras accedieron a ampliarlo por una pequeña cantidad. Otra exigencia que fue aceptada fue que las cesiones se realizarían a asociaciones, por lo que aquellos grupos que no estuvieran constituidos en asociación tuvieron que constituir una. Tal fue el caso de Huerto A.

Fernando expresa su crítica no tanto al proceso de regularización, sino al alcance y contenido de la negociación:

Yo personalmente ahí me quedé un poco frustrado –dice Fernando– porque hubiera preferido más valentía jurídica por parte del Ayuntamiento no tratándolo como la concesión de un quiosco de prensa, que en definitiva es la filosofía que subyace a la concesión durante equis tiempo, cuatro años en el caso de los huertos. Tenían que haber dado un paso más, y yo lo defendí mucho en la Red. Tenían que haber dado un paso en el sentido de considerar eso desde el minuto uno terrenos comunales abiertos a la participación organizada de los vecinos, no terrenos concesionales. Yo entiendo la dificultad, bastante hizo el gobierno de Botella de dar una concesión de uso de terreno público para una actividad tan rara, entiendo su dificultad filosófica, política y jurídica, las tres, las entiendo. Digo que yo me quede un poco frustrado porque creo que el camino final será insistir en que esos terrenos se acaben considerando espacios comunales abiertos a la participación de los vecinos del barrio o distrito con igualdad de acceso para todos los vecinos y con distribución del producto entre los participantes, pero cambiando la titularidad del terreno. Es distinto que el terreno sea de la Administración que te concede graciamente la concesión de uso durante un tiempo a que el terreno sea comunal, que la propiedad sea del común de vecinos. Será el paso que habrá que ir trabajando muy despacio para los próximos años.

Daniel, miembro de la Red y que tuvo un papel relevante en las negociaciones con el Ayuntamiento para la regularización de los huertos, destaca, sin embargo, su satisfacción por haber culminado este proceso sin sucumbir a las luchas partidistas:

Para nosotros es clave haberlo conseguido con el equipo anterior, el propio PP, lo que permite sacar los huertos y las dinámicas comunitarias de los debates partidistas, que no se pueda convertir en un arma arrojadiza entre partidos, que no sean instrumentalizados. Es muy importante que [los huertos] mantengan su autonomía como iniciativas sociales.

Desde que se inició la negociación y hasta este momento, el asunto candente que aún no tiene una solución definitiva es el del consumo de agua por parte de los huertos. En la fase previa a la regularización el agua se obtuvo por diversos medios, como llevar garrafas desde casa. Durante las negociaciones con el Ayuntamiento surgió el desacuerdo en torno al precio que los huertos tendrían que pagar por el agua. El Decreto que otorga la concesión de las parcelas municipales para huertos urbanos¹² regula que “Serán por cuenta de la asociación beneficiaria de la autorización de uso, los gastos derivados del consumo del agua para riego”,¹³ al precio residencial, aunque el Ayuntamiento cubrirá el primer m³ al año, medida que no termina de satisfacer a la Red de huertos. Algunos miembros de la Red defienden que dado que han rehabilitado un espacio público (en su sentido literal), el suministro de agua debe darse a precio industrial, y no al precio residencial como pretende el Ayuntamiento. Otros, incluso, reclaman que, puesto que es un espacio recuperado como público y comunitario, debía ser financiado por el propio Ayuntamiento, como el agua que riega otros parques, plazas o calles.

En el caso de Huerto A, la imposibilidad de legalización del huerto por estar ubicado en espacio municipal dotacional para usos deportivos, condujo en marzo de 2015 a la cesión de un terreno municipal adyacente mucho mayor, de unos 4.000 m², situado en la zona de desnivel más cercano a la autovía. Teniendo en cuenta que en épocas de verano las manos disponibles en el huerto disminuyen drásticamente y a la vista de la extensión de la parcela y la oportunidad de experimentar los principios de la permacultura, el grupo decidió dedicar la mitad de la extensión del nuevo huerto a la creación de un bosque comestible (imagen 21), pensado para ser fuera autosostenible a través de un original sistema de riego que recoge el agua desde las canchas y la lleva a un estanque (imágenes 22 a 24) construido por los “huertan@s”, y que desde allí distribuye el agua al bosque comestible a través de una red de canales (imágenes 25 y 26). Se trata de un proyecto innovador –es el único en Madrid entre los huertos urbanos– que propuso Isabel, la impulsora del huerto, y que fue aprobado en asamblea. El grupo mantiene entre tanto “ocupada” y en un estado ilegal la parcela del huerto original, ahora llamado “el huerto viejo”, que se proyecta destinar a espacio de sensibilización y educación ambiental para el barrio. La nueva parcela donde crece el bosque comestible esta vallada y, a diferencia de la anterior, tiene puerta con candado, como se aprecia en las imágenes 25 a 27.

En las elecciones locales de mayo de 2015 en Madrid ganó una confluencia ciudadana, Ahora Madrid, cuyo ideario recoge el recuperar la ciudad para los ciudadanos mediante propuestas que coinciden en gran medida con las aspiraciones de la Red. Por

¹² BOAM núm. 7387, Área de Gobierno de Medio Ambiente y Movilidad, de 8 de abril de 2015.

¹³ Véase pág. 17.

descontado, los huertos urbanos comunitarios, iniciativas surgidas del vecindario, son bienvenidas en el nuevo consistorio. “En el programa político del nuevo equipo ya están los huertos comunitarios como una demanda. En todos los distritos el presupuesto ha aumentado, o sea que ahora tiene un efecto potencial dentro del nuevo programa”, señala Rafael Ruiz, responsable del Departamento de Educación Ambiental y del programa de huertos urbanos del Ayuntamiento de Madrid. En enero de 2016 el Ayuntamiento puso en marcha un estudio entre los huertos de la Red para detectar sus necesidades y requerimientos de formación, y en febrero las Juntas de Distrito iniciaron contactos con los huertos de su zona para detectar necesidades de los huertos. El presupuesto municipal para huertos urbanos comunitarios asciende este año a 500.000 euros.

En el huerto confluyen tanto las prácticas que hacen del espacio vivido, con los sentidos atribuidos por los “huertan@s”, y se entrecruzan con la concepción de las administraciones públicas de ese espacio. Estos cruces, avances y encrucijadas no siempre ocurren de forma armoniosa, y en el espacio quedan impresas tanto unas como otras actuaciones. El proceso de regularización de los huertos urbanos muestra cómo el espacio concebido por las instituciones se superpone al espacio practicado y vivido, tal como adelantó Lefebvre, trazando los cauces por donde deben discurrir las tres esferas, aunque no tanto como para taponar el torrente de creatividad y los ritmos del espacio físico.

3.5. Los tiempos del huerto

Al igual que el espacio, el tiempo también es social y no existe espacio vivido que no incluya una temporalidad particular que aporte significado.

En su etnografía *Los Nuer* (1940) Evans-Pritchard distinguía entre tiempo ecológico – circular, el de las estaciones y la naturaleza–; y tiempo estructural, lineal, el de los trabajos, de modo que los tiempos estructuran la socialización. Inspirada por esta idea, he identificado cinco tipos de tiempos sociales en Huerto A: tiempo socio-ecológico; tiempo institucional; tiempo cotidiano; tiempo festivo; y tiempo de las utopías. Todos ellos, como para “los nuer”, también ordenan la vida social del huerto y marcan, en parte, sus prácticas y la ordenación y características del espacio.

Tiempo socio-ecológico

Es el tiempo de las estaciones, de la tierra, de la maduración de las especies, pero también el socio-ecológico, que marca las tareas de los “huertan@s”, imprescindibles para el cultivo y cuidado de las plantas. La relación de ese *ensamblaje* de biología y sociedad presente en el huerto da lugar a un entramado simbiótico de elementos naturales y sociales. El entramado del tiempo ecológico con la dimensión social se entrelaza de tal manera que se ha considerado más apropiado denominarlo *tiempo socio-ecológico*.

Como ya apreció Evans-Pritchard, el tiempo ecológico es circular, marcado por las estaciones de lluvias y seca y los tiempos de maduración y crecimiento de plantas y animales. La naturaleza marca los tiempos circulares del huerto y el nivel y tipo de trabajos necesarios. Hay un tiempo de hacer semilleros, un tiempo de plantar, un tiempo de

recoger... y la sucesión de las estaciones, que exige unos cultivos de verano y otros de invierno.

Si bien el tiempo ecológico está presente en Huerto A, conviene hacer ciertas matizaciones. En el entorno rural pastoral del Sudán de “los nuer”, donde Evans-Pritchard sitúa su etnografía, el peso de lo medioambiental en lo económico y en lo social, y, especialmente en la subsistencia de la comunidad, es determinante. Muy diferente es la situación geográfica, sociopolítica, histórica y económica de Huerto A, en la periferia de una gran ciudad a principios del siglo XXI, y donde tampoco la cosecha es determinante para la subsistencia del grupo. El huerto no es ajeno a las condiciones climatológicas y a las estaciones, pero su influjo se cruza con condiciones tecnológicas que permiten bastante independencia de la meteorología. Por ejemplo, el riego por manguera o por goteo permite no depender únicamente del agua de lluvia. Sin embargo, por sus propias características –situación en la periferia y cercanía a áreas verdes, dimensión, terreno del “huerto nuevo” que se ha mantenido como zona verde no urbanizada a lo largo del tiempo, etc.–, el margen de dependencia climatológica es mayor en Huerto A que en otros huertos del centro de Madrid, como se ha podido contrastar con participantes en esos huertos. En Huerto A se dan cultivos de invierno y cultivos de verano bien diferenciados; en invierno hay que proteger de heladas ciertas hortalizas, y en verano construir estructuras que provean de sombra a algunas zonas del huerto.

Si el tiempo meteorológico influye en que prosperen o no las cosechas, igual o más determinantes son en los trabajos y cuidados de los huertan@s. Sin ese *cultivo* y atención estrictamente temporalizado en base a las características del medio ambiente y el clima, el huerto no podría subsistir. Como en todos los huertos de las zonas templadas del hemisferio norte, en verano es cuando Huerto A requiere más trabajo. Es el momento de esplendor, cuando se planta más y las especies son más fructíferas, y es el momento en que el huerto necesita más riego. Sin embargo, la dimensión social se cruza con la ecología de forma inesperada. El verano, según marca el tiempo institucional, es tiempo de vacaciones, de dejar la ciudad y quizá ir a otros huertos en el entorno rural. Y como lleva años experimentando Huerto A, el huerto se vacía, se queda sin manos en el momento en que más lo necesita, manos que reaparecen pasados los calores. Y pasado también el tiempo de trabajo intensivo. Así, se aprecia un desajuste entre las tareas requeridas y las personas disponibles, que genera la consiguiente sobrecarga de trabajo para los que se quedan. Actualmente se intenta solventar este problema reduciendo la zona de huerta y cultivando el bosque comestible, prácticamente autosostenible.

Tiempo institucional

El tiempo institucional es el de los quehaceres cotidianos marcados por los horarios formales del trabajo remunerado. Se manifiesta para los “huertan@s” en el tiempo del empleo asalariado, de otros trabajos y obligaciones, que les mantienen lejos y no pueden emplear en el huerto. O el tiempo de ocio forzado por el desempleo, la jubilación o la enfermedad, que permite una amplia disponibilidad de tiempo para dedicar al huerto.

Es también el tiempo burocrático, el de los tiempos institucionales y los plazos administrativos. Esta dimensión presenta nexos con el espacio concebido de las instituciones, tratado anteriormente. Una de las instituciones con más impacto en los huertos

es el Ayuntamiento. El tiempo institucional en este caso viene marcado por plazos de cesión de terreno, de dos años renovables por otros dos, que nada tienen que ver con los tiempos de la tierra: si puede ser un tiempo razonable para el cultivo de varias cosechas de hortalizas consecutivas, apenas lo es en el crecimiento de otras especies, especialmente las arbóreas, que precisan, al menos, diez años. Ese es el caso de las especies plantadas en el bosque comestible de Huerto A. Aunque de los pliegos municipales se desprende que la misma asociación que ha obtenido la cesión contaría con buenas posibilidades de volver a conseguirla por un nuevo periodo si todo ha ido bien, se presenta un desajuste entre el tiempo socio-ecológico y el tiempo institucional que podría conducir a grandes frustraciones si el trabajo, tiempo y dinero invertido de cara al largo plazo no encuentra la continuidad necesaria en la cesión. Y lo mismo sucede con los desajustes temporales en los pedidos a la Administración, por ejemplo, de materiales para bancales nuevos, o para reparar averías en bocas de riego, controlar plagas, etc., las respuestas, a veces tardan más de lo que la naturaleza puede esperar, y se pierden cosechas.

Tiempo de lo cotidiano-personal

Muchos tiempos confluyen en el huerto, pero por encima de todo, reina el tiempo de lo cotidiano-personal. Con él me refiero al sentido personal que otorgan los “huertan@s” a sus prácticas, que les proporciona bienestar en su relación con la tierra y con los otros, al tiempo que se presenta como elemento personal transformador de las personas que participan y que irradia hacia el exterior.

El tiempo de lo cotidiano remite al aquí y ahora, y a la dimensión agencial de las personas y del colectivo. En ocasiones, se expresa en un presentismo que se mueve entre los deseos de incidir con la acción en el cambio social al nivel macro, y un cierto escepticismo de la capacidad transformadora que devuelve a lo inmediato, a lo personal, a lo cotidiano y al presente, ámbito al que aluden varios “huertan@s” y que sintetizan las palabras de Pedro, co-fundador de Huerto A:

Soy optimista, realista y nada pesimista, es decir, no vamos a conseguir nada de cambiar el mundo, aunque tampoco quiero. Pero si estas construyendo lo cotidiano, y eso sí, eso es real, ese es el mundo que estás viviendo eso. Yo no estoy esperando a vivir en un mundo ideal, ya estoy viviendo o empezando a vivir. Esto es un camino, empiezas a andar y a mí no me importa si tengo que andar mucho o hasta donde tengo que ir; yo empiezo y lo que me importa es la dirección que estoy tomando, y esa dirección es la que vale.

El espacio de lo cotidiano-personal construye la materia principal de la que está hecho el huerto, de horas de planificación y de trabajo de ejecución, base crucial de la existencia del huerto y de todo el proyecto. Isabel reflexiona la dedicación de tiempo que implica la involucración en el huerto en la vida de los participantes y cómo hay quien está más dispuesto y quien lo está menos:

Yo creo que hay mucha falta de tiempo también... andamos con prisas... sí queremos hacerlo, pero es un ratito que estamos los domingos. Bueno yo estoy más tiempo, siempre pendiente, pero otra gente yo sé que no, viene aquí, intenta pasarlo bien y no estar el resto de la semana pensando ahí... es algo muy fragmentado en la vida de la gente [...]. Aquí es un pequeño compartir, no es como convivir o compartir muchas más cosas.

Como muestra esta cita, en la distribución del tiempo cotidiano para la implicación en el huerto, se expresan algunas de las tensiones entre el tiempo dedicado a lo personal y tiempo de dedicación comunitaria que ponen de manifiesto aspectos de la dialéctica persona-comunidad. Volveré a esta cuestión más adelante (punto 4.2. Dimensión relacional).

Tiempo festivo

El tiempo vivido en común a través de festejos y celebraciones marca los tiempos de producción simbólica de la comunidad a partir de eventos que van construyendo la historia del huerto y la memoria colectiva. Son momentos que cohesionan al colectivo y momentos de *autopoiesis*, en los que la comunidad se hace a sí misma. Se materializan en la celebración del cumpleaños del huerto, en las jornadas de cuentacuentos o de cinefórum que se realizaban al inicio, en los aperitivos los domingos a la sombra del “porche” o en las llamadas, con humor, “comidas de traje”, y que Raquel explica: “sí, sí, de traje... de yo traje esto, tu trajiste lo otro...”, dice con un guiño.

Tuve oportunidad de asistir a una de estas comidas en las que se reafirma el colectivo y su identificación al grupo. En un momento dado, todos desembalan sus recipientes con algo de comer –preferiblemente cocinado y preparado por uno mismo– y en unos momentos la mesa está rebosante de platos vegetarianos, a lo que Fernando, amante del mundo rural, pone el contrapunto aportando el chorizo de su pueblo. Entre los “huertan@s”, hay quien dice que el tiempo festivo atrae a muchos participantes que hace tiempo que no vienen, e incluso a ex huertan@s y parentela. Además de producirse la “comunidad” en torno al huerto, son momentos de encuentro con el vecindario y con agentes de otros colectivos. Fui testigo de la asistencia de unas 50 ó 60 personas del barrio a la celebración del cuarto cumpleaños del huerto, en mayo de 2016.

Tiempo de las utopías

El huerto es un proyecto de prácticas inmediatas, de presente, pero que también incluye una proyección que se plasma en los sueños de transformación social y en las visiones de futuro.

Esta dimensión quedó patente cuando una de las huertanas, Victoria, compartió por la lista de email una frase evocadora sobre la misión de los huertos urbanos comunitarios: “Una huerta no cambia el mundo; cambia a las personas que van a cambiar el mundo”, que generó un cruce de varios comentarios sobre la potencia de la frase. La visión que encapsula esta frase sirvió para cohesionar al colectivo y alinearles en una dirección.

Sin embargo, “la visión” también presenta diferentes ángulos y matices según los diferentes participantes. Miembros del grupo han expresado sus respectivas visiones en conversaciones informales y en las entrevistas. Desde una visión pragmática, aunque soñadora, Pedro enlaza su visión de futuro sin desanclarse del presente, del tiempo vivido cotidiano:

Si algún día esta sociedad hay que regenerarla, que habrá que hacerlo y se puede, yo, como no pienso que esto se cambie por arriba, sino por abajo, para eso tenemos que cambiar las personas primero, o por lo menos un porcentaje grande –claro, yo no estoy esperando que

cambie todo el mundo porque eso es imposible, pero un porcentaje grande que luego influya-, y esta es la base [el huerto], el germen que algún día puede dar lugar a eso, y si no da, me da igual, yo no estoy para cambiar el mundo, con tal de cambiarme yo ya es mucho. Y luego sirve para mientras tanto si esto sucede o no sucede habrá que vivir cotidianamente, y esto te aporta cosas muy bonitas en general.

Victoria ofrece su visión del huerto, en donde no es ajena la dimensión de tiempo anhelado y de comunidad más heterotópica que utópica:

A mí me parece una isla en esta... yo quiero que la isla sea todo y que se queden los otros allí, los que no... pero, en principio, es una isla porque todo es diferente, cómo encajan las relaciones, cómo se cuestionan y se solucionan, o no; la forma de plantar, justo lo contrario de lo que compramos en el supermercado; de querer a la tierra, de querer... de cuidar, sobre todo cuidar. Es una isla de cuidados.

Desde una visión desencantada con el estado de cosas establecido, pero reencantada con el sentido que otorga al proyecto, Paloma explica:

El sistema en el que vivimos está... todavía hay gente que está tratando a ver si cambiando el gobierno, a ver si con más puestos de trabajo... yo no me creo nada de eso ya desde hace mucho, yo solo me creo esto. Está claro... quiero decir, que la tierra tiene un límite, la justicia tiene un límite, el agua tiene un límite, todo tiene un límite y con este sistema está claro que vamos a la mierda todos, ¡pero a toda velocidad! Este bosque, fíjate, hace un mes plantamos Fernando y yo un encinar, pero con las bellotas así, o sea, que para que haya un encinar... pues lo verán mis nietos, pero yo por esto apuesto seguro porque pase lo que pase, si la encina sobrevive, eso va a ser... eso es seguro. Yo lo otro ya no me lo creo, creo que está acabado, y creo que esto surge.

Daniel, que cuenta con una larga trayectoria en el activismo urbano y con gran significación en el movimiento de huertos comunitarios, elabora su visión del futuro de los huertos y sopesa las oportunidades y riesgos:

Los huertos comunitarios están sirviendo para *ecologizar* determinadas luchas bajo el paraguas del “derecho a la ciudad”, el derecho a transformar la ciudad, a repensarla y construirla bajo otros patrones, con protagonismo ciudadano para definir cómo son los espacios en los que viven, y lo que aportan los huertos es introducir la visión ambiental desde una posición fuerte. [...] Los huertos, si se quedan en construir espacios acogedores dentro de las ciudades, agradables, bonitos, ecológicos, que funcionen muy bien, que sean muy integrales, muy guays, pero no arriesgan a dar el salto a ver que aportan a transformar realmente el entorno, a vincularse con otras dinámicas a nivel de barrio, que pueden aportar a la hora de transformar la ciudad pierden sus aristas más políticas y pueden devenir en pintorescos espacios, simpáticos, y que pierdan mucha de su potencialidad transformadora. Es uno de los riesgos que hay. Si no se cae en esos riesgos, creo que los huertos encierran un montón de potencialidades.[...] Yo creo que el futuro de los huertos urbanos o el futuro de la agricultura urbana no pasa por los huertos comunitarios urbanos como los conocemos hoy solo, sino que tiene que ampliarse, en la diversidad de espacios de cultivo, de formas, de espacios, de intereses, de funciones sociales y ambientales que juegan los huertos dentro de la ciudad, de herramientas que reconecten con una agricultura profesionalizada que nos permitan tejer espacios agrícolas de proximidad involucrar todo este movimiento por la soberanía alimentaria que está surgiendo dentro de las ciudades, a repensar otros modelos territoriales y, si se logra eso, estarán aportando su granito de arena, saliendo de las vallitas de nuestro propio huerto para reconectarnos, que en el caso de Madrid es algo que se está dando”.

En este breve recorrido por los tiempos de los huertos he querido destacar la importancia de la dimensión temporal y sus distintas caras, donde se perfilan algunas de las tensiones entre la dimensión personal-comunitaria, que se entreteje de forma cronotópica con la espacialidad y la dimensión social en el huerto.

4. PERSONA Y COMUNIDAD

Las nociones de persona y comunidad han sido conceptualizadas históricamente como nociones en tensión: o bien la persona quedaba subsumida en la comunidad tradicional, o bien, a partir de la modernidad, el individuo emergía fortalecido y aparentemente liberado de sus vínculos sociales. Esta cuestión resulta central a la hora de examinar un huerto urbano con vocación comunitaria. En este apartado me propongo analizar las tensiones en la relación entre persona-comunidad en el espacio acotado del Huerto A, examinando qué tipo de comunidad produce y qué encajes y fricciones se observan entre lo personal y lo colectivo. Es precisamente en estos pliegues donde se pueden apreciar aspectos más sutiles de ese campo social (Bourdieu, 2007; 1997), que examino a través de las relaciones, las prácticas, los sentidos y discursos y las conexiones barriales, locales y translocales de los participantes.

4.1. Dimensión relacional (entre afectos y conflictos)

Es a partir de las relaciones espacial y temporalmente situadas en contextos específicos de acción que podemos aproximarnos a la comprensión de los sentidos sobre la persona y la comunidad en el huerto y para ello, han resultado de crucial utilidad las reflexiones de autores como Dumont (1987) y su estudio sobre el individualismo occidental por cuanto indaga en la dialéctica entre la persona y el entorno social en el que está inmerso; Giddens (1994) por lo que se refiere a las nuevas narrativas de gestación del yo como parte de una nueva “individualidad altamente reflexiva”;¹⁴ Sennett (2000) en lo relativo al examen de las subjetividades contemporáneas, generadoras de una tendencia a crear una sociedad íntima vinculada a la “familia intensa”; Díaz de Rada (2004; 2010) por su análisis que permite redescubrir al sujeto social, más allá de los rigores del individualismo; Sahlins (2011) por su reflexión antropológica e histórica en torno a la concepción de persona y su relación con la comunidad, y el material etnográfico que aporta, que muestra lo ampliamente asentada de la idea de persona “dividual”; y, especialmente, Pierre Bourdieu (1997; 2007) al introducir el concepto de campos relacionales que invita a un análisis anclado en las relaciones y prácticas sociales, así como en las condiciones materiales que las soportan, sin excluir los conflictos y las asimetrías de poder. En este apartado examinaré, en primer lugar, cómo se organiza el campo relacional del huerto, para seguir analizando los discursos, sentidos y prácticas sobre los vínculos entre los participantes más asiduos. A continuación me

¹⁴ La “individualidad altamente reflexiva” se define por tres rasgos: los estilos de vida, el proyecto reflexivo del yo y las nuevas narrativas de gestación del yo que, ante la quiebra de la seguridad exterior, produce un repliegue a la subjetividad. Véase Giddens, 1994, p. 112.

detendrá a examinar los lazos de afecto entre los miembros y también los conflictos que emanan de la irresoluble tensión entre la persona y la comunidad, que en este caso introducen tensiones que caracterizan a estos nuevos movimientos sociales urbanos y que tienen que ver, por ejemplo, con formas y tiempos de compromiso, gestión de lo personal-privado en el ámbito de lo público y establecimiento de formas horizontales de decisión y mantenimiento de jerarquías

Por *campo*, Bourdieu alude “a un campo de fuerzas, cuya necesidad se impone a los agentes que se han adentrado en él, y como un campo de luchas dentro del cual los agentes se enfrentan, con medios y fines diferenciados según su posición en la estructura del campo de fuerzas, contribuyendo de este modo a conservar o a transformar su estructura” (Bourdieu, 1997, p. 49). El campo se refiere al conjunto de agentes en relación que se expresan en prácticas con competencias asimétricas (Díaz de Rada 2015-2016), donde los agentes ocupan diferentes posiciones, y donde se ponen en juego los *habitus* y *disposiciones* a la acción.¹⁵ “La piedra angular –dice Bourdieu– es la relación de doble sentido entre las estructuras objetivas (las de los campos sociales) y las estructuras incorporadas (las de los *habitus*)” (1997, p. 8).

En el campo relacional de Huerto A sobresale con un enorme peso la pareja que promovió el proyecto que constituyen dos polos de gravitación centrales: Isabel, especialmente entre las mujeres, y Pedro especialmente entre los hombres. Ambos mantienen estrechas relaciones con “los manitas”, los integrantes del grupo de mantenimiento, compuesto por hombres de mediana edad en desempleo que acuden prácticamente a diario y dedican mucho tiempo al huerto. Además, hay un grupo de personas que están prácticamente desde el inicio y que son también asistentes asiduos y han asumido ciertas responsabilidades a través de comisiones de trabajo. Ellos componen el núcleo motor del huerto. En torno al grupo motor y a los “manitas” se sitúa en este campo de relaciones el resto de los “huertan@s”, algunos con papeles claros, como “las educadoras”, y otros no. En torno al primer anillo de personas muy implicadas hay un segundo anillo de gente constante, pero que en su participación no han asumido responsabilidades de coordinación en las tareas comunitarias. En torno a ellos hay un tercer anillo que incluye a participantes menos asiduos, menos implicados en el trabajo comunitario, pero que asumen con gusto la socialización que brinda la existencia del proyecto. En el tercer anillo hay bastante rotación, y no es infrecuente que dejen de acudir pasado algún tiempo, aunque algunos se mantienen vinculados a través de la lista de email del grupo y/o acuden en los casos de convocatorias festivas o de ocio.

Del grupo humano, la combinación entre personas con ideas y “manitas” que ejecutan tales ideas es, en opinión de Isabel, uno de los principales rasgos que ha beneficiado al huerto. Así, se constata una cierta división del trabajo entre planificadores,

¹⁵ Bourdieu explica el concepto de *habitus* como los producidos por “los condicionamientos asociados a una clase particular de condiciones de existencia, sistemas de disposiciones duraderas y transferibles, estructuras estructuradas predispuestas a funcionar como estructuras estructurantes, es decir, como principios generadores y organizadores de prácticas y representaciones que pueden ser objetivamente adaptadas a su meta” (2007, p. 88). Cada *habitus* engendra unas determinadas disposiciones a la acción, como una especie de “sentido hecho cuerpo” (2007, p. 71).

que integran el grupo motor, y los “manitas”, aunque todos realizan casi todas las tareas, o una variedad de ellas.

El espacio relacional está atravesado por cuestiones de poder; constituye lo que Bourdieu (1997) denomina un *campo de poder*, noción con la que alude al “espacio de las relaciones de fuerza entre los diferentes tipos de capital o, con mayor precisión, entre los agentes que están suficientemente provistos de uno de los diferentes tipos de capital para estar en disposición de dominar el campo correspondiente, y cuyas luchas se intensifican todas las veces que se pone en tela de juicio el valor relativo de los diferentes tipos de capital” (1997, p. 50). Bourdieu diferencia tres tipos de capital: capital económico, capital simbólico y capital cultural (Bourdieu, 1997, p. 172). En el caso del Huerto A, haré referencia al capital simbólico, que en este campo va asociado, al menos en parte, al capital cultural. Un ejemplo surge entre el núcleo del grupo motor, por un lado, y las periferias –aunque no todas las personas– y los “manitas”, con un capital simbólico muy diferente entre unos y otros.

El compromiso incondicional de Isabel y Pedro y su posición de promotores del proceso grupal les ha granjeado un capital simbólico elevado. Para aquellos que, como resultado de la crisis económica, se encuentran desempleados y el proyecto ha sido una tabla de salvación, Isabel y Pedro representan a sus benefactores, y hacia ellos nace el agradecimiento o, al menos, un consentimiento a la colaboración.

El liderazgo indiscutido de la pareja está labrado de compromiso personal con el proyecto a la vista del tiempo de dedicación a lo largo de los años y perseverancia en el terreno de las convicciones políticas. En este sentido, Isabel reflexiona:

Vengo por perseverar, porque quiero que esté esto aquí, hay mucho tránsito, hay mucha entrada y salida, y yo me siento responsable. Veo, por ejemplo, a los jóvenes que se van a Francia, y yo tengo que seguir aquí, mantener algo con calidad para... ¡yo qué sé!, que esté bien. También me siento como persona mayor, a lo mejor los que no tenemos ya tanta aventura por delante pues... lo que ves de los abuelos, también, la sensación de abuela, de estar aquí animando a la gente... animando a la gente... cuando se van o emigran, pues con mucha alegría aunque me duele también cuando la gente se va, y cuando vengan nuevos, pues que puedan estar, que esté esto aquí, como la infraestructura, para eso quiero estar.

Isabel añade otro ingrediente a la perseverancia: “Constancia, sí, pero por sí misma no lleva a ninguna parte, tiene que haber una ilusión”. Su compromiso es reconocido por los “huertan@s” en diferentes situaciones y formas. Un ejemplo es el reconocimiento espontáneo de Beatriz, profesora jubilada, el día en que dos técnicos municipales visitaron el huerto “I. es el alma del huerto”, afirmación con la que todos los presentes estuvieron de acuerdo. En conversación con Germán, después de reconocer el liderazgo de P. e I., señala “gente que se ha comprometido de verdad y tiran del proyecto”. Miguel señala: “I. y P. son... los que mejor veo, pues eso, que proponen las cosas y... vamos, son los mejores. Son los que yo conocí”.

Isabel estima que es “la constancia” y la existencia de “un núcleo constante” lo que ha asegurado la continuidad del proyecto, e indica, “hay un núcleo fuerte de gente con una visión, eso sí, a lo mejor sin eso hubiera habido más vaivenes, aunque también algo puede desaparecer y volver a aparecer. Puede haber muchas formas en que algo avance,

retroceda. Pedro, sin embargo, cree que si ellos no estuvieran, “pues igual da un bajonazo... o no, igual gente que está escondida se decide. Eso pasó en Espacio A,¹⁶ se retira Lucio y aparecen tres personas que estaban en tercera o cuarta fila, «vamos a tomar las riendas». Eso puede pasar aquí también. Gente hay para hacerlo, lo que pasa es que siempre unos tapan a otros”.

Los “manitas”, Miguel y Juan, son plenamente reconocidos en su labor. Sus iniciativas suelen parecer bien a todo el mundo. Paloma me señaló de lejos a Juan y con su habitual expresividad me dijo: “Está en paro y echa horas aquí como si fuera un trabajo. Sólo le falta fichar. Gracias a gente como él el huerto sale adelante”. Sin embargo, en ocasiones ocupan –o, más bien, se sitúan– en una posición subalterna. Un ejemplo: en la visita de los técnicos del Ayuntamiento, Juan conversa con ellos, y en cada respuesta mira a Isabel. “¿Queréis punto de luz?”, “Hombre, claro que nos vendría bien”, dice Juan, a lo que Isabel responde “Yo no veo tan útil la luz”, y Juan matiza, “Bueno, he dicho lo de la luz, pero no, no nos hace tanta falta”. En otra ocasión, una tarde en que Isabel había bajado a por un saco de titarros, Miguel, al verla que se acerca cargando con el saco, deja lo que estaba haciendo y de una carrera se acerca para subir él el saco. Se trata de situaciones que no pasan desapercibidas a Isabel, que señala: “suele haber diferencias, hablando de la cuestión del poder, entre los que tienen o tenemos ideas, y es gente con más educación, con más poder adquisitivo, o no, pero al menos gente... entonces la gente hacedora a veces se siente inferior, eso está clarísimo. Se someten. Yo sé que eso no está bien. Esas son las cosas que habría que trabajar”.

Los estrechos lazos de socialización del grupo remiten a la solidaridad, ayuda, apoyo emocional, amistad, etc. presentes en las comunidades tradicionales, orgánicas, y que remiten a esa visión más holista de la persona observada por Dumont (1987) en la sociedad tradicional hindú o que presenta el material etnográfico en otras sociedades tradicionales a las que alude Sahlins (2011). En palabras de Victoria, tesorera de Huerto A, “las dinámicas de participación en el trabajo diario desarrollando relaciones sociales, compartiendo preocupaciones o comprendiendo a otros muy diferentes a tí fortalecen vínculos entre la gente y crean una “gran familia”. Pero, añade, se trata de “una familia elegida”, muy en línea con el “familismo” que destaca Sennett. Para Sennett la sociedad íntima genera una “familia intensa” que pretende condensar en un reducido espacio relacional el campo posible de experiencias externas; el “familismo” es una actitud que llevada al extremo contribuye al declive de la *res publica* (citado en Béjar, 1988, p. 225).

Las relaciones han ido tomando preeminencia progresivamente frente a las puras labores del huerto. Las personas que acudieron a la primera cita no se conocían, y su primer motivo de unión giraba en torno a una acción física, cultivar un huerto urbano, pero poco a poco se han ido tejiendo una red de relaciones, desplegándose un campo relacional, en una visión *autopoietica* del colectivo que se crea y recrea a sí mismo a través de sus mutuas interacciones. Con la convivencia, los lazos han ido adquiriendo más importancia hasta superar en atractivo, para algunos, la actividad del propio huerto. En este sentido se expresa Victoria: “Ahora, ya más que los tomates, es la relación con las personas”. Así, el huerto como espacio de confluencia, permite redescubrir al sujeto social que describe Díaz de Rada (2004), más allá de los rigores del individualismo. Y a la vez, como propone este autor,

¹⁶ Centro cultural surgido de Huerto A. Se analiza más extensamente en el punto 4.3.

el campo del huerto permite a los participantes construirse y manifestarse como sujeto social en situaciones de aprendizaje mediante la acción colectiva junto a otros.

Así, el estar en relación pone en marcha también el aprendizaje con otros y sobre uno mismo en relación con los demás (volveré a este punto en el epígrafe 4.3. Creatividad y transmisión de saberes). Un ejemplo lo proporciona Isabel:

Me han sorprendido algunas personas porque yo en algunas cosas soy muy poco tolerante, pongo mala cara, y he visto personas mucho más abierta que yo en ese sentido, y yo he aprendido. No puedes estar aquí en una burbuja, tienes que hablar... sobre todo es el cariño, aunque sea una persona muy diferente a tí, pero hace falta tener unas relaciones un poco cariñosas, y ceder también, no será tan importante esa idea que tengo, ¿no?

Al tratarse de una práctica manual, corporal, favorece también el establecimiento de relaciones de cercanía. Isabel ilustra con sus palabras este punto:

Me gusta mucho, y, sobre todo, me pasa con las mujeres, de estar ahí quitando malas hierbas y hablar de muchas cosas, de cómo te sientes, de los problemas que tienes, surge muy... como no estás tomando un café, que entonces ya tienes que hablar, sino que estás haciendo algo, es más fácil la comunicación, yo creo, y fluye muy fácilmente. Es muy interesante a veces encontrarte con tres o cuatro, incluso me han contado de sus pasados las mujeres. No sé, me encanta eso... trabajar juntos y charlar.

Además de vincular el huerto con su capacidad de mediación y de soporte emocional, Iván, bibliotecario y veterano participante, señala algo que ha descubierto a raíz de involucrarse en el huerto: “Para que el grupo funcione de una forma más o menos armoniosa tiene que haber cierta franqueza entre las personas, una cierta apertura, una... cierta consideración, compasión, un cariño. Si no, el grupo no funciona. Entonces a partir de eso surge algo que va más allá del huerto. Sería la ecología de las emociones”.

El colectivo se concibe y expresa, en este sentido, como comunidad de cuidados, que cuida y que se cuida: al barrio, a otros participantes, a la tierra. Así se aprecia, por ejemplo, en el caso ya mencionado de Andreij, que vivió casi dos años en el huerto con el apoyo de los “huertan@s”, que le dotaban de “techo”, ropa, e incluso móvil para facilitar oportunidades de trabajo. Este hecho concuerda con la idea de que “el cuerpo no es posesión privada del individuo, sino responsabilidad de la microcomunidad que lo alimenta y lo cuida”, según relata Anne Becker de los habitantes de las islas Fiji (Sahlins, 2011, p. 65).

Relacionado con ello, recuerdo un día en que Paloma me dijo que había enviado un mensaje por la lista de correo electrónico titulado “Interser”, del monje budista Thich Naht Hanh, que trata del “ser con otros”, y me indicó que me podía ayudar. Eché un vistazo al texto. “Interdependencia. Ser es Inter-ser”, comienza el texto. Esto apunta a una preocupación muy personal por el bienestar propio que conecta con lo apuntado por Giddens (1994, p. 118) como nuevas narrativas de gestación del yo como parte de una nueva “individualidad altamente reflexiva” que teoriza este autor.¹⁷ Simultáneamente, concuerda con la noción de persona íntegramente relacional antes indicada, presente en

¹⁷ La “individualidad altamente reflexiva” se define por tres rasgos: los estilos de vida, el proyecto reflexivo del yo y las nuevas narrativas de gestación del yo que, ante la quiebra de la seguridad exterior, produce un repliegue a la subjetividad. Véase Giddens, 1994, p. 112.

numerosas sociedades, según la cual el ser humano se conforma como tal sólo en relación con otros al formar parte activa del cuerpo social.

Las relaciones en el grupo son cordiales y el humor está presente a menudo. Por ejemplo, con mi llegada al huerto como antropóloga se produjeron varias situaciones humorísticas. Isabel bromeó a cuenta de ello: “es la antropóloga, que ha venido a estudiarnos (risas) a estudiar a esta tribu ¡somos nativos!”, o cuando Miriam, de 39 años, que coordina el centro de actividades vinculado al huerto, Espacio A, llegó una tarde al huerto y un hortelano me presenta como antropóloga que realizaba un estudio sobre el huerto, y Miriam exclamó: ¡En nuestro huerto!? ¡Entonces los estudiados somos nosotros!

“Hombre, aquí llevas tiempo y vas cogiendo cariño a la gente...” señala Fernando, activista en muchas luchas además de hortelano, poniendo de manifiesto uno de los aspectos que actúa como motor de “fidelización” de la gente en torno al huerto: las relaciones de afecto entre sus participantes, especialmente entre los más asiduos. Pedro describe sintéticamente cómo se van formando los lazos de amistad entre los “huertan@s”:

En principio, nadie se manifestó en sus militancias. Algo que sí era común es que la gente era un poco reacia a rollos políticos, todo organizado, y el que sea de otra forma le gusta. Luego, todo se va asentando, empezas a comer, uno que tenía una terraza en no sé donde, y eso va creando otro tipo de relaciones y de ahí es de donde surgen más iniciativas.

Pero para que florezcan esos lazos es necesario un tiempo para desarrollar la confianza y la intimidad, cosa que no es fácil. Así se puso de manifiesto en la asamblea de febrero de 2016, cuando se señaló como limitante a la expresión de las propias emociones una cierta intimidad que a veces no existe y/o que se ve truncada por la relativamente alta rotación en el grupo.

Los vínculos afectivos que se crean se manifiestan en diferentes expresiones, aunque en opinión de la mayoría de los “huertan@s” entrevistados, se trata de relaciones de afinidad o de amistad “para pasar un rato agradable trabajando o después de trabajar, pero no para quedar fuera”; si acaso, “tomar un café antes, durante o después” del huerto. Entienden esa amistad como tiempo compartido y compromiso mutuo con un proyecto y con una visión confluyente. Pero ello parece separarse o divorciarse del ámbito más privado de la persona al que se refería Sennett, ese referente a la vida del hogar, de las relaciones íntimas y de larga data, es decir de la familia y los amigos de siempre. En este sentido, Paloma señala:

Nunca he ido al cine con nadie de aquí, ni nadie va al cine juntos, ni quedamos a cenar en casa de nadie, ni en un bar, [...] pero claro que somos amigos. Yo por ejemplo hay algunas personas aquí que tengo confianza con ellas y que yo sé que si tienen algo, vienen y me lo cuentan, y yo se lo cuento a ellos, pero siempre pues eso, con las lechugas... no quedamos, yo no he quedado un sábado por la tarde con nadie.

En ocasiones, se dan grados de intimidad mayores, pero por lo general aparecen en el polo en torno a Isabel con otras mujeres y en torno a Pedro con los hombres, se desarrollan relaciones con cierta intimidad, basadas en contar las cuestiones y preocupaciones personales.

La cordialidad de las relaciones se acerca, en ocasiones, a la labor asistencial, como pone de manifiesto el ejemplo que cita Paloma, psicóloga y hortelana:

Vienen un par de chiquitos que yo les veo empastillados, pero empastillados de psiquiatra, no empastillados de... que a lo mejor también, pero... y yo les veo por cómo se relacionan y cómo hablan que están en una relación con el huerto y con la gente –no vienen mucho, cuando pueden–, pero tienen una relación, no sé cómo decirte, son personas que es difícil que encuentren un espacio donde poder... comunicarse, donde la gente les dé un... vienen como dando besos como súper contentos, y yo creo que no deben tener muchos espacios donde vayan dando besos y la gente, “anda, ¡qué bien! ¡qué alegría!”, porque es gente que está muy machacada, por eso te digo, que aquí siempre hay espacio para casi todo el mundo.

En las labores del huerto también hay lugar para socializar de forma festiva, especialmente los domingos a la hora del aperitivo. Un domingo de enero, los “huertan@s” se van juntando en “el porche” al acabar la jornada. Alguien saca una “litrona” y dos latas de cerveza grandes, que compartimos. Pregunto al carismático Pedro si hace falta poner algo de dinero. Me dice que no, que la “litrona” ya estaba ahí y que lo demás le toca a Fernando, porque cada vez lo pone uno.

Las relaciones también dan pie a la ironía y las declaraciones con sentido incoado (Fernández, 2006). Después de cavar un hoyo para plantar un árbol, Isabel pide a Juan, uno de los “manitas”, la siguiente tarea, y él exclama “Dígame, jefa”, con un guiño humorístico hacia mí. O cuando al llegar Mari Sol, que adora regar, alguien exclama “¡Aquí llega la comisión de riego!”, que evidencia tensiones no manifiestas que subyacen a la broma.

En paralelo a las buenas relaciones y sin que sea contradictorio, se presentan claros liderazgos que se plasman en expresiones con ciertos tintes paternalistas. Por ejemplo, junto a su liderazgo indiscutido, Isabel y Pedro son los únicos con la autoridad para dar reconocimiento o amonestar, al menos que yo haya podido observar. En el lado del reconocimiento, Isabel ha felicitado públicamente en diferentes ocasiones a Vicente por su iniciativa y labor en el huerto.

En ocasiones, en la ejecución de las tareas hortelanas también surgen dudas o desacuerdos por la propia manera de hacer o por cómo se distribuye el espacio que pone de manifiesto fricciones no resueltas entre la dimensión personal y la comunitaria. Aquí se pone en juego la situación posicional de cada uno y el mayor o menor capital simbólico que acumule. Isabel narra un ejemplo que ilustra cómo lo personal –la forma en que ella tiene de entender cómo debe disponerse el espacio del huerto– predomina sobre un sentido comunitario o deliberativo, y también cómo se pone en acción el estilo de otros integrantes del huerto que actúan soterradamente a espaldas de Isabel, reconociendo de forma implícita su autoridad y capital simbólico:

Al pobre E., el viejito, le hemos machacado por sus iniciativas personales porque no nos gustan... depende (risas)... este solo quiere picarlo todo y yo, por ejemplo, quería mis plantitas. Yo había estudiado la flora silvestre, y para él eso es maleza. En cuanto llega la primavera y se pone todo verde, empieza a picarlo todo para sus patatas, entonces ahí estaba yo todo el rato en tensión. Él, por ejemplo, es una persona que no quiere hablar, que, vale, le puedes decir... se deja, se ha dejado siempre, “que no me caves ahí”. Entonces él hace un poco cuando no miras. Tiene esa tensión bonita que no quiere conflicto, intentas ahí empujar. Pero él no va a hablar de eso, “oye, yo opino...”, no, no, él va a hacer, y a veces le

he oído decir, “no se lo digas a Isabel, pero voy a picar un poco aquí” (risas). Pero es bonito porque son tensiones así muy naturales, ¿no?

Más allá de la imagen idealizada de los huertos urbanos comunitarios como lugares libres de conflicto, se trata de espacios que, con sus propias singularidades, se hallan también cruzados por tensiones y brechas presentes en la sociedad donde están insertos. El nivel de conflicto varía mucho según los huertos, dependiendo de distintos factores, como el nivel de cohesión interna y permanencia del grupo fundador –por ejemplo, si el grupo motor es un grupo homogéneo de amigos que ya se conocían, o eran gente diversa–, si hay o no una acción coordinada constante y una visión común, si se mantiene el grupo motor activo en el tiempo, etc. En el caso de Huerto A –afirma Isabel– “No creo que [el nivel de conflictividad en el huerto] sea alto. Creo que hay muchas experiencias individuales. No te pondría una nota media. Yo creo que algunas personas lo pueden haber pasado muy mal y pueden haber sentido que hay un alto nivel de conflicto, y otras personas están felices”.

A veces, el conflicto se hace expreso; en otras, las personas implicadas evitan enfrentarlo; aún en otras, se remiten a la autoridad reconocida, es decir, Isabel.

En Huerto A se pueden identificar, de forma sintética, cuatro fuentes de conflicto. El primero se relaciona con los estilos de gestión o de liderazgo, que se concreta en un formato de dinamización activo frente a otro en que se busca hacer aflorar sensibilidades diversas. Más que una fuente de conflicto en el huerto sería diferentes enfoques que se confrontan, y que están precisamente encarnados en Isabel y Pedro. Así expone ella su visión:

Para mí, bueno, yo tengo bastante conflicto con P., que es mi compañero, ya sabes... ¡terrible! No te puedes ni imaginar, a raíz del huerto, ¿eh? Yo le veo una persona muy poderosa... porque él es sindicalista. Yo siempre le digo: “tú eres un agitador sindicalista”, y él dice: “no, pero si la gente está de acuerdo”, y yo le digo, “no, tú arrastras a la gente”, y yo estoy buscando lo contrario, estoy buscando que se haga un esfuerzo para que hablen los que no suelen hablar.

La segunda fuente de conflicto, de momento latente, surge entre los tiempos personales y los tiempos comunitarios que se traducen en niveles de compromiso efectivo al proyecto muy variable, que genera tensión cuando obedece únicamente a preferencias personales. De hecho, esta cuestión planteó un debate interno en el huerto en torno a las diferentes dedicaciones voluntarias surgido entre las personas con dedicación más permanente –“la gente que tira más del carro”, como dice Pedro–, y gente más ocasional. Pedro acota: “Hay que diferenciar entre los que vienen cuando pueden y los que vienen cuando no tienen otra cosa mejor que hacer. Y claro, a la gente más implicada, el que viene cuando puede... punto, ¡estaría bueno! Ahora, el que viene cuando no tiene otra cosa mejor que hacer, pues a mí eso no me gusta”.

Ante la necesidad de diferenciar de alguna forma, finalmente el grupo de “huertan@s” decidió crear dos categorías de participantes, según quedó recogido en el acta de la asamblea de noviembre de 2014: “huertan@s” de “compromiso estable” y “huertan@s” “de compromiso esporádico”. “Hubo sus más y sus menos –señala Pedro– porque hubo gente que decía que eso era jerarquizar, militarizar, una militancia obligada, y digo: «no, no, aquí lo que pasa es que hay una gente que está incómoda con la situación y se trata de buscar algo donde se sienta todo el mundo cómodo»”. Ser socio estable implica aportación

económica, si se puede, y un mínimo de presencia (dos veces al mes). El resto de personas se considera de participación esporádica.

Este debate interno, además de formalizar dos maneras de vincularse al huerto y de participar en él, puso de manifiesto, colateralmente, algunas de las sutilezas, a veces paradójicas, de la democracia deliberativa y el propio grado de inclusión del sistema. Pedro lo explica así:

Había quien defendía: “No, cuanta más gente mejor y así aporta...”. Sí, hasta cierto punto. Yo, que he estado en cien mil millones de asambleas, he visto que no porque haya más gente se aporta más, para nada; a veces es todo lo contrario. Y sobre todo, hay asambleas donde tienes que decidir cosas importantes, como aquí cuando empezamos la legalización. Pues yo no quiero que me condicione alguien del grupo que viene porque no tiene otra cosa mejor que hacer. Y cuando había asambleas, no fallaban. Y “yo digo, yo propongo, pero lo haces tú luego, te encargas tú”, eso yo no... y como yo había más gente que opinábamos así. No me gusta imponer a nadie nada, pero tampoco que me lo impongan. Yo puedo ceder, pero también que los demás cedan, un punto de encuentro.

Este debate ponía de manifiesto un punto crucial de los activismos y asociacionismos en general. Y es el que tiene que ver con las responsabilidades asumidas, los tiempos de dedicación y las capacidades de decisión, cuestiones que en ocasiones acaban minando los procesos por simple agotamiento personal de “los que tiran del carro”.

Al tratarse de un proyecto activo que se desarrolla a través de una serie de actividades y prácticas físicas, exige de una presencia y es la presencia la que aporta legitimidad a la hora de decidir: “Hay que estar ahí para estar en el proceso”, como sintetiza el acta de la asamblea, que enfatiza que el compromiso estable no consiste sólo en una asistencia fijada y una cuota, sino en *participar de un proyecto común*.

El proceso, aunque clarificador de las diferentes disponibilidades, desembocó en que los que eligieron un “compromiso esporádico” se han ido alejando y reduciendo su asistencia al huerto, algunos hasta desaparecer por completo.

La solución que se adoptó, de diferenciar entre formas de vincularse al huerto – “compromiso estable y compromiso esporádico”–, y la estructura en comisiones “de expertos” ha podido estar en la base del tercer grupo de problemas, que aún se encuentra en fase de conflicto latente, y que se concreta en la evitación de asumir responsabilidad, por una u otra razón. Los que se han decidido por un compromiso estable no siempre ni de un modo uniforme y mayoritario mantienen un alto grado de iniciativa. Pedro, en su pragmatismo, lo expresaba así: “Gente con iniciativa hay muy poca, pues en el huerto pasa igual. Hay voluntad, hay ganas de hacer cosas, pero no hay iniciativa. Además, la iniciativa tiene que ir en una línea determinada y no todo el mundo... pues a la gente la atrae venir, pero no lo otro”.

Una posible razón sobre la reticencia de los “huertan@s” a asumir la iniciativa en tareas de responsabilidad apunta a las tensiones entre el “tiempo personal” y el “tiempo comunitario”, como ya he mencionado, porque, si bien hay ganas de participar, como afirma Pedro, la toma de responsabilidades supone mayor implicación y tiempo de dedicación a la

que no todos pueden estar dispuestos, optando por una “libertad de compromiso”. En ese sentido se expresa Fernando, que milita en varios grupos:

No he tenido ni he querido nunca tomar posición en la dirección del huerto, en la responsabilidad de trabajos hay que hacer, hacia donde orientamos esto. Tengo una vida muy trashumante, estoy para allá y para acá y entiendo que no es serio. Allí hay que dedicar cierto tiempo a las labores de intendencia para programar los trabajos que hay que hacer. Vivo alejado del barrio y no tengo la continuidad ni de tiempo ni de medios para hacer nada. Así lo entiendo yo.

De los cuatro elementos de conflicto, es el equilibrio entre tiempo personal y tiempo comunitario el que surge más repetidamente como un factor que condiciona la marcha del proyecto. Isabel rechaza entrar en distinciones entre los que dedican más tiempo y los que dedican menos, que equivaldría a decir “que unos son buenos y otros menos buenos”. El dilema se expresa en una actividad en que, por un lado, el tiempo de dedicación es crucial en un proyecto caracterizado por su materialidad y abocado a condicionantes ambientales que imponen una alta exigencia en cuanto a los momentos en que deben realizarse las tareas, y, por otro, las distintas implicaciones y quehaceres personales que, por elección u obligación, reclaman la atención y tiempo de los participantes.

La tercera fuente de conflicto, relaciona con la anterior, remite a las tensiones no resueltas generadas entre el hecho de definirse como un proyecto autoorganizado y horizontal y la existencia simultánea de liderazgos consolidados, por elección propia y por las propias demandas de algunos participantes. Escasean los “huertan@s” con voluntad de responsabilizarse de las labores de coordinación, que se preocupen de detectar tareas necesarias y distribuir el trabajo. Como son tareas “impepinables”, como dicen los “huertan@s”, se acumulan responsabilidades en unas pocas personas, principalmente la pareja promotora del huerto, con un considerable desgaste de fuerzas, lo que empieza a tomar cariz de conflicto. Así, por ejemplo, cuando Paloma preguntó a Mari Sol por qué hay grama dentro de la compostera cuando se acordó no echarlo, esta última responde: “Me lo ha dicho Isabel”. De forma similar, un día que yo estaba trabajando con Charo, una hortelana con más de un año en el huerto, cavando una zanja, y le surgieron dudas sobre la trayectoria, me dijo: “¿Y si la hacemos y luego no... mejor no seguimos. Isabel es la que sabe”, y nos fuimos a trabajar a la compostera. O Raquel, integrante de una comisión y con varios años de experiencia en el proyecto, en una conversación cotidiana expresa: “Pero yo, lo que diga Isabel, porque yo no sé mucho”. Estos ejemplos muestran cómo hay “huertan@s” que buscan que haya liderazgos dentro del huerto y los fortalecen con sus prácticas.

Ante la paradoja de que los “huertan@s” expresen que no les gustan que les manden, pero llegan y preguntan sobre la tarea a desempeñar y además no quieren decidir, Paloma responde: “Es que no es lo mismo que tu llegues y digas “¿qué hay que hacer?” a que llegues y uno te diga, «oye, tú, coge la azada y vente conmigo»”. Con ello expresa la tensión que se da entre algunos “huertan@s” que no admiten mandatos, pero a la vez aparcan la iniciativa personal y reclaman una guía permanente.

Por último, la cuarta fuente de conflicto en el huerto emana de susceptibilidades y malos entendidos en las formas de comunicación entre los “huertan@s”. Se trata de un

problema que se ha manifestado en varias ocasiones en forma de conflictos abiertos, implicando a todo el grupo, o más soterrados, compartidos sólo entre unas pocas personas. “Ahora somos mucho más cuidadosos en cómo nos hablamos –dice Paloma, que, como psicóloga, sabe de interacciones humanas–. Al principio éramos más de «no, no esto se pone aquí porque si no, no hay manera...»”, y añade: “Cuando todos sabemos que hay un espacio y que estamos todos disponibles para hablar de eso, baja el nivel de tensión muchísimo”.

Los encuentros y desencuentros a lo largo de los años llevaron a los “huertan@s”, bajo el liderazgo de Paloma a dedicar su asamblea de noviembre de 2015 a las formas de abordar los conflictos desde nuevas perspectivas, a la que se dedicó también una parte de la asamblea de febrero de 2016. En la asamblea de noviembre de 2015 se insistió en que la clave cada vez que surja un conflicto es mirarse a uno mismo para identificar qué “botón” despierta en uno lo que está diciendo la otra persona. “La clave es mirar a cada uno. Tengo que mirar que yo esté súper en paz antes de hablar con el otro, y que no pretenda nada de esa conversación más que expresarme yo, no manipular nada. En definitiva todo eso sirve para que yo me aclare, [saber] dónde están mis botones”, explica Paloma. Aunque algunos pidieron una especie de protocolo para abordar los conflictos, se optó por que cada uno evalúe la situación caso a caso y actúe en consecuencia.

Daniel, de la Red de Huertos y con una larga trayectoria de activismo social, apunta algunos elementos esenciales para prevenir y encauzar los conflictos dentro de los huertos:

Todo espacio compartido entre humanos hay que estudiar las reglas de convivencia, regular los conflictos que surgen, cómo se planifica, el reparto de tareas, todo lo relacionado con la organización interna es la fuente de conflictos más fácil en los [procesos] comunitarios, que pueden llevar al traste un proyecto. Cuando tienes un enemigo común es más fácil tapar conflictos internos, dinámicas internas perniciosas, y luego cuando te toca sentarte a construir tu proyecto, tu proceso, es donde estas cosas saltan más a la vista, y es ahí donde el cuidado de los grupos...estar especialmente atento a los niveles de diversidad interna, cuidar la diversidad –complicación y riqueza añadida–, es clave facilitar que se den dinámicas constructivas de grupos inteligentes, y no de liderazgos perversos.

Isabel aporta otra perspectiva que considera el conflicto como oportunidad donde experimentar el sentido de lo comunitario:

Para mí falta algo [en el huerto] que yo veo que es muy complicado... que se aprenda a comunicarse de esa manera que todas las voces se oigan. Yo estoy leyendo mucho sobre eso, o sea que... me interesa mucho, y cuando veo esto, digo, ¡qué desastre! (risas). No, pero bueno, funciona, no hay que ser purista. No sé si conoces algo de Ulyses,¹⁸ que es un facilitador para comunidades, y también hay un psicólogo de EE.UU. que tiene un libro que titulado *Sentados en el fuego*,¹⁹ que me encanta, que trata de que cuando hay un conflicto, no marcharse, eso donde está el fuego, el conflicto, eso tan caliente y tan difícil, quedarse allí, y analizar en ese momento quién tiene el poder, quién está siendo marginado y por qué.

¹⁸ Véase, por ejemplo, *El camino del Elder*. Disponible en:

<http://www.elcaminodelelder.org/recursos/CaminodelelderS.pdf>

¹⁹ Isabel se refiere al libro de Arnold Mindell (2004). *Sentados en el fuego. Cómo transformar grandes grupos usando el conflicto y la diversidad*. Barcelona: Icaria.

Analizar eso en uno, eso es lo que yo pienso que habría que hacer para que algo fuera realmente democrático y comunitario, pero eso es demasiado ambicioso...”

Esta perspectiva altamente reflexiva que discursivamente caracteriza al grupo no constituye, hoy por hoy, sin embargo la norma para solucionar los conflictos en el colectivo. Sin embargo, Huerto A ha abordado la cuestión de qué hacer con los conflictos como problema grupal y el tema ha sido tratado en asambleas, planteando la cuestión a la reflexión personal y colectiva e introduciendo un ingrediente de reflexividad a la hora de comunicarse entre sí. Pese a ello, en la práctica cotidiana se observan situaciones de susceptibilidades no resueltas o no recibidas por la persona que las originó, mientras que algunos “huertan@s” expresan abiertamente que eluden el conflicto y aún más hacerlo explícito si se presenta; hay ocasiones en las que un conflicto no aclarado o no comprendido ha alejado a personas de peso en el proyecto anteriormente muy comprometidas, y aún otras situaciones en las que directamente la persona implicada se ha marchado.

Las cuatro fuentes de conflictos muestran que los huertos urbanos comunitarios no quedan al margen de los conflictos sociales –como tampoco de las relaciones amistosas o de retroalimentaciones positivas del aprendizaje conjunto– que se dan en todo “espacio social” (Bourdieu, 2007; 1997). Y como parte de la sociedad, también aparecen fricciones por cuestiones relacionadas con el género, aunque, por su enjundia, no he entrado a analizar esta dimensión, tema que queda para futuras investigaciones. Estos espacios son exponente de fricciones que se dan entre lo personal y lo colectivo, lo enunciado y lo realizado, el discurso y la práctica. En definitiva, la convivencia cotidiana pone de manifiesto una tensión entre un ideal de horizontalidad y autoorganización y una práctica más jerárquica; un ideal inclusivo, y la existencia de centros y periferias, y una tensión permanente entre el tiempo personal y el tiempo comunitario. Estas dialécticas extraen al huerto de un posible catálogo idealizado de iniciativas comunitarias de innovación social y lo revisten de carne y hueso, transportándolo al terreno donde se pueden visualizar y afrontar también los problemas entre la formulación de cambio social futuro y la escasez de tiempo en el estilo de vida contemporáneo, plagado de prioridades más íntimas y personales fijadas al presente.

4.2. Prácticas en clave comunitaria

El sentido de lo “comunitario” está bien asumido por los integrantes del núcleo fundador del huerto, y como tal se integra con facilidad en los discursos y en las prácticas organizativas, y, aunque no siempre se corresponda con las prácticas formales de todos los participantes, como hemos visto, la noción *emic* de “comunidad” y “comunitario” se infiltra por todos los resquicios y formas de organizarse del huerto de maneras heterogéneas y no siempre coherentes. Estas prácticas pueden examinarse a partir de las estructuras organizativas, tasas, tareas, reparto de la cosecha y apoyo mutuo con otros huertos ubicados en el distrito.

Estructuras organizativas y normas

El grupo se organiza en una asamblea donde se plantean, debaten y adoptan las decisiones de mayor calado. Para el funcionamiento en el día a día crearon al inicio una serie de comisiones estructurales en las áreas de planificación de plantación, cosecha, tesorería,

mantenimiento, asambleas y actas, y comunicación y blog, a lo que se han sumado comisiones puntuales como la de planificación del bosque comestible. Sin embargo, como reconocen varios de los miembros, algunas comisiones han ido perdiendo fuelle, en parte por la rotación de personas –algunas comisiones han quedado reducidas a una persona–, y algunas han dejado de funcionar, aunque la mayoría de las tareas se siguen realizando. Isabel lo explica así:

Sí hemos querido [ella y su pareja] en un momento dado que la gente se ocupara de algunos aspectos. Eso lo hemos intentado, pero no funciona muy bien. Hemos dividido, hemos hecho una idea de qué tipo de trabajos hay. Bueno, está el trabajo de mantener el sitio limpio, trabajo de decidir que se siembra, de convocar las asambleas y tomar nota. Entonces que haya alguien que esté especialmente pendiente de las plagas, por ejemplo, “oye, que hay pulgón aquí”, y cuando alguien lo ve que se lo diga a esa persona, pero no ha funcionado, sinceramente.

Las asambleas, en principio mensuales, son el lugar por excelencia de decisión de todas las cuestiones de peso. Pero la observación pone de manifiesto que la asamblea no es el único espacio de decisión y, de hecho, se producen decisiones de distinta magnitud en el día a día entre los que están presentes, es decir entre los más implicados y que asumen roles de liderazgo, lo que evita situaciones de parálisis pero consolida formas jerárquicas menos participativas. Junto a las decisiones asamblearias y las de la operativa diaria, se produce una tercera fórmula de decisión en base al conocimiento experto, como explica Paloma:

[Empleamos] una forma de liderazgo que es adaptable a las necesidades, al contexto, a las personas que hay y a la tarea. Aquí, por ejemplo, el líder de cada tarea, sin haberlo hablado, es quien sabe más. Estamos con construcciones, con “los egipcios”,²⁰ pues hacemos lo que nos dice el que sabe más; estamos con plantaciones, pues las que saben más son V., R. e I.; estamos con setas, pues es V. Y, naturalmente, todo el mundo asume que ahora hacemos lo que dice la persona líder en cada momento. Y me parece que no hay forma mejor, más inteligente de organización grupal, en función del conocimiento de la tarea, y nadie puede apearse a eso ni utilizarlo para nada porque la estructura no se lo permite. De hecho, ha pasado que cuando en una tarea se ha desatado el “a ver quién sabe más” o “quién impone su idea de cómo hay que hacerlo” pues de ahí surgió la cosa de aprender a cómo comunicarnos entre nosotros porque el propio grupo en seguida se da cuenta de que no, de que así no avanzamos. Ahora tenemos este problema, ¿cómo se resuelve? Pues aprendiendo entre todos a ver cómo hacemos con el ego de cada uno para que no se imponga sobre lo que es la necesidad de la tarea, ahí no hay más que tarea y criterios técnicos.

Cuando pregunté por la organización de las tareas y si había funciones diferenciadas, la respuesta de Fernando fue: “Cargos no, eso aquí no hay. Nos planteamos una estrategia horizontal. Dado que no hay jefes, se necesita poner normas consensuadas”. Las normas del grupo aparecen repartidas en varios lugares del espacio virtual Pá Tó. Existen también normas sobre comunicación (“Uso de la lista de correo”), sobre

²⁰ Apodado así el grupo de hombres de la comisión de mantenimiento, desde que en las obras del bosque comestible encontraran en noviembre de 2015 un bloque de granito de 1,5 tn que hubo que subir con cuerdas por la pendiente de tierra de la parcela y que se dejó como banco junto al “porche” en la entrada del huerto nuevo.

mantenimiento de las herramientas y sobre los pagos. Y, sin embargo, en general se aprecia que existen pocas normas y que hay cierto desdén hacia ellas. En una ocasión una de las hortelanas explicó entre risas, “normas hay, luego no las hacemos ni caso...”. Sin embargo, después de cuatro años de convivencia en el huerto, la comunicación presencial entre participantes, un área que en un principio no se pensó como objeto de normas, la experiencia ha demandado instaurar unas pautas o, como decía Paloma, “establecer formas de comunicación con respeto”. Esta cuestión adquirió la suficiente entidad como para que el grupo le dedicara una de las asambleas mensuales, en noviembre de 2015 (como ya se ha detallado en el apartado de Relaciones).

También existe una Declaración de Intenciones del huerto, que incluye normas precisas de comunicación y comportamiento, como se puede apreciar a continuación y que constituye, además, un manifiesto sobre el sentido de “comunidad” con el que idealmente se identifican los participantes más asiduos.

DECLARACIÓN DE INTENCIONES DEL HUERTO A

El huerto es un ejercicio, un proceso de aprendizaje

Aprender a hacer cosas nosotros mismos (cultivar comida > autonomía, autogestionar un espacio público)

Equilibrar lo individual con lo colectivo (la libertad de "aportar lo que pueda cada uno", equilibrado con el compromiso de "aportar lo que hace falta para que pueda existir" pues sólo puede sostenerse si lo sostienen múltiples manos y mentes)

Aprender a cuidar. Esto implica constancia, el cuidar es lento, requiere paciencia y vínculo emocional

Aprender a actuar desde la libertad: no hay autoridad, no hay "palo" porque nadie obliga, y tampoco hay "zanahoria" en el sentido de premio (bueno tampoco en el sentido físico, que es que no nacen las zanahorias!)

Aprender desde este alter-lugar, sobre el lugar en que vivimos: lo que nos aísla, lo que nos oprime y obliga, lo que nos impide autogestionarnos. Aprender sobre la pérdida de la soberanía alimentaria, sobre la destrucción de nuestros vínculos sociales y con la naturaleza. Aprender sobre la fuerza de nuestras costumbres consumistas. Tomar consciencia de la gravedad de nuestra situación.

Aprender a dialogar, a escuchar y hablar. Sin prisas. A encontrar vías de vivir los conflictos (conflicto como proceso de aprendizaje).

El huerto nos da:

Un espacio para el libre juego, donde podemos atrevernos a soñar y hablar sobre lo que soñamos y de esa forma empezar a caminar. Un inicio de cambios, personales y colectivos.

Un espacio social, donde no estamos solos, donde re-encontramos vínculos con nuestros vecinos.

El huerto es una isla en un mundo hostil, y es precario y frágil, por lo que siempre busca "enredarse", el apoyo mutuo con otras islas, en ese sentido sirve a algo más grande que él. Pero no aspira a mayor grandeza que el presente.

Del huerto pueden surgir múltiples iniciativas, por lo que surge en él en materia de sueños y proyectos. Pero es independiente, es un fin en sí mismo, no quiere servir como medio para fines que siguen los valores en boga: producir, conseguir dinero desde la autoridad, juntar gente para movilizarla desde cualquier agrupación social o política fuera de él mismo u otra ambición personal de alguien, representar, ganar prestigio...

Fuente: Blog de Huerto A

Tareas

En cuanto a la gestión de las tareas, el languidecimiento de algunas comisiones ha dado paso a una solución más pragmática basada en una cierta especialización en virtud de la afinidad personal con la tarea de la que se trate, aunque hay tareas que se pueden rotar y otras que no por los conocimientos que requieren: "Si hay que talar una rama, Jaime; si hay que hacer algo de tuberías, infraestructuras, Pedro", me dicen. Igualmente, hay tareas que, gusten o no, se reparten entre todos de forma rotatoria, como barrer o remover la compostera (Ilustración 30). También en la forma de trabajar, normalmente en parejas o grupos, se sigue en lo posible una pauta de afinidades personales.

Todas las tareas para el día las escriben en una hoja Excel en "Pá Tó" aquel que identifica la tarea, normalmente Isabel o Pedro, accesible para todos, y de ahí cada cual elige la tarea que más le apetece, algo que los "huertan@s" aprecian mucho. Durante una visita de los técnicos municipales al huerto, dice una huertana: "Una de las cosas que más me gusta [del huerto] es que nadie te manda". A lo que otra respondió: "Tú vienes aquí y ves las tareas sobre la mesa. Nadie te dice lo que tienes que hacer. Entonces ves „regar“, a mí eso me encanta, y me pongo a regar". En otra ocasión en que terminábamos de hacer unas tareas con una hortelana, le pregunté: "¿Y qué hacemos ahora?", y ella exclamó: "Lo que queramos, somos libres".

Sin embargo, el material empírico indica que una parte de los "huertan@s" acude al huerto sin haber mirado la hoja de tareas pendientes anotadas en "PáTó" –aspecto que enlaza con la tercera fuente de conflicto antes analizada sobre la demanda de liderazgo por algunos participantes–, y la primera pregunta después del saludo es: "¿Qué hay que hacer?", que irrita a quien sí las ha consultado y que se ve en la posición de dirigir sin desearlo, más aún cuando el proyecto se propone ser autoorganizado. Pedro diagnostica el problema: "Es malo que haya la coordinación dirigentista [...]. A mí me gusta coordinar, pero yo quiero la caña de pescar. Además como ya estoy acostumbrado en rollos sindicales donde he estado, al final siempre te queda la historia para cuatro. Con ello, Pedro se refiere de nuevo al problema ya aludido sobre la demanda de liderazgo. Pedro, sin embargo, sigue confiando en un proyecto autoorganizado, donde cada miembro pueda tomar responsabilidades con una adecuada preparación que le provea de una "caña de pescar" hortelana para manejarse en las tareas del huerto sin demandar directrices de otros participantes.

Paloma, en su entusiasmo, manifiesta otra visión respecto al funcionamiento de la coordinación del huerto que ignora esta problemática y se centra, en contraste, en un aspecto positivo:

Aunque en mi trabajo tengo a mi cargo un equipo grande, yo aquí vengo a obedecer. Aquí hay un montón de gente que estudia un montón y sabe un montón de todo, y yo no tengo ni idea; aquí le dedico tiempo a obedecer. Pero es muy gracioso porque cuando a veces faltan P. o I., a mí todo el mundo me pregunta qué hay que hacer. Entonces, es interesante porque a mí me va obligando todo el rato a ir cambiando de planos y a la vez tomándomelo todo como un juego. Hoy me toca obedecer porque están ellos y mañana me toca decir lo que hay que hacer porque no están. Entonces, me parece muy interesante porque es una forma de liderazgo super móvil. Si sé que no va a estar I., me miro bien la hoja de tareas, el día anterior me estoy recorriendo el huerto para ver cuando la gente me pregunte qué es lo que se puede hacer. Me gusta mucho porque a mí eso es realmente lo que me interesa como forma de... ¡ojalá a un nivel más macro pudiéramos organizarnos así!

En esta situación, el grupo decidió dividir las tareas en “impepinables” y “opcionales”, con sus respectivos responsables (véase más abajo), aunque algunos ya no están o vienen poco, por lo que este nuevo arreglo ha quedado en parte en suspenso, a la espera de una nueva entrada de socios que quiera asumir estas responsabilidades.

AREAS IMPEPINABLES Y ROTATORIAS (TRABAJO DE HUERTO PURO Y DURO)	
1. DISEÑO Y PLANTACION	Responsabilidades huerto-Animadores
SEMILLAS, SEMILLEROS, PLANTON E INVERNADERO	Victoria
SIEMBRA Y MANTENIMIENTO DE CULTIVOS	Isabel
2. PREPARACION DEL TERRENO PARA LA SIEMBRA Y SU MANTENIMIENTO	
COMPOST Y ESTIÉRCOL Y ABONADO O FERTILIZACION ORGÁNICA	Tina
3. RECOLECTAR Y CONTABILIZAR LO PLANTADO Y RECOLECTADO	Raquel
4. TOMA DE DECISIONES	
MODERAR ASAMBLEAS Y REUNIONES	Paloma, Jose, Paula
RESPONSABLE DE ORDEN DEL DIA Y DE TOMAR ACTAS	
5. LIMPIEZA Y ORGANIZACIÓN DE LA CASETA, HUERTO Y ALREDEDORES	Pedro, Miguel, Juan

AREAS OPCIONALES	
6. COORDINACION Y SECRETARIA DEL HUERTO	Isabel
RECEPCION E INFORMACION A VISITANTES Y NUEVOS SOCIOS	
PREVISION Y PLANIFICACION DE TAREAS DEL HUERTO Y CONVOCATORIAS	
RELACIONES EXTERNAS (Comunidad, policía, medios de comunicación...)	
7. COMUNICACIÓN Y DIVULGACION	Nerea, Antonio
BLOG FOTOGRAFIA INFORMATICA	
ACTIVIDADES CULTURALES O EXTRA HORTELANAS	
ROTULACION Y ARTESANIA	
8. INSTALACIÓN, MANTENIMIENTO Y REPARACIÓN	Pedro, Miguel, Juan
9. TESORERIA	Victoria

Fuente: Espacio virtual “Pá Tó”. Consulta: 19 de junio de 2016. Todos los nombres son pseudónimos.

De las cuestiones planteadas se deriva otro tema pendiente de resolución, que Pedro enuncia desde su franqueza: “es una pena que no se rentabilice el esfuerzo, que hubiera alguien que coordinara a la gente, tú haces esto, tú lo otro, no que cada uno se ponga a hacer lo que sea, y hay un montón de manos que no se aprovechan y eso al final... pero claro, tienes que tener capacidades, gente que le guste y que valga para ello”. Lo que Pedro indica es que no todos los participantes tienen las mismas habilidades –ya sea aptitudes o conocimientos–. Según estimaciones de los propios “huertan@s”, la proporción que sabe realizar bastantes de las tareas del huerto ronda entre el 35% y el 40%. Otro huertano reduce aún más ese universo. “Que sepan hacer todas las tareas, unos seis u ocho de un universo de 80-100 personas; los demás siguen lo que se les indica”. Estos conocimientos limitados constituyen un factor que inhibe una participación más activa y explica en parte por qué se reclama un liderazgo de forma continua.

Apoyo mutuo

Huerto A participa en la realización de tareas de forma colaborativas con otros huertos. Un ejemplo de estas labores se desarrolla de cara a la plantación de los semilleros de las hortalizas de verano, que realizan junto con el Huerto GRAMA en sus instalaciones de Casa de Campo. En la plantación de 2016, en febrero, cada grupo se situó a un lado de la larga mesa donde se ordenaban los semilleros, intercambiando pocas frases entre sí, hasta que alguien rompió el hielo con una pregunta, y comenzamos a conversar desde ambos lados de la mesa. Al término del trabajo, compartimos tiempo de ocio con aperitivo incluido, y se repartieron entre todos los turnos de riego, varias veces a la semana.

Entre los huertos del barrio y también en la Red funciona una dinámica de reciprocidad y de apoyo al resto. Una de estas ocasiones tuvo lugar al inicio de Huerto A, cuando se plantaron unos árboles en torno a las canchas que, aunque finalmente no prosperaron, se realizó de forma colaborativa con todos los miembros de la Red que quisieron acudir. Convocatorias de ese tipo son corrientes entre los huertos. Otras entidades del movimiento asociativo también intervienen en esta cadena de apoyos, prestaciones y contraprestaciones, como el centro social La Tabacalera, que regaló a Huerto A buen número de balas de paja sobrantes. También, en el reparto de estiércol que hace el Ayuntamiento se lleva todo a uno de los huertos y desde allí lo va recogiendo cada huerto cuando puede. En algunas ocasiones en que hay huertos muy precarios y sin medios para recoger su parte, el propio Ayuntamiento o alguno de los huertos se lo han llevado. Como parte de ese flujo de prestaciones y contraprestaciones, Huerto A participa en las llamadas de trabajo colectivo que se lanzan desde la Red, acudiendo los participantes que pueden allí donde hagan falta manos. Igualmente, abre sus puertas al vecindario en las Fiestas de San Isidro organizando actividades diversas y se suma a las acciones de sensibilización ciudadana, como la “bicicletada” organizada por la Red en abril de 2016, que visitó varios huertos.

Cosecha

La cosecha se divide a partes iguales entre los presentes y se suele recolectar los domingos, que es cuando acuden más “huertan@s”. Todo lo recolectado tiene que informarse a Raquel, encargada de cuantificar la cosecha, pero a veces ocurre que alguien decide recolectar una pequeña cantidad por su cuenta y simplemente lo anuncia en voz alta. No he observado enfados ni tensiones en este sentido.

Raquel me explica que “en teoría se reparte entre los socios (que pagan una cuota), pero ahora es más entre los que vienen”. Indica que lo que recolectan lo ponen todo sobre la mesa del “porche” y cada cual coge lo que quiere. “Antes se hacían bolsas equitativas, pero luego unos no comen tomate, otros no comen otra cosa, así que dejamos de hacerlo. Lo ponemos en la mesa y que cada uno coja lo que quiera”, dice. Esto muestra un aspecto de lo “comunitario” basado en la equidad, más que una rigurosa igualdad, según las necesidades y preferencias de cada uno. En una ocasión, sin embargo, pude observar el reparto en montoncitos, que hubo rehacer varias veces porque aparecía alguien más con el que en principio no se había contado.

Muchos de los participantes han manifestado en varias ocasiones que “la cosecha es lo de menos”. Como expresa Raquel, “No es por la cosecha. Casi nadie viene por eso. Es para relacionarse... con la naturaleza, para experimentar, para producir. Si alguien viene con esa idea [de la cosecha], vamos, que venir aquí no le va a quitar de ir a comprar a la tienda. Lo que te llevas es de muestra casi”. Así, diversos “huertan@s” me han comentado que por elección apenas se llevan nada para casa. Pero por más que la cosecha sea secundaria para los participantes, representa, con la rehabilitación del espacio, la materialización de la acción colectiva de los “huertan@s” y literalmente los frutos de su trabajo en común. A la vez, el acto de repartir la cosecha capta de forma simbólica y también material el sentido “comunitario” que adosan a sus prácticas y permite expresarlo por medio de una acción muy ilustrativa. El alcance del significado del reparto de la cosecha se muestra en el siguiente ejemplo. En una ocasión uno de los “huertan@s” de cierta edad

se fracturó un pie trabajando en el huerto y durante una temporada dejó de venir. Sin embargo, se apartaba un montoncito para él y alguien se lo llevaba a casa, en el entendimiento que su trabajo también había contribuido a la producción de esas verduras.

Tasas

Desde el inicio, el colectivo decidió en asamblea unánimemente que el socio/a que pueda, pague una tasa de 5 euros al mes, pero la tasa económica no es obstáculo para poder ser miembro y participar en el huerto. En ocasiones extraordinarias, se realiza una petición de derrama que suele recaudarse con considerable éxito. La colecta que realizó Paloma para cubrir las tasas del pasaporte para Andreij, el joven polaco *sintecho*, por ejemplo, recaudó sin mucho problema la cantidad requerida.

Junto a las tasas, existen también donaciones que en ocasiones excepcionales se realizan de forma anónima. Por ejemplo la derrama por el robo de la caseta del huerto en diciembre de 2015 se saldó con un hecho inesperado cuando la tesorera, Victoria, descubrió con alegría una donación anónima por prácticamente la totalidad del importe de las herramientas sustraídas. “Para que durmáis con una sonrisa”, fue el título del email que envió al grupo y todos comentaron con satisfacción este acto de generosidad.

Estas dos vías de recabar fondos remiten a distintas formas de vinculación con el huerto. Mientras que las tasas suponen una clara identificación con el proyecto y con su visión y compromiso a largo plazo, las donaciones sugieren formas de participación mucho más laxas y puntuales, aunque no menos implicadas. Un ejemplo en este sentido lo muestra el hecho de que cuando se produjo el conflicto en que se decidieron dos formas de participación –el “compromiso continuo” y el “compromiso esporádico”– una de las características que distinguía a ambos tipos de participantes es que los primeros pagaban una tasa, mientras que los segundos no. La tasa se convierte así en la muestra de pertenencia y estrecho compromiso con el huerto. En contraste, la donación adquiere un carácter totalmente voluntario y no implica más que un compromiso ocasional. Así lo indica que cuando se realizan peticiones de derramas se remarca de palabra y de obra su completa voluntariedad.

4.3. Creatividad y transmisión de saberes

Huerto A es exponente de una efervescencia y ganas de aprender que constituye un elemento estructural del proyecto. No son ajenas las inquietudes de Isabel en agroecología, permacultura y todo lo que rodea al saber hortelano. Recordando las palabras de Daniel, con una larga experiencia en el activismo urbano, “el núcleo duro de cada huerto imprime su esencia al proyecto”, y así ocurre en Huerto A. Este carácter experimentador se convierte, de hecho, en un atractivo para algunos, como Germán, que, como indiqué, cruza la ciudad desde el norte de Madrid para venir a Huerto A porque le motiva el proyecto de permacultura del bosque comestible. Esta percepción sobre el carácter “innovador” de este huerto está presente en conversaciones informales con miembros de otros huertos madrileños, igual que quedó explícito durante el evento de celebración del primer aniversario de la cesión de los primeros huertos urbanos, organizado por el Ayuntamiento en febrero de 2016.

Desde esta imagen y autopercepción, el huerto se constituye en “comunidad de práctica” en el sentido enunciado por Lave y Wenger (1991) como “colectivo implicado de forma continuada en un objetivo común de interés del grupo y que desempeña un papel importante en la formación de sus miembros en la participación y orientación en el mundo en torno a ellos” (Eckert, 2006).²¹ Como tal, el grupo comparte actividades de innovación medioambiental conjuntas de forma regular y desarrolla sus propias soluciones ante los desafíos que presentan en torno al huerto. Como comunidad de práctica, es un sistema que se autoorganiza y que ofrece una interpretación común sobre sus experimentos y “descubrimientos”. “Somos súper abiertos a la innovación –dice Paloma– y no tenemos ningún problema a que las cosas salgan mal, como en otros grupos. Aquí, al revés. Cada vez que uno propone algo, ¡uuuu! todo el mundo le echa leña, pone viento, ¡es un gusto!”. El enfoque ha sido hasta ahora dar espacio a los “experimentos que quien quiera puede proponer”, y que luego se realizan colectivamente, generando un aprendizaje grupal. En la comunidad de práctica, como señala Díaz de Rada, “su ordenación de la acción es fundamentalmente práctica. Se rige por lo que la gente hace y sabe hacer” (2015-2016), lo que permite desplegar y ejercer la cualidad relacional de la persona que aprende en procesos de acción colectiva, señalado por Díaz de Rada (2004, p. 79), como indiqué. La producción compartida de saberes es parte también de ese “yo transpersonal” que muestra el material etnográfico alrededor del mundo al que se refiere Sahlins (2011, p. 65 y ss.).

Como es habitual en una comunidad de práctica, cada uno se involucra dependiendo de sus propias motivaciones, conocimientos y lugar en esa comunidad. Los “experimentos” generan parte del trabajo cotidiano de los “huertan@s” y los nuevos conocimientos acaban *popularizándose* en el aprendizaje que circula por el grupo, instalándose en mayor o menor medida. Aquí de nuevo se observan posiciones centrales y periféricas, según el empuje y deseos de experimentación en cada proyecto específico que se realiza, aunque estas posiciones, en buena medida, coinciden con el núcleo motor del huerto y van en gradación hacia la periferia. Es el grupo de “innovadores”, que forma parte mayoritariamente del grupo motor, el que marca el paso del colectivo. Todo ello va construyendo una base de saberes que actúa como elemento de orgullo del colectivo y que refuerza su cohesión interna y sentido de comunidad, aunque también afianza liderazgos, centros y periferias.

Iniciativas como el bosque comestible se construyeron colectivamente, pero la idea partió de Isabel, interesada en experimentar con la permacultura; después fue aprobado en asamblea y apropiado por todos los “huertan@s”. Un proyecto de esta envergadura que ha implicado más de seis meses de trabajo del colectivo en pleno, con la construcción de un estanque, el excavado de los canales que recorren la mitad del terreno del huerto nuevo y su acolchado con materia vegetal, la planificación de las especies, su adquisición y plantación (Ilustraciones 21 a 29).

La cesión de la nueva parcela y el proyecto del bosque comestible representaron una inyección de ilusión, de energía y de movilización de capacidades para el huerto, como se explica más adelante. La proyección del bosque comestible puso en marcha un sentido de proyecto a largo plazo –al menos una década hasta que los árboles estén crecidos.

²¹ Traducción propia.

Los “huertan@s” investigan y experimentan en muchos temas: técnicas de restauración carbono en el suelo, fauna y flora para mantener el estanque limpio, injertos, macetas enterradas para mantener la humedad, creación de una esponja con material vegetal para autosostenibilidad del bosque comestible, acondicionamiento de un jardín templado medicinal en la ladera y un horno solar (Ilustración 31), son algunas de ellas. El huerto incluso dispone de un WC ecológico para aguas menores con carbón vegetal y que se transforma en fertilizante natural. Frente al tipo de bancales elevados, comunes en los huertos de la Red, incluido Huerto A, el último “experimento” del huerto ha sido probar a hundir un bancal, una técnica empleada en países áridos, según explica Isabel.

Junto a la producción de nuevo conocimiento, en Huerto A se conjuga, en unos casos, la conservación de saberes tradicionales de miembros vinculados con el entorno rural, la recuperación de estos conocimientos e incluso la reactualización de la tradición a los nuevos contextos. En este sentido, Paloma, con su don de gentes, cuenta el caso de un hortelano de avanzada edad que había tenido huerto en su pueblo.

Quería poner patatas por el sistema de riego en surcos; no quería regar por goteo y regábamos con la regadera, así que toda la tierra se salía y las patatas se quedaban al aire, siempre estaba inundado el fondo y las patatas al aire, y volvíamos a poner la tierra. Aquello no funcionaba de ninguna manera. Le dejamos un año y entonces un buen día dijo: “bueno, vale, entonces, ¿cómo era la cosa de los bancales?”

La confluencia de diferentes intereses produce en el huerto un espacio de intercambio y “contagios” con potencialidades muy fructíferas. “Bien gestionados [estos intereses] –apunta Daniel, miembro de la Red y hortelano activo en un huerto del sur de Madrid–, cada persona puede tanto satisfacer sus motivaciones originales, como decimos nosotros, o acabar metido en un tobogán que le lleva no se sabe muy bien dónde y le derive a acabar recalando en iniciativas que a lo mejor a priori quizá no había pensado”.

Ante nuevas necesidades de conocimiento, el procedimiento del colectivo consiste en un método mixto que se podría sintetizar en una “autoformación según las necesidades”: uniendo los saberes de cada uno; “charlando y charlando”, dice Fernando; “leyendo”, dice Isabel, o “mirando vídeos por internet de permacultura”, señala Germán, a lo que se une la búsqueda de la ayuda de especialistas. Fernando reconoce que todo lo han realizado con pocos conocimientos previos. Su interés por los temas del huerto les ha llevado a hacer varias visitas a personas o colectivos que tienen proyectos de interés en bosques comestibles en España o incluso en Marruecos, donde planean viajar el próximo diciembre para visitar un oasis comestible.

Estos experimentos promueven un clima de producción de conocimientos continuado que funciona como educación y concienciación ambiental. Miguel llegó a Huerto A sin conocimientos de cultivo, pero su asistencia casi diaria está cambiando esta situación:

Yo no tenía ni idea, yo tenía un concepto antes de los huertos, pues eso, que en un huerto no había una mala hierba. Pues ya me han explicado que sí, que hay hierbas y plantas que... que son nutrientes para la tierra, y entonces que esto es bueno. [...] Ahora hemos sembrado titarros para que oxigene la tierra y eso le viene bien, es abono para la tierra, fíjate, ¡todo lo contrario de lo que pensaba!

Sin embargo, para que este proceso fluya es necesario que haya personas con el interés y el empuje por saber más. El enorme interés por experimentar y el hecho de que las propuestas en este sentido se suelen acoger con entusiasmo y sin exigencia de resultado anima a algunas personas con estos intereses a acercarse al huerto. Tal fue el caso de Vicente, vecino de Lucero de 32 años, que se unió al huerto a principios de noviembre de 2015. Nutricionista de formación, ha desarrollado por afición el cultivo doméstico de setas japonesas, que se reprodujeron con gran éxito en el huerto en un pequeño invernadero improvisado (imágenes 32 y 33) sobre balas de paja (imágenes 34 y 35) y en posos de café, y que han sido degustadas con gran aprecio en las celebraciones colectivas (imagen 36). En el proceso, logró involucrar a los demás “huertan@s” en sus iniciativas. También ha desarrollado su inquietud por los insectos beneficiosos para el huerto, como las moscas soldado que aceleran la descomposición de los biorresiduos y que llevó como experimento a la compostera del huerto; Vicente ha promovido también un hotel de insectos (imagen 37) que ayudan a controlar las plagas; y puerros rebrotados. Después de realizar un curso de apicultura ecológica, logró contagiar a sus compañeros su interés por las abejas. Con observación, han logrado identificar a algunas abejas solitarias merodeando por el huerto y han constatado que este año se ha dado un marcado aumento en la producción de las cucurbitáceas (pepino, calabaza, calabacín, etc.).

Quien tiene el conocimiento, o la inquietud de buscarlo, lo muestra con una presencia muy activa en el huerto, e incide en el balance de poder entre los participantes del huerto. Su intensa actividad, su capacidad para involucrar a otros y el éxito con las setas, insectos y colmena ha proporcionado enorme popularidad a Vicente, reforzando su posición dentro del colectivo. A finales de marzo, él se denominaba con humor, “el departamento de I+D del huerto”. También se granjeó el aprecio de Isabel, tal como expresó en un email: “Qué bueno V., lo que aportas!”

Huerto A muestra experiencialmente la tensión entre experimentación y reproducción, es decir, entre cambio y repetición de las prácticas, que constituye una fuente de conflicto, aunque hoy por hoy, latente. Si bien, en general, existe una tendencia a repetir prácticas, Huerto A muestra un caso en el que se incentiva el continuo aprendizaje, y nuevas formas de hacer, que cala hacia las periferias en forma de conocimiento grupal. Productivismo y reproductivismo conforman posiciones que son adoptadas en diferente medida por distintas personas del huerto y que producen en el proyecto un juego de equilibrios fluctuante. Mientras que unas personas representa de forma clara la iniciativa innovadora, otras –situadas en la periferia– repiten su tarea favorita y/o absorben en mayor o menor medida el conocimiento colectivo que se va generando. Esta cuestión constituye un eje crucial porque plantea un dilema genérico para los grupos de innovación social: la aspiración de cambio social al tiempo que los grupos humanos se hallan sujetos y en dialéctica con la tendencia a la repetición, la tradición, la reproducción, y los *habitus* y disposiciones de los que participan en el huerto. Todo ello remite al debate sobre el grado de la capacidad agencial efectivo en todo movimiento de cambio social en contraposición al grado de reproductivismo de los agentes. Siguiendo a Bourdieu (1997), sujeto y objeto, cambio y repetición, se construyen simultáneamente en la *práctica* del huerto en procesos que siguen en marcha. Es en esta tensión dialéctica en la que se mueven los “hortelan@s”.

En cualquier caso, la efervescencia de Huerto A se extiende no solo a la innovación y conocimiento en torno al huerto, sino que ha sido también activador y matriz de otros tres proyectos: un grupo de consumo, un espacio de actividades culturales y una panadería ecológica.

Al grupo de consumo pertenece parte de los participantes del huerto junto a otros vecinos del barrio, en total unas 25 familias. Fue la primera iniciativa generada a partir del huerto y que sintoniza plenamente con su enfoque de agricultura ecológica de cercanía en entornos autoorganizados y la creación de tejido barrial. Si el huerto cubre el eslabón de la producción, el grupo de consumo representa un eslabón más allá, el del consumo.

La segunda iniciativa corresponde a un local de actividades, Espacio A, surgido de la necesidad de dar continuidad al proyecto del huerto y de disponer de un local cerrado donde dejar las herramientas. Situado al otro lado de la autopista, en la parte “pobre” del barrio, Espacio A ha servido a la vez para dinamizar el barrio y hacer tejido social a través de toda otra serie de actividades culturales: charlas, cursos, y celebraciones, con la idea de atraer a otros vecinos, como está pasando. Sin esperarlo, Espacio A ha ido cobrando vida por sí mismo. Incluso genera unos pequeños ingresos cediendo el local para fiestas de cumpleaños infantiles que sirven para cubrir el coste de alquiler y, de esta forma, se autosostiene. Al principio fue dinamizado por Lucio, uno de los hortelanos fundadores, pero después él vio la oportunidad de autoempleo abriendo una panadería ecológica en el barrio, el tercer proyecto. Espacio A vivió un momento de crisis de liderazgo, pero una de las personas relacionadas con el huerto, Miriam, junto con otras mujeres, se hizo cargo y mantienen una nutrida programación de actos y cursos. Para ayudar a “hacer barrio”, Espacio A cede parte del local de forma desinteresada a otro grupo de consumo que se quedó sin local. En Espacio A se realiza una variedad de actividades, desde clases de meditación a rastrillos de intercambio, cursos de ganadería ecológica o charlas sobre temas sociales. “Espacio A ha surgido porque había mucha gente aquí que buscaba lo común, pero el huerto no le gusta y se han involucrado en este proyecto donde se hacen otro tipo de actividades, siempre con esa idea de lo común”, dice Isabel.

El tercer proyecto surgido por influjo de Huerto A es la panadería de Lucio, situada en el barrio y frecuentada por algunas de las hortelanas. Desde su apertura, Lucio, un miembro muy activo en los inicios del huerto, se ha distanciado en el día a día por la incompatibilidad de horarios con la panadería, aunque sigue vinculado al huerto y acude a sus celebraciones. Este tercer proyecto tiene más que ver con el emprendimiento económico personal, de creación de una oportunidad laboral ante una situación de desempleo, aunque por el tipo de proyecto está implicado en un ideal de bien común y la alimentación ecológica, en sintonía con las líneas que guían la dirección del huerto. El éxito de este proyecto depende en parte de una red de relaciones que previamente se generó en el huerto –de hecho, buena parte de su clientela son “huertan@s”– y a la vez producto del propio trabajo de concienciación ecológica que el huerto lleva a cabo en el barrio, que lleva a más personas a acercarse a los productos ecológicos.

En este sentido, huerto realiza una labor de sensibilización y educación ambiental que canaliza el conocimiento generado en el huerto y permite visibilizar su labor de cara al exterior. Se realiza principalmente entre el alumnado de los colegios de la zona, uno concertado y dos públicos, y entre sus familias. El colegio concertado, con una filosofía

ecológica y social, muy afín a la del huerto, actúa como un aliado dentro del barrio; ambos mantienen una relación estrecha desde la creación del huerto. Esta labor corresponde, fundamentalmente a “las educadoras”, Beatriz y Miriam, pero también a otros participantes (Ilustraciones 38 y 39). La divulgación de los contenidos (agro)ecológicos y de entornos comunitarios también se produce entre aquellos que participan en los otros proyectos mencionados, grupos de consumo y Espacio A.

4.4. Sentidos y discursos sobre la comunidad. Pertenencia e identificación

Lo “comunitario”, como hemos visto, está impregnado en las relaciones y prácticas y es algo en continua producción y no exento de conflicto. Además constituye un discurso que está muy presente en el huerto, tanto en el núcleo de los “huertan@s” y grupo motor como en la Red de Huertos. Concretamente, el desarrollo de “comunidad” ha sido uno de los conceptos discursivos inspiradores que han acompañado al huerto desde sus inicios. De hecho, en la constitución del huerto, la noción de “comunitario”, junto con el cultivo “ecológico”, fueron las dos únicas condiciones del grupo fundador, con las que todos los asistentes a la reunión fundacional estuvieron de acuerdo. Pregunto a Dora, una de las fundadoras, si el huerto es “comunitario”. Su respuesta no deja lugar a dudas. Después de mirarme con extrañeza, responde “Sí, sí, desde el inicio... va de ello”. Pedro, co-fundador del huerto, señala: “Para mí, es lo más importante”.

Se trata de un concepto que remite a positivas reminiscencias de autenticidad y orgánicos vínculos sociales. A la vez, es un término extremadamente versátil y polisémico en las expresiones cotidianas. Lo “comunitario” ha aparecido en repetidas ocasiones en el entorno del huerto, pero ¿tiene sentidos similares para todo el grupo? ¿Qué acepciones le asignan diferentes personas que participan en el huerto? ¿Qué imaginarios evoca?

El ejercicio de lo “comunitario” está estrechamente vinculado a la aparición de un sentido de identificación, de grupo, de la emergencia de un *nosotros* de contornos porosos que en parte tiene una identificación barrial, aunque con una acepción de vecino elástica e imprecisa que acoge a “cualquier vecino” de la ciudad. Este sentido existe en Huerto A y, aunque no está exento de tensiones, se detecta en afirmaciones como: “Somos una tribu muy diversa”, pero aun dentro de esa heterogeneidad –en contraste a la homogeneidad de la comunidad tradicional– se trasluce la conciencia de un “nosotros”. No obstante, aún en este sentido, la polisemia del vocablo es amplia y en ocasiones el término genera dudas como se aprecia en las palabras de Iván, procedente del área del Caribe: “En el sentido de que está abierto, sí, es comunitario, y porque más de la mitad de la gente es del barrio, pero el hecho de que sea una cosa totalmente voluntaria, pues yo creo que limita que sea comunitario porque no hay un representante de cada edificio”.

Otros entienden por “comunitario” que todos los recursos, tareas y las cosechas se comparten equitativamente entre los miembros; para otros, el concepto es mucho más flexible, y remite a los lazos entre las personas dentro de ciertas dinámicas emancipadoras que se plasman en determinadas prácticas que varían según decisión del grupo, siempre y cuando se organicen y gestionen algún aspecto de forma colectiva. Fernando, que milita en

varios movimientos, señala: “¿Comunitario? Depende del sentido que des a la palabra. Yo entiendo que [el huerto] es comunitario en el sentido de que es una participación igualitaria y conjunta de todas las personas que participan allí. Cada uno aporta lo mejor de su saber y de su voluntad”.

Para Daniel, activista e integrante de la Red, lo importante es incorporar en lo “comunitario” una variedad de perspectivas, aunque establece unos mínimos relacionados con las tareas colectivas:

Lo comunitario es una fórmula que toman los vínculos entre las personas. Puede ser idealizado; es una palabra cálida, acogedora, todo el mundo quiere pertenecer a algo comunitario, pero en esa fórmula que toman los vínculos, comunitario es también una dinámica de transformación y de confrontación al estilo de vida predominante, el individualismo, estar aislado, el *homo economicus*. Al final, las dinámicas comunitarias vienen a cuestionar esa caricatura que hacen de cómo somos las personas. Comunitario no tiene por qué ser siempre que todo lo trabajamos entre todos, sobre todo porque no hay una definición de qué es un huerto comunitario que sea la válida y las demás queden excluidas. Por eso, cada persona o cada colectivo podemos jugar con sus umbrales de flexibilidad. En lo comunitario veo cierta flexibilidad, sobre todo porque cada huerto es único, la colectividad de personas que lo compone. Hay muchos huertos que se denominan comunitarios que funcionan con fórmulas muy diferentes. No me atrevería a decir que no son comunitarios. Hay que tener cierta flexibilidad, siempre que mantengan ciertas visiones colectivas: que haya algunas tareas que sean compartidas, que haya recursos que se tengan que gestionar en común (estiércol, compost, herramientas, agua) y mecanismos de decisión y organización interna que sean compartidos y colectivos. El huerto tiene que empezar a introducir, digamos, dinámicas correctoras de esas inercias [individualistas], y al final pueden tener formatos muy diferentes siempre y cuando tengan en cuenta una serie de criterios de este tipo. Lo comunitario no está exento de complicaciones, pero sobre todo es una forma de construir un *nosotros*, un nosotros que no sea hermético, excluyente ni opresivo, pero que a la vez sea funcional, operativo, que permita los juegos de identidades colectivas. Lo comunitario tiene que ayudar a satisfacer necesidades y, por otro lado, ayudar a prefigurar otros estilos de vida que, hoy por hoy, puedan ser más alternativos, diferentes.

Isabel, como fundadora y *alma mater* del huerto, aporta una noción de lo de “comunitario” basada en su propia experiencia, en la que poniendo el énfasis en la gestión común:

Que el huerto fuera comunitario era casi lo más importante. Bueno, yo tenía la experiencia con esos señores mayores [de un proyecto municipal intergeneracional en el sur de Madrid en el que trabajó], y a mí lo que me molestaba muchísimo era esa cosa agarrada, “que si este se come las habas” y “este se ha llevado las zanahorias y los tomates”, y pensé que eso había que trabajarlo. Yo no quería vivir así, como con estos señores, y era muy infeliz en ese sentido. Para mí, era muy importante que desde el comienzo la gente quisiera, por eso en la convocatoria lo puse, comunitario y ecológico, porque si no era así yo no quería estar, no me interesaba, y yo creo que a mucha gente le pasaba eso. En parte el terreno está abonado porque lo busca la gente, lo común lo está buscando la gente, más que el huerto, yo creo [...] Lo que de ninguna manera vamos a permitir es que alguien se apodere de un trocito, eso no porque eso sería como que los demás no pueden opinar. No sabemos cómo resolverlo, pero tenemos que estar todos en el mismo espacio, peleándonos, digamos.

Lo “comunitario” aparece vinculado, al menos, a otras dos cuestiones: la noción de bienes comunes urbanos gestionados colectivamente; y la idea de que al producir comunidad a través de prácticas comunitarias, se socializa y a la vez se “hace barrio”. Respecto a la primera cuestión, Fernando señala:

Todavía tenemos que hacer mucha labor de ocupación de los espacios de proximidad que hay en esa zona. Todo el espacio que ahora mismo es jardín lo acabaremos ocupando con el paso de los años, no con huerto de hortalizas y jardinería suave, sino generando más bosque. Yo creo que por ahí va el futuro del huerto y por ahí van a ir mis esfuerzos.

A lo que alude Fernando es a los recursos comunes urbanos. Se denomina *comunes urbanos* a aquellos recursos de uso compartido presentes en la ciudad y que son de uso público, de todos, no en el sentido de estatal. Los comunes urbanos redescubren un espacio nuevo entre lo privado y lo estatal. Se diferencian de aquellos comunes tradicionales –tierras, montes, riberas y ríos, zonas de pesca– en que es más complejo delimitarlos o definir sus fronteras y sus procesos de apropiación, como lo es delimitar la comunidad de usuarios y personas implicadas en su uso, puesto que no se trata de las comunidades demográfica y geográficamente limitadas tradicionales, sino más abiertas y porosas. Entre el huerto, como recurso común urbano, y la “comunidad” que lo gestiona existe un estrecho nexo. Como señalan Castro-Coma y Martí-Costa (2016) “[...Existe] un recurso común cuando existe una comunidad que lo reclama como tal” (2016, p. 43). En este sentido, “los comunes no solo presuponen una comunidad, sino que son producidos en la lucha” (Castro-Coma y Martí-Costa 2016, p. 143). Los comunes urbanos constituyen un polo teórico y práctico muy presente en los discursos urbanos de los últimos años, y en Madrid especialmente desde el movimiento 15M.

Al preguntar a Fernando si el huerto puede considerarse un bien común, desde su formación en Derecho y su concienciación militante, matiza su idea del huerto como “comunitario”:

En sentido jurídico de bienes comunes, el huerto no es comunitario porque ahí todavía no ha llegado ahí, pero llegará. Nuestra idea del espacio público es que cualquiera pueda pasar y coger una manzana si le apetece, y no esos árboles de naranja amarga que ponen en los parques solo por decoración, pero sin utilidad vecinal... a nosotros nos gusta o estamos por el espacio público con decoración vegetal que sea comestible. Pensamos que el espacio público es público y que... ¡caray! ¿Por qué no puedo yo pasar por la calle y coger una manzana?, o estoy en casa y bajo y cojo las siete manzanas para el postre de hoy de mi familia...

Para Daniel no hay duda de que estos huertos son bienes comunes:

Los huertos sí son [bienes] comunes, como comunes urbanos o como nuevos comunes, donde encajan muy bien. De hecho, desde que se empieza a barajar la idea [de los nuevos comunes urbanos], las primeras referencias que hay de qué espacios dentro de la ciudad pueden considerarse comunes urbanos aparecen los huertos urbanos, pensando en otras geografías con una trayectoria mucho más consolidada de estas iniciativas (Europa y Estados Unidos).

A la ocupación del huerto original por los “huertan@s”, que se mantiene actualmente, y después de recibir la cesión de la parcela del huerto nuevo, la ocupación continúa de forma simbólica con la plantación de semillas arbóreas y árboles en el espacio cercano.

El bosque comestible de Huerto A refuerza la ambición de los “huertan@s” de generar bienes comunes en el entorno urbano del barrio. Así lo afirma Fernando: “A la vuelta de una década eso será un espacio abierto, sin vallas y cuidado por la gente del lugar. Así lo veo yo a la vuelta de 10 años, una vez que los árboles estén poderosos y los vecinos de la zona bajen a coger una bolsa de manzanas”.

En su reflexión, Paloma, veterana huertana, establece un vínculo entre la noción de lo comunitario y la de bien común, pero va más allá de los bienes materiales y lo aplica a la forma de relacionarse:

Me parece un ejemplo muy claro cuando nos vienen pidiendo si no les podemos dejar una parcelita, sobre todo pasaba al principio. Aquí apenas hay normas, pero si hubiera una, sería esa: todo es comunitario. Me parece muy bonito porque estamos aprendiendo a vivir sin “mi parcelita”, porque lo de la parcelita empieza siendo como una idea muy *happy*, pero al momento, no sé cómo, se transforma en algo diabólico, “mi parcelita, que no me la toque nadie”. Y, entonces, ya no es solo mi parcelita, sino que es mi idea de las cosas. Entonces, estamos aprendiendo eso. La última asamblea [se refiere a la de noviembre de 2015] era un poco cómo aplicar eso de “mi parcelita” a mis ideas, a mi forma de hacer las cosas, a mis opiniones, y cómo aprender a abandonar la idea de que lo mío es lo mejor y lo más importante. Para poder hacer algo es que tú con lo tuyo contigo mismo no llegas... nada. Hay cosas que si te interesan y las quieres, te tienes que poner de acuerdo. Esto no es posible si no somos unos cuantos, y unos cuantos con la voluntad de lo comunitario.

Las prácticas de los “huertan@s” contribuyen en diferentes formas a recomponer el tejido relacional de los barrios y, en este sentido, Huerto A constituye un agente fundamental en ese otro elemento que discursivamente configura lo “comunitario”: el proceso de tejer redes e interconectar sujetos al nivel barrial, los “huertan@s” y otros agentes de la Red lo denominan “hacer barrio”.

El barrio alude a esa cualidad cronotópica que aúna espacio y tiempo, además de un colectivo social: la vecindad. De Certeau (1999, p. 13) define el barrio como “una organización colectiva de trayectorias individuales; es la distribución, para sus usuarios, de lugares «de proximidad» en los cuales se encuentran necesariamente para satisfacer sus necesidades cotidianas”, aunque, como matiza el autor, el contacto interpersonal se define a través del azar. El barrio constituye el nivel más próximo a la persona dentro del espacio común o público en el ámbito local, o, si se trata del barrio, en lo sublocal.

El barrio, surge, entonces, como un espacio *liminal* entre el espacio público y el espacio privado, pero también funciona como tal en la vida cotidiana de las personas al actuar como margen –ni íntimo ni anónimo, dice De Certeau, sino *vecino*– que une y separa a la vez al sujeto cuando opera por separado y al colectivo cuando esos sujetos se reúnen, y que, según las condiciones, puede convertirse en colectivo.

En el caso de Huerto A, al estar inserto en el barrio, la proximidad espacial del huerto al vecindario constituye un elemento crucial –aunque no excluye otros– de implicación en el proyecto y de contribuir a “hacer barrio”. Isabel subraya esta dimensión como un elemento distintivo de los huertos respecto a otros movimientos urbanos que favorece su capilaridad: “[La heterogeneidad] también ocurre porque está en tu barrio. Si no lo estuviera, pienso que irían solo los militantes pero al estar en tu barrio va cualquiera. ¡Si lo tienes al lado de casa!”.

que resalta la importancia de la proximidad espacial a la hora de que estas iniciativas sociales atraigan nuevos participantes. Esta huertana elabora así la importancia que otorga a la proximidad:

El factor de la proximidad fue esencial en la creación de Huerto A. Como explica Isabel, “Yo coordinaba un proyecto de huertos sociales en el sur de Madrid, pero no me satisfacía eso. Y decía: «yo quiero un huerto en mi barrio, yo quiero hacer esto con mis vecinos», ¿no? Y fue ahí donde surgió”. Esta hortelana explica su visión sobre la importancia de la proximidad en su activismo con estas palabras:

Antes había participado en otras iniciativas ciudadanas, pero en mi barrio no. Lo nuevo para mí era eso, que me parecía muy interesante, porque participas pero siempre está lejos de donde vives. He estado en colectivos, o en sindicatos, o en grupos culturales, pero vas y vuelves. Lo interesante a mí me parecía es que las cosas se centraran en tu barrio porque entonces podías participar mucho mejor, y para mí eso es clave, porque si tengo que ir en metro a un sitio... es que ya... estaré muy vieja ya, pero es que no me da... no me da la energía. Pero si es en mi barrio, ya estoy donde tengo que participar y entonces es muy fácil para mí. La idea de las raíces es muy importante, de que estés vinculado a un sitio, que te importe un sitio. La sensación es que vivimos en un sitio y que nos da igual cómo está este sitio porque nuestra emoción está en otro sitio, y eso está muy mal porque así es como se vuelven muy feos los sitios, ¿no? Cuando no nos importan ni nuestros vecinos, ni las calles ni los espacios, entonces se vuelve todo muy feo.

La proximidad a la que se refiere Isabel posibilita distintas formas de participar por parte del vecindario. Como los jugadores fútbol que utilizan las canchas durante los fines de semana, y que de vez en cuando dejan el balón y agarran la azada, o Cándido, que vende bebidas a los futbolistas y sus familias y también a los “huertan@s”. También Andreij, joven polaco que trabajaba en la construcción y que perdió el empleo con el “pinchazo” de la burbuja inmobiliaria y durante casi dos años habitó en el huerto. O los diversos colegios de la zona que vienen a conocer el huerto (imágenes 39 y 40), explicado por “las educadoras” o por el inventivo Vicente. También, en la plantación colectiva de semilleros con otros huertos de la zona (imágenes 40 y 41). O los grupos de consumo ecológico que el huerto ha promovido en torno al centro social Espacio A.

En cuanto a la conexión entre la idea y práctica de lo comunitario y el “hacer barrio” resulta significativa la siguiente situación. Una mañana de domingo en que yo conversaba en el huerto con Jaime, ingeniero agrónomo experto en árboles y aromáticas, una anciana que paseaba con su perro por la vereda llamó nuestra atención pidiendo permiso para entrar al huerto y coger unas flores. Jaime respondió, “coja lo que quiera”. La mujer sacó unas tijeras y se hizo un ramo. Jaime me dijo: “Aquí lo menos importante es la cosecha”.

Por otra parte, el huerto se constituye en elemento de orgullo del propio barrio, que se muestra sutilmente. Uno de los huertanos, Miguel comenta que “los abueletes” que juegan a las cartas en el parque le preguntan: “¿Qué tal el huerto? A ver si me paso por allí...”. Y también la dueña del bar donde acudí con un grupo de huertan@s poco antes de navidad a tomar una caña, y ella exclamó: “Vosotros sois los del huerto, ¿verdad?”. En ambos ejemplos asoma un matiz de valoración de la tarea realizada. Tener huerto en el barrio representa un orgullo y algo que alimenta el sentido de pertenencia barrial que da pie a pequeñas colaboraciones: con la dueña del bar, para que les guarde los posos del café en

los que Vicente quiere experimentar el cultivo de setas, o el acuerdo al que Isabel llegó con un barrendero y amigo del barrio para que les informara de dónde dejaban las hojas recogidas de las calles en otoño, un material muy preciado para alimentar la compostera del huerto. “Es un contacto excelente”, dice Isabel ilusionada.

En definitiva, “hacer barrio” a través del huerto parece significar la existencia de un lugar de encuentro activo en el espacio público que contribuye a generar actividades en la naturaleza y en el entorno cercano del barrio con las que se incentiva la socialización entre el vecindario, aunque el término “vecino” adquiere bordes porosos.

5. LA CONTINUIDAD DE LA COMUNIDAD REINVENTADA: LO COMÚN, LO PRÓXIMO Y LO TRANSLOCAL

La reflexión sobre la comunidad ha adoptado distintos enfoques académicos y militantes. En este punto, me resulta útil para disponer de una perspectiva ordenada de los abordajes realizados sobre el concepto de comunidad la revisión que realizan Wellman y Leighton (1979) de los estudios académicos de la cuestión, en la que estos autores identifican tres enfoques. En el primero, que denominan la “comunidad perdida”, se encuadran los análisis que destacan el impacto negativo sobre las personas y su convivencia de la ciudad (post)industrial, que diluye los lazos comunitarios, al tiempo que evocan las positivas cualidades las sociedades tradicionales y de una comunidad idealizada, en abierta oposición a la supuesta impersonalidad de la vida social moderna. Entre los autores de este grupo figuran Tönnies (1887), Durkheim (1893), Simmel (2005 [1903]), Weber (1921), Wirth (2005 [1938]), Castells (1974; 1981) o, más recientemente, Sennett (2000; 2011). Esta línea de pensamiento ha persistido a través de distintos autores hasta nuestros días, aunque sus tesis han sido cuestionadas a partir de investigaciones empíricas realizadas en barriadas urbanas, desde los trabajos de Oscar Lewis a las investigaciones de Claude Fischer (1976), entre otros.

El segundo enfoque corresponde a la “comunidad salvada”, que aprecia que aquellos autores que consideran que la comunidad –identificada con el vecindario, como parte de los autores del enfoque anterior– ha persistido en las sociedades industrializadas, constituyendo fuentes importantes de sociabilidad y apoyo. En esta línea encontramos autores como Keller (1968), Fischer (1976) o Warren (1978). Este enfoque se popularizó en los estudios de comunidad a principios de los años sesenta, sostiene que la propia naturaleza burocrática de las instituciones ha propiciado el mantenimiento de la comunidad. Sin embargo, ignora por completo el debilitamiento de los lazos comunitarios en la sociedad industrial.

El tercer enfoque, aquellos que argumentan a favor de “la comunidad liberada”, coinciden con el debilitamiento de los lazos primarios en la sociedad industrial, pero, en coincidencia con el segundo enfoque, sostienen que los lazos comunitarios perviven en la ciudad. No obstante, a diferencia de estos, sostienen que tales comunidades en la ciudad raramente coinciden con el vecindario. Defienden que una variedad de desarrollos estructurales y tecnológicos han “liberado” a la comunidad de los confines del vecindario y

han dispersado los lazos comunitarios en todo tipo de comunidades basadas en la solidaridad y ya no vinculadas a un espacio concreto (Wellman y Leighton 1979, p. 377). Aquí encontramos autores como Kadushin (1966), Walker (1977), y el propio Wellman (1979), quienes enfatizan la aespacialidad de las comunidades. Otros autores como Laumann (1973) o Newby (1976) han prestado atención a la comunidad en redes múltiples; Lee (1969), entre otros, ha examinado el uso de las redes comunitarias para obtener recursos; y Granovetter (1974) y Wireman (1978) forman parte de los autores que han estudiado las formas en que los lazos entre redes sociales pueden estructurar los sistemas sociales.

A lo largo del siglo XX, el interés por la comunidad, el bienestar colectivo con carácter universalista y las cuestiones públicas ha alternado en diferentes periodos con el ensalzamiento del individuo, el interés particular y la esfera privada. El repliegue del foco de atención de lo público a lo privado en los años ochenta y noventa dio lugar a una exaltación del comportamiento individual, concomitante con el proceso histórico que consolidaba la ideología neoliberal, que enfatiza la esfera individual-privada en lo personal, en lo social, en lo político y en lo económico, frente a la esfera de lo público, lo común y lo estatal, que es tildado de ineficaz y despilfarrador. Así, en las últimas décadas se impuso la idea de la superioridad de la vida privada frente a la pública, mientras que las relaciones sociales se “privatizaron”, distanciándose de los valores comunitarios y de las utopías políticas. El individuo que emerge mira la vida pública con escepticismo y se refugia en el ámbito privado (Béjar, 1988; Mejía Navarrete 1998). Este enfoque tiene su correlato en la forma de concebir a la persona y su relación con el ámbito de lo público.

En contraste, en el contexto actual resurgen con fuerza iniciativas que reinventan e impulsan la lógica comunitaria. Tanto las aportaciones teóricas como los datos empíricos sugieren que, aunque la comunidad producida por los participantes adopta algunos de los rasgos de las comunidades tradicionales (solidaridad, mutualismo, afectos, etc.), presenta también rasgos novedosos. En este sentido, el análisis del Huerto A me permite introducir la noción de “comunidad reinventada”. Este concepto se relaciona con el de “comunidades imaginadas” propuesto por Anderson (1993 [1983]) en relación a la construcción del nacionalismo en los Estados-nación. A través de este concepto muestra que la comunidad no es una entidad orgánica, esencial, sino que se produce e imagina en la propia acción. Este argumento igualmente es aplicable en el caso de la producción de comunidad de un huerto urbano comunitario.

No obstante, no se trata de algo parecido al “regreso de las tribus” y de lo primitivo, como argumenta Maffesoli (2004 [1988]), con la disolución de la individualidad en nuevas formas de socialidad, sino, más bien la dinámica actual apunta a la hibridación de elementos pertenecientes al ámbito de lo personal y al ámbito de lo comunitario en la práctica social de los “huertan@s”, que apunta a la superación del dualismo individuo-sociedad. Esto sugiere, parafraseando a Dumont, la emergencia en los discursos y prácticas asociativas actuales del individuo-en-sociedad, capaz de navegar por la esfera de lo privado o la de lo común según la necesidad, sin que la atención a lo público exija el abandono de lo personal, ni a la inversa.

En la elaboración del concepto de “comunidad reinventada” que aplico a Huerto A, y que permite entender su continuidad y reproducción, se pueden identificar tres elementos en ese sentido:

En primer lugar, si bien se cimenta en la propia acción colectiva de movilización ciudadana, se mantiene como “comunidad-en-el-hacer” (Stravides 2011, citado en Castro-Coma y Martí-Costa 2016, p. 143), expresión que alude a las formas de producir comunidad en base a las propias prácticas participativas y colectivas de “hacer común” y compartir bienes comunes en el espacio urbano. Esta reflexión entronca con la corriente teórica del derecho a la ciudad de Lefebvre (1969), reformulada por Harvey (2008), y que han desarrollado autores, como Stravides (2011), enlazándolo con el discurso de los bienes comunes urbanos y que Castro-Coma y Martí-Costa (2016) sintetizan en su artículo. En este sentido, el huerto “se fundamenta en el hacer común, es decir, aparece a raíz de la acción colectiva” (Castro-Coma y Martí-Costa 2016, p. 143) que reivindica el espacio público como espacio vivido, de uso, y no como mercancía (Vasuldevan, 2012; Sama, 2016b).

En segundo lugar, la comunidad se mantiene desde una vinculación renovada con el lugar, ahora ya no anclada a él de forma exclusiva y excluyente, sino desde formatos dispersos, fluctuantes. Por ejemplo, una pareja que participaba en el huerto desde el inicio se marchó a trabajar a Bretaña, pero mantiene sus lazos con los “huertan@s”; es más, cada vez que vuelven, visitan el huerto y les cuentan lo que han aprendido en agricultura agroecológica en su nuevo asentamiento y traen semillas autóctonas de allá. Igualmente, Dora, una de las fundadoras del huerto, se fue a vivir a Alicante cuando se jubiló, pero sigue viniendo a visitar al grupo cada vez que viene a Madrid y se mantiene vinculada participando con sus mensajes en la lista de email. Igualmente, los “huertan@s” colaboran de forma regular con productores y viveros ecológicos en distintos puntos de España, y con algunos de ellos mantienen el doble lazo de suministradores de especies arbóreas para el bosque comestible y formadores en cursos periódicos que organiza el grupo en temas de su interés.

En tercer lugar, la heterogeneidad que caracteriza al grupo desde el inicio se mantiene en todos los órdenes. El grupo que forma la comunidad se mantiene por su carácter elástico, abierto, que intenta no quedarse restringido a unos integrantes fijos. Es una noción inclusiva de comunidad, con vocación de acoger a cuantos más, mejor, a los de este barrio, pero también a los de otros, a antiguos y a nuevos vecinos, a oriundos y a migrantes. En esta diversidad, se practican diferentes modos de participar, como se puede apreciar entre los “huertan@s” y vecindario de Huerto A, y no siempre son presenciales. Sama (2016a; 2016b), en el estudio de otro huerto urbano en Madrid, examina las relaciones virtuales en el grupo de participantes que reconfigura el significado de “comunidad” y de “vecino”, “produciendo un sentido de implicación como «comunidad»” (Sama, 2016a, p. 53) que crea un “nosotros” que se presenta como tal. Aunque en el caso del huerto estudiado por Sama este componente fue crucial después del desmantelamiento del huerto por las excavadoras municipales para su continuidad, también es aplicable a Huerto A. Una de sus primeras acciones también fue crear un blog, una lista de correo electrónico y un espacio virtual en la nube –“Pá Tó”– que ha dado cuerpo y difusión a ese proceso de identificación colectiva a la vez que permanencia. Como indica Sama (2016b), estos espacios han contribuido a crear y mantener el sentido de identificación al registrar su historia, dejar trazas de su existencia a través de las redes sociales, pero también de cientos

de fotografías y vídeos de las celebraciones, eventos y momentos cotidianos. Tener memoria, registro visual y/o textual de las acciones grupales equivale a existir como comunidad, y a la vez refuerza los lazos de identificación con la misma facilitando la permanencia. Además contribuyen a crear lazos con organizaciones similares y a fortalecer la demanda de información a la ciudadanía y de participación en las decisiones que les afectan, así como la creación de redes y el establecimiento de relaciones con agentes con los que no estaban implicados esos vecinos, por ejemplo, con Huerto A mantiene una estrecha relación con la Red de Huertos Urbanos Comunitario de Madrid (imágenes 42 y 43), y, siempre que pueden, alguno de los participantes asiste a las reuniones mensuales. Igualmente, es uno de los huertos que habitual participan en las fiestas de San Isidro, abriendo sus puertas a la ciudadanía y ofreciendo distintas actividades, y participó en la “bicicletada” organizada de visita a varios huertos de Madrid en abril de 2016. Desde la Red, existe una relación con el Ayuntamiento de Madrid labrada a lo largo de los años y una gran cercanía con el área de Medio Ambiente. Estos lazos se han fortalecido desde la llegada al consistorio del nuevo equipo municipal, con quien existe gran sintonía. También cabe apuntar la relación con grupos que trabajan temáticas confluyentes, como soberanía alimentaria, decrecimiento o transición energética, planificación urbana y derechos de ciudadanía, etc. Así, el huerto se integra en un sistema de identidades anidadas, según las escalas, en comunidades de mayor tamaño que engloban otros colectivos huertanos y de temáticas políticas afines; y también laterales, ya que los colectivos interseccionan y se superponen, compartiendo participantes. Una de las formas en que una comunidad puede mantenerse viva y no subsistir para sí misma es, precisamente, estar involucrada en redes más amplias para el cambio social (Harvey 2001, p. 193).

Podría decirse que el huerto se mantiene en base a dos tendencias una que lo trasciende a través de la participación virtual y de la articulación en redes municipales y translocales y otra de reterritorialización, de arraigo a lo local.

En esta línea, Cruces (1997, p. 54) pone de manifiesto que frente al desbordamiento y desterritorialización señalado por Giddens (1994), se aprecia un “estallido de rearticulaciones particulares de lo local, y la necesidad de un “reanclaje” a lo próximo, ya que, como indica Cruces, lo local bajo condiciones universales solo puede materializarse “bajo el punto de vista de agentes concretos” (p. 54), que se produce, podemos añadir, solamente en lugares concretos. La reterritorialización devuelve a los sujetos un sentimiento de arraigo y la sensación de control sobre su propio entorno y sobre la capacidad de participar en las decisiones que les afectan. Este reanclaje se expresa a través de la revalorización de la noción de proximidad, que emerge reforzada como dimensión más accesible para realizar los cambios sociopolíticos que se buscan. Así lo señalan “huertan@s” como Isabel: “Yo tenía la idea de que no teníamos que hacer proyectos en el tercer mundo, sino hacer las cosas aquí, no allí, que es donde más destrozamos”.

El reanclaje a lo local no se realiza a modo de cierre, como en muchos casos de las comunidades tradicionales, ni se manifiesta en la pérdida de vínculos translocales, como muestra Díaz de Rada en su investigación etnográfica en Kautokeino (Noruega), caso que ilustra cómo se puede estar fuertemente anclado al lugar y simultáneamente ser parte de redes translocales específicamente contemporáneas: redes empresariales, de investigación y conexiones con organizaciones supranacionales, entre otras; y otras tradicionales: las

rutas de migración de los pastores de renos que traspasan fronteras en el círculo polar ártico. Así, resulta claro que en el mundo contemporáneo es difícil trazar una nítida línea divisoria entre lo local y lo global; más bien, como muestran en muchos contextos como Huerto A, aparece un mestizaje de escalas de donde surge lo *glocal* (Robertson, citado en Díaz de Rada, 2004, p. 99).

En “Un sentido global del lugar”, Doreen Massey (Albert y Benach, 2012 [1994], pp.112-129) reflexiona sobre el sentido del lugar y de lo local en el proceso de comprensión espacio-temporal de la modernidad tardía. Massey examina cómo lo local se ha configurado tradicionalmente asociado a un sentido cerrado del lugar, vinculado a una “comunidad” igualmente cerrada. La autora se pregunta cómo retener un sentido del lugar que no sea reaccionario, “un sentido realmente global del lugar”, y lo encuentra en su barrio londinense, Kilburn, donde se muestra esa mezcla de arraigo local y conexión translocal. Huerto A, siguiendo a Massey, está conectado con otros lugares y forma parte de un entramado de relaciones barriales, locales y translocales que lo convierten en nexo y puente entre diversos agentes.

Estos ejemplos apuntan a ese sentido expandido de comunidad que se auto-produce al tiempo que elude definir sus límites que caracteriza a Huerto A. Como “comunidad reinventada” está construida y se mantiene sobre la proximidad, pero también desde la translocalidad, tanto desde ámbito de las prácticas y relaciones cotidianas hasta el terreno más ideal y discursivo. Así, la comunidad se mantiene desarrollando nuevos sentidos: como comunidad presente, pero también dispersa, virtual y presencial; que integra en una práctica colectiva la dimensión personal; definida como dinámica vecinal, pero donde participan vecinos de otros barrios y existen distintas formas de participar; y donde se entrelaza lo político y lo cotidiano. Como aprecia Díaz de Rada (2004, p. 89), “debemos ejercitarnos en el rastreo de órdenes de conectividad entre esas escalas heterogéneas, reconociendo de antemano que un escenario local no es una gramática cerrada de reglas de acción, sino una arena de cruzamientos en la que se articulan, más o menos sistemáticamente, códigos de muy diversa índole”.

6. COMENTARIOS FINALES

Esta investigación ha consistido en un análisis del campo social de un huerto urbano en la periferia de Madrid utilizando las herramientas etnográficas. A lo largo del trabajo he tratado de profundizar en la producción de comunidad a través de la apropiación y transformación del espacio –que se transforma en lugar como espacio vivido–, la configuración de los tiempos colectivos y el examen de las relaciones, prácticas y sentidos que construyen los participantes en torno a las formas de lo “comunitario”, explorando también las tensiones dialécticas entre persona y comunidad.

Como resultado de este proceso de investigación puede observarse que si bien el colectivo de Huerto A adopta características propias de la comunidad tradicional, tales como el sentido de solidaridad, mutualidad y afectos, simultáneamente, el sentido de “comunidad”

producido también presenta rasgos novedosos sobre los que se mantiene. En primer lugar, se cimienta en la propia acción colectiva de movilización ciudadana y se configura como “comunidad-en-el-hacer” (Stravides 2011, citado en Castro-Coma y Martí-Costa 2016, p. 143) por cuanto el grupo se autoproduce como comunidad en el ejercicio de su acción en base a las propias prácticas participativas y colectivas de “hacer común” y compartir bienes comunes en el espacio urbano. En segundo lugar, la comunidad presenta una vinculación renovada con el lugar, ahora ya no anclada a él de forma exclusiva y excluyente, sino que adquiere formatos dispersos, fluctuantes. En tercer lugar, ya no se trata de la comunidad homogénea de antaño, si es que alguna vez tal existió, sino que está cruzada por la diversidad en diferentes órdenes, desde la heterogeneidad entre los propios participantes y trayectorias vitales hasta sus formas de participar (presencial-virtual, intereses o implicaciones). La naturaleza del grupo que forma la comunidad se hace elástica, abierta, no restringida a unos integrantes fijos.

Esta idea de comunidad encaja con un concepto de persona que se concibe y se construye en relación. Tal enfoque contrasta, por un lado, con la concepción clásica de comunidad producida por la estrecha vinculación a un lugar, la presencialidad del grupo y sus lazos basados en la tradición y el parentesco, donde la persona queda subsumida en el colectivo; y, por otro, con las nociones de autores clásicos –los precursores de la sociología y autores de estudios urbanos– y modernos, como Sennett (2000; 2011), en cuyas reflexiones la persona parece quedar a la deriva en el *maremágnum* de la sociedad y desarraigada de todo vínculo social. Como contrapunto, las dinámicas actuales dejan ver lo que siempre estuvo ahí: un concepto de persona que se configura como tal sólo en relación con otros al formar parte activa del cuerpo social y en referencia a unas determinadas reglas del contexto y de significados colectivamente elaborados (Díaz de Rada, 2004), en un proceso de interacción e interpenetración –o “interser”, como dicen los “huertan@s”– creativo y autopoietico de la persona y del colectivo en tensión dialéctica, no exenta de fricciones. Se trata de un sujeto social que “se constituye en situaciones de aprendizaje que implican procesos de acción colectiva” (Díaz de Rada, 2004, p. 79); es, por tanto, un sujeto *relacional*. La idea del individuo aislado no pasa de ser una ficción, ya que incluso las acciones realizadas en soledad nos vinculan a otros, se basan en relaciones previas, o se proyectan a las que vendrán, como expresa Díaz de Rada (2010, p. 98 y ss.). Estos argumentos se ven confirmados por un abundante material etnográfico alrededor del mundo, tal como recoge Sahlins (2011, p. 64-65), que muestra una concepción de la persona muy alejada del individualismo occidental que examinó Dumont (1987): la persona se conforma como tal sólo en relación con otros al formar parte activa del cuerpo social. La persona es la “máscara” que da cuerpo a la acción social, que *incorpora* en un cuerpo integrado e integral la acción social en relación con otros (2010, p. 99).

No obstante, tal configuración relacional de la persona no excluye tensiones entre su dimensión personal y su dimensión colectiva derivadas de su acción social. El caso de Huerto A indica una noción de persona que navega entre las preocupaciones sociales orientadas a la construcción del bienestar común, como agentes implicados y activos, y los avatares y preocupaciones personales que expresan reticencias a la hora de desprenderse de un tiempo y acción que se considera personal y privado, para la práctica de lo colectivo. Por ejemplo, en Huerto A se observa la existencia de un tiempo personal (el de la familia, los amigos de siempre, el trabajo, las tareas del hogar, etc.) en contraposición a un “tiempo para

el huerto” que sugiere que la práctica huertana se realiza en algunos casos en tiempos residuales, evitando el asumir responsabilidades fijas o que impliquen mucho tiempo y esfuerzo. Sin embargo, son las pretensiones de un trabajo colectivo, comunitario y horizontalmente organizado que definen el proyecto lo que mantiene activos a los participantes y atrae nuevos agentes. En el mismo sentido, Huerto A es muy activo a la hora de generar conocimientos compartidos y, si bien, como ya mencioné, actúa como “comunidad-en-el-hacer”, en un sentido que pretende ser “horizontal”, aparecen centros y periferias donde se concentran los conocimientos en diferente medida en función de intereses y *expertices* personales.

En cuanto a la dimensión espacial, habrá podido observarse que adquiere en el caso de estudio una gran relevancia por cuanto es en torno a un proyecto materializado en el espacio y que tiene como principal objeto de producción la transformación del propio espacio el que aglutina al colectivo que se va construyendo en comunidad. Por un lado, la apropiación del espacio por parte de los “huertan@s”, mediante la ocupación del espacio público, y su rehabilitación muestran de forma palpable el interés por otras formas de producir y gestionar la ciudad y sus recursos. Y por otro, dicha apropiación permite la transformación del espacio en lugar a través de distintas prácticas, como la delimitación del terreno, su configuración y cultivo, el asignar nombres a elementos del huerto y la construcción material de un espacio de reunión que remite a la construcción simbólica de su organización asamblearia. A la vez, su acción genera nuevas dinámicas y trayectorias en el barrio, como muestra la construcción de los escalones en el terraplén y el surgimiento de una “calle” de paseo junto al huerto (para una visión más detallada de estos aspectos, véanse pp. 18-26).

Dentro de esa espacialidad, las categorías de proximidad y la translocalidad nutren simultáneamente las nuevas formas de hacer comunidad e impregnan la categoría de persona. Si por un lado el “reanclaje” al lugar revaloriza la dimensión de proximidad, por otro, y simultáneamente, se trata de una comunidad cruzada por lazos y referencias translocales. Sus conexiones se extienden por la ciudad, el Estado y más allá. Junto a los anteriores, un elemento significativo de esta dualidad que se observa en Huerto A es que se construye sobre la narrativa de ser una iniciativa vecinal, y como tal el grupo de “huertan@s” ha sido muy activo en establecer lazos al nivel de barrio con muy distintos agentes y generar nuevas iniciativas barriales, por ejemplo, en torno a Espacio A. No obstante, el hecho de que el 40% de sus miembros no vivan en el barrio resignifica la categoría de “vecino”, la cual adquiere una nueva elasticidad para englobar de forma genérica a cualquier vecino del Madrid metropolitano y de otras localidades, muy en sintonía con la propia elasticidad de los sentidos asignados a la noción de “comunidad”. Es en estos sentidos a los que aludo con la noción de “comunidad reinventada”, una de contornos porosos y que conjuga la participación presencial y virtual.

Los huertos urbanos comunitarios, entre los que se encuentra Huerto A, se constituyen como pocas temáticas de reivindicación política en puente entre distintos ámbitos de preocupación (agroecología, espacio público, derecho a la ciudad, participación ciudadana, procesos de democracia deliberativa, etc.) junto a cuestiones cotidianas que adquieren relevancia política, como la alimentación, los derechos de los animales y las formas de relacionarse en el entorno del huerto. Todo ello contribuye a construir un nuevo

ethos a la vez discursivo y práctico que busca construir alternativas desde su acción en el entorno de lo próximo y lo cotidiano, en el barrio, y actuando en red con proyectos similares en Madrid y más allá. En un objeto de estudio tan multidimensional y multirreferencial como este por fuerza se cruzan numerosos asuntos que no pueden ser atendidos en profundidad. Así, temas tales como la cuestión de género y su dimensión conflictual en la configuración de la comunidad; la dialéctica entre productivismo y reproductivismo en la búsqueda de innovación y creatividad frente a la repetición de las prácticas; y el enfoque comparativo con otros huertos urbanos comunitarios son asuntos que han sido solamente enunciados en este trabajo y que quedan abiertos como posibles hilos de futuras investigaciones.

7. REFERENCIAS

- Anderson, B. (1993 [1983]). *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México D.F.: FCE.
- Baringo Ezquerro, D. (2013). La tesis de la producción del espacio en Henri Lefebvre y sus críticos: un enfoque a tomar en consideración. *Quid* 16, 3, 119-135.
- Beck, U. (1997). *Hijos de la libertad*. Madrid: Alianza
- Béjar, H. (1988). El ámbito íntimo. Privacidad, individualismo y modernidad. Madrid: Alianza Universidad.
- Bourdieu, P. (1997). *Razones prácticas*. Barcelona: Anagrama.
- Bourdieu, P. (2004). Espacio social y poder simbólico. En P. Bourdieu, *Cosas dichas*(127-142). Barcelona: Gedisa.
- Bourdieu, P. (2007). *El sentido práctico*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Carrithers, M., Collins, S. y Lukes, S. (eds.) (1985). *The category of the person. Anthropology, philosophy, history*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Castells, M. (1974). *La cuestión urbana*. Madrid: Siglo XXI.
- Castells, M. (1981). *Crisis urbana y cambio social*. Madrid: Siglo XXI.
- Certeau, M. D. (1996). *La Invención de lo cotidiano 1. Artes de hacer*. México D.F.: Universidad Iberoamericana.
- Certeau, M. D. (1999). *La Invención de lo cotidiano 2. Cocinar, habitar*. Mexico D.F.: Universidad Iberoamericana.
- Castro-Coma, M. y M. Martí-Costa (2016). "Comunes urbanos: de la gestión colectiva al derecho a la ciudad", *EURE*, 42, 125, 131-153.
- Cruces, F. (1997). Desbordamientos. Cronotopías en la localidad tardomoderna. *Política y Sociedad*, 25, 45-58.

- Delgado, M. (1999). *El Animal público*. Barcelona: Anagrama.
- Delgado, M. (2013). El espacio público como representación. Espacio urbano y espacio social. En *Conferencia del ciclo "A cidade resgatada"*. Oporto, Portugal: Organizado por el Colegio de Arquitectos de Portugal, zona norte.
- Díaz de Rada, Á. (2004). El sujeto en la corriente. Reflexiones sobre el sujeto social en condiciones de globalización. En Díaz Viana, L. *El nuevo orden del caos*(77-102). Madrid: CSIC.
- Díaz de Rada, Á. (2006). *Etnografía y técnicas de investigación antropológica*. Madrid: UNED.
- Díaz de Rada, Á. (2010). *Cultura, antropología y otras tonterías*. Madrid: Trotta.
- Díaz de Rada, Á. (2015-2016). *Conceptos clave en la epistemología de las ciencias sociales contemporáneas, y particularmente en antropología social y cultural*. Curso predoctoral. Madrid: UNED.
- Dumont, L. (1987 [1983]). *Ensayos sobre el individualismo*. Madrid: Alianza.
- Eckert, P. (2006). *Encyclopedia of language and linguistics*. Elsevier.
- Fernández, J. (2006). "La oscuridad al fondo de la escalera. Lo incoado en la investigación simbólica y algunas estrategias para abordarlo", en H. Velasco, *En el dominio del tropo. Imaginación figurativa y vida social en España*, Madrid: UNED, pp. 285-314.
- Fernández Casadevante, J. L. y Morán, N. (2015). *Raíces en el asfalto. Pasado, presente y futuro de la agricultura urbana*. Madrid: Libros en acción.
- Giddens, A. (1994). *Consecuencias de la modernidad*. Madrid: Alianza.
- Giddens, A. (1995). *Modernidad e identidad del yo*. Barcelona: Península.
- Harvey, D. (2001). *Spaces Of Capital*. Nueva York: Routledge.
- Harvey, D. (2008). The Right To The City. *New Left Review*, 53, 23-40.
- Jacobs, J. (2011, [1967]). *Muerte y vida de las grandes ciudades*. Madrid: Capitán Swing.
- Kockelman, P. (2006). Agent, person, subject, self. *Semiotica*, 162, 1-4, 1-18.
- Lefebvre, H. (1978, 4ª Ed. [1969]). *El Derecho ala ciudad*. Barcelona: Península.
- Lefebvre, H. (2013 [1974]). *La Producción del Espacio*. Madrid: Capitán Swing.
- Maffesoli, M. (2004). *El tiempo de las tribus. El ocaso del individualismo en las sociedades posmodernas*. México D.F./Buenos Aires: Siglo XXI.
- Massey, D. (2011[1994]). Un Sentido Global Del Lugar. En A. A. Benach, *Doreen Massey. Un Sentido Global Del Lugar* (112-129). Barcelona: Icaria.
- Mejía Navarrete, J. (1998). Individualismo y modernidad. Aspectos teóricos de lo público y lo privado. *Investigaciones sociales*, 2 (2), 179-196.

- Monge, F. (2016). Introduction. Emerging Social Practices in Urban Space: The Case of Madrid, *Urbanities*, 6 (1), 3-6.
- Müllauer-Seichter, W. (2010). Hablan los niños: Evaluación crítica de plazas y espacios verdes. La "opinión experta" de niños de Lavapiés para reformar su espacio vital. En Del Olmo, M. *Dilemas éticos en antropología. Las entretelas del trabajo de campo etnográfico* (273-303). Madrid: Trotta.
- Ricart, N. y Remesar, A. (2013). Reflexiones sobre el espacio público. *On The Waterfront*, 25, 5-35.
- Rodríguez, E., García, B. y Muñoz, Ó. (2013). Del Madrid global a la crisis urbana. Hacia la implosión social. En Observatorio Metropolitano de Madrid (eds.), *Paisajes devastados* (123-177). Madrid: Traficantes de Sueños.
- Sahlins, M. (2011). *La ilusión occidental de la naturaleza humana*. México D.F.: FCE.
- Sama Acedo, S. (2016a). 'Take Part in the Community Vegetable Garden!': Community Appropriation and Management of the Urban Public Space. *Urbanities*, 6 (1), 39-56.
- Sama Acedo, S. (2016b). De la *smart city* a los huertos comunitarios. En F. Cruces (Coord.) y Grupo de Cultura Urbana. *Cosmópolis* (167-200). Barcelona: Gedisa.
- Sama Acedo, S. (2010). *Espacios vividos espacios creados. Los gitanos de Évora* (174-283). Tesis doctoral no publicada. Madrid: Universidad Complutense de Madrid. Facultad de Ciencias Políticas y Sociología. Departamento de Antropología.
- Sennett, R. (2000). *La corrosión del carácter*. Barcelona: Anagrama.
- Sennett, R. (2011 [1977]). *El declive del hombre público*. Barcelona: Anagrama.
- Sequera, J. y M. Janoschka (2012). Ciudadanía y espacio público en la era de la globalización neoliberal. *Arbor*, 188 (755), 515-527.
- Simmel, G. (2005 [1903]). La metrópoli y la vida mental. *Bifurcaciones*, 4, 1-10.
- Stolcke, V. (2001). Gloria o maldición del individualismo moderno según Louis Dumont, *Revista de Antropología* (Universidade de Sao Paulo), 44 (2), 7-36.
- Velasco, H. (2008). *Cuerpo y espacio*. Madrid: Editorial universitaria Ramón Areces.
- Villace, B., Labajos, L., Aceituno-Mata, L., Morales, R. y Pardo de Santayana, M. (2014). La naturaleza cercana. Huertos urbanos y colectivos madrileños. *Ambienta*, 107, 54-73.
- Wellman, B. y Leighton, B. (1979). Networks, neighborhoods, and Communities. Approaches to the study of the Community Question. *Urban Affairs Quarterly*, 14 (3), marzo, 363-390.
- Wirth, L. (2005 [1938]). El urbanismo como modo de vida. *Bifurcaciones*, 2, otoño, 1-15.

8. ANEXO FOTOGRÁFICO

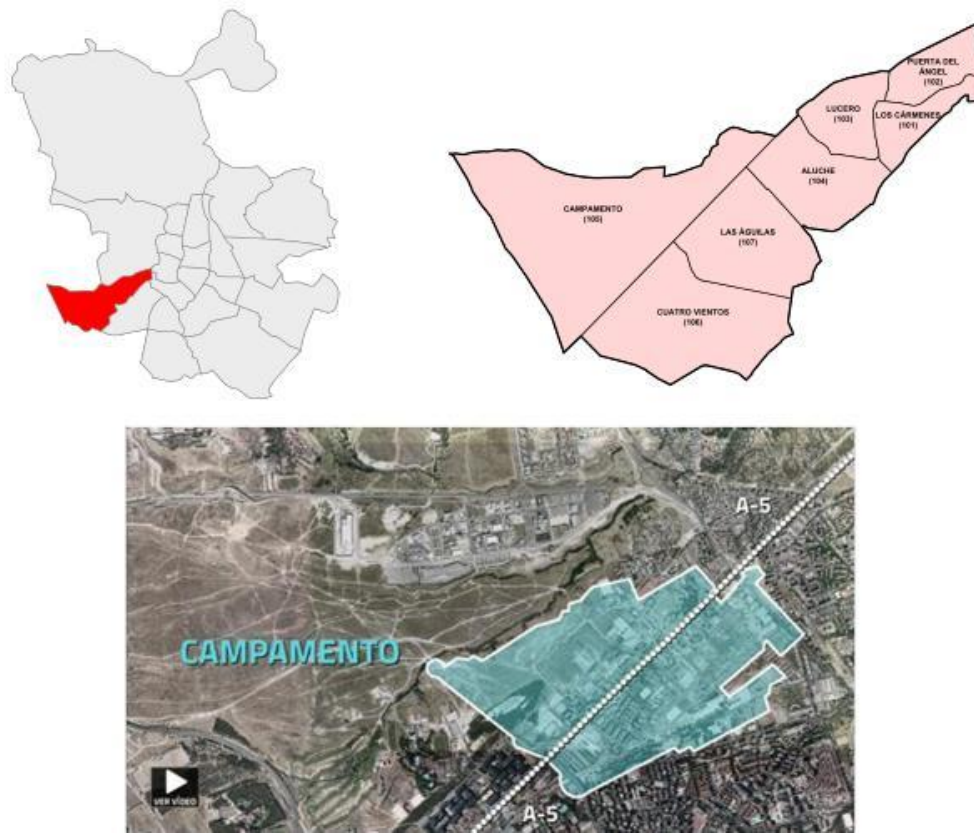


Ilustración 1. Ubicación del distrito de Latina y del barrio de Lucero en Madrid



Ilustración 2. Área de ubicación original de Huerto A coloreado en naranja. Fuente: Googlemaps.



Ilustración 3. Espacio de Huerto A en los primeros momentos de la ocupación en 2012.



Ilustración 4. Espacio original del huerto, con las canchas de fútbol al fondo.



Ilustración 5. Nacimiento del barrio en 1959



Ilustración 6. Vista de los terrenos donde se ubica actualmente Huerto A en diciembre de 1968. Fotografía facilitada por Victoria, una participante del huerto.



Ilustración 7. Vista de los terrenos donde se ubica actualmente Huerto en marzo de 1986. Fotografía facilitada por Victoria, una participante del huerto.



Ilustración 8. Preparando el huerto en el verano de 2012



Ilustración 9. Preparando el huerto en el verano de 2012.

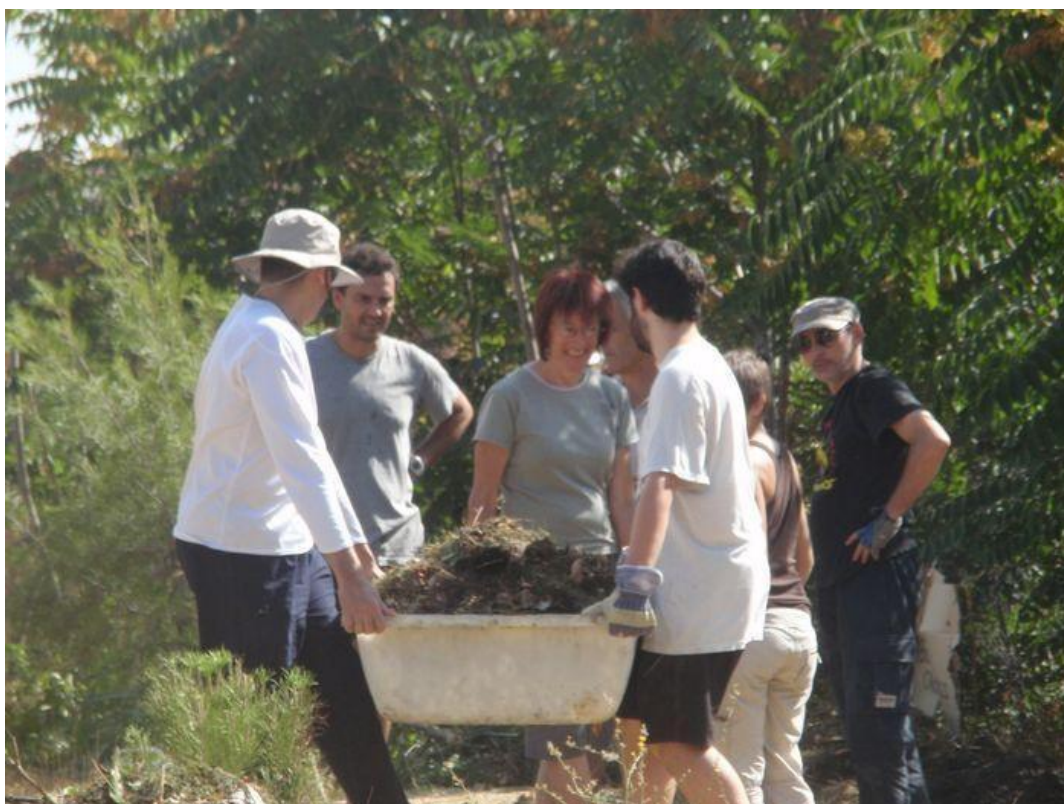


Ilustración 10. Preparando el huerto en el verano de 2012.



Ilustración 11. Huerto A en sus primeras fases.



Ilustración 12. Huerto A en sus primeras fases.



Ilustración 13. Realización de los primeros bancales.



Ilustración 14. Realización de los primeros bancales, con tabloncillos instalados y con cinta de delimitación del huerto.



Ilustración 15. Huerto original con vista de los bancales y cinta de delimitación del huerto.



Ilustración 16. “El anfiteatro”, que plasma en el espacio la organización asamblearia del huerto.



Ilustración 17. Cartel con el nombre del huerto.



Ilustración 18. Puerta con el cartel "Puerta al abismo", que avisa del terraplén.



Ilustración 19. Estado original de la parcela municipal concedida en cesión por el Ayuntamiento donde actualmente se ubica el “huerto nuevo”. Marzo de 2015.



Ilustración 20. Visita del alumnado de un colegio cercano reunidos en “el porche”.

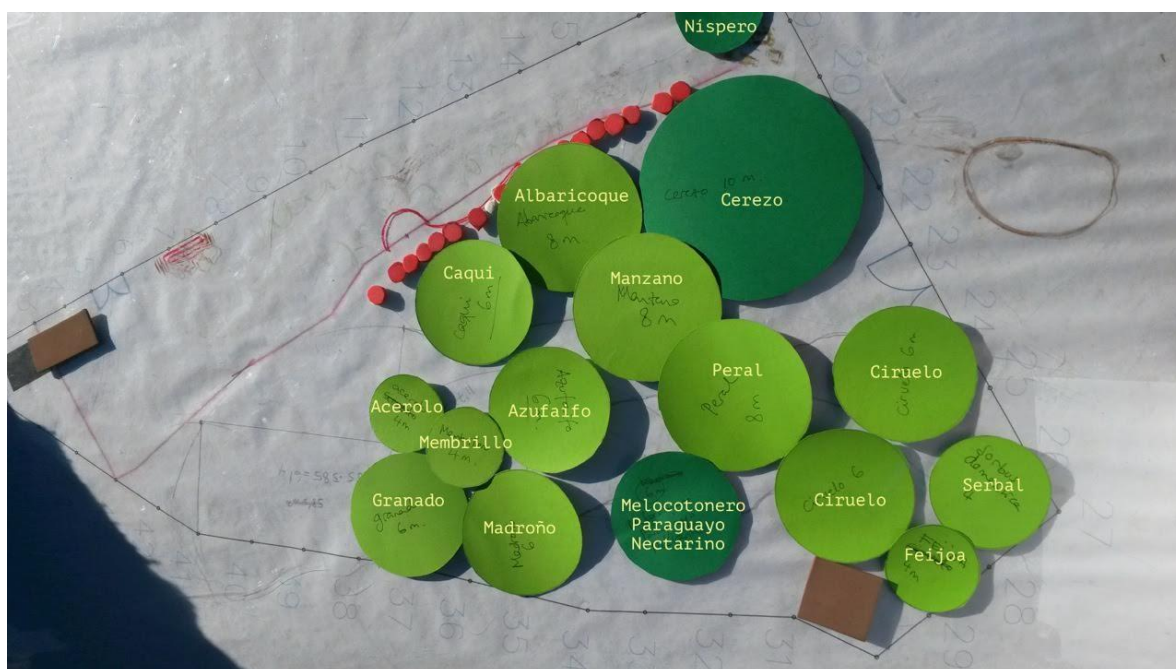


Ilustración 21. Diseño del bosque comestible



Ilustración 22. Construcción del estanque que abastece de agua de lluvia al bosque comestible



Ilustración 23. Estanque junto al futuro bosque comestible. Enero de 2016.



Ilustración 24. Estanque. Primavera de 2016.



Ilustración 25. Área del bosque comestible y zanjas de riego.



Ilustración 26. Canales de riego en el bosque comestible.



Ilustración 27. “Huerto nuevo”. Verano de 2015



Ilustración 28. “Huerto nuevo”. Invierno 2015-2016



Ilustración 29. “Huerto nuevo”. Febrero de 2016



Ilustración 30. Removiendo la compostera



Ilustración 31. Horno solar, desarrollado por un huertano.



Ilustración 32. Invernadero improvisado para el cultivo de setas.



Ilustración 33. Interior del invernadero para el cultivo de setas.



Ilustración 34. Cultivo de setas en paja.



Ilustración 35. Cultivo de setas en paja.



Ilustración 36. Setas cocinadas y listas para degustar.



Ilustración 37. Hotel de insectos.



Ilustración 38. Visita de alumnos de un colegio de la zona. Enero de 2016.



Ilustración 39. Visita de alumnos de un colegio público de la zona. Febrero de 2016.



Ilustración 40. Realización de semilleros con otro huerto de la zona. Febrero de 2016.



Ilustración 41. Realización de semilleros. Febrero de 2016.

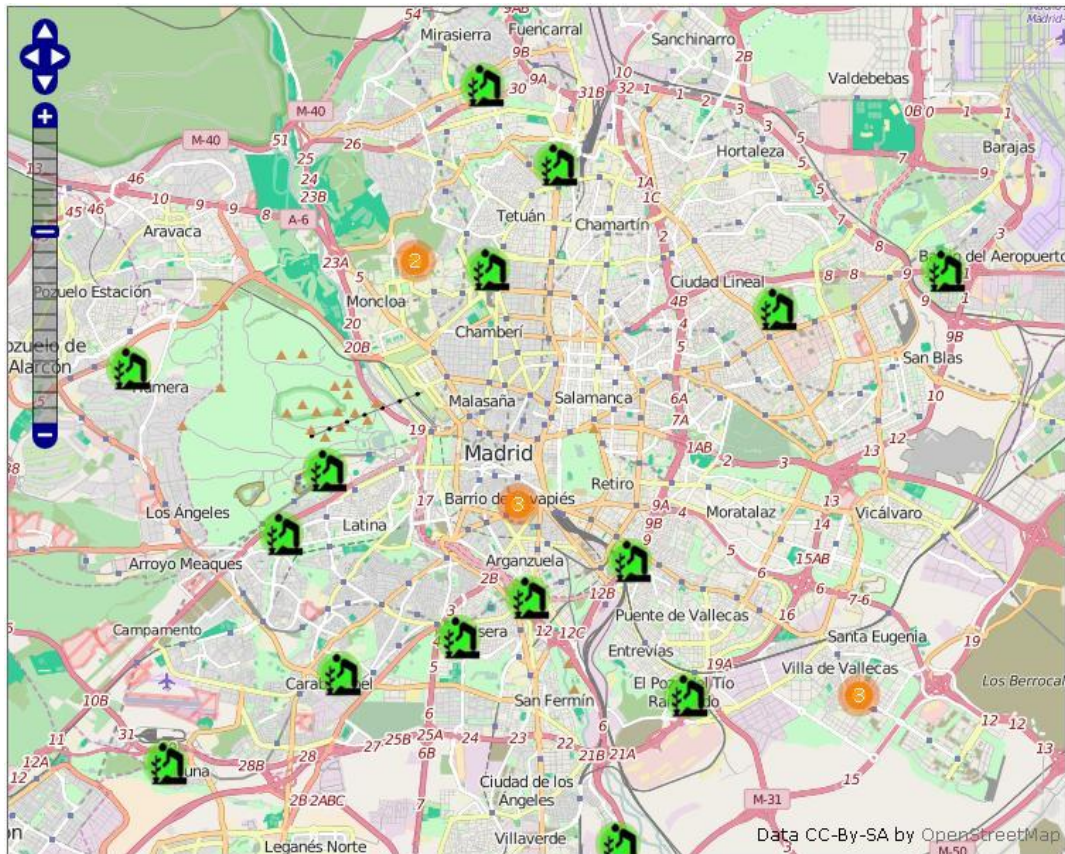


Ilustración 42. Mapa con algunas de las iniciativas de huertos urbanos de Madrid.



Ilustración 43. Red de Huertos Urbanos Comunitarios de Madrid, durante una acción reivindicativa por el precio del agua.